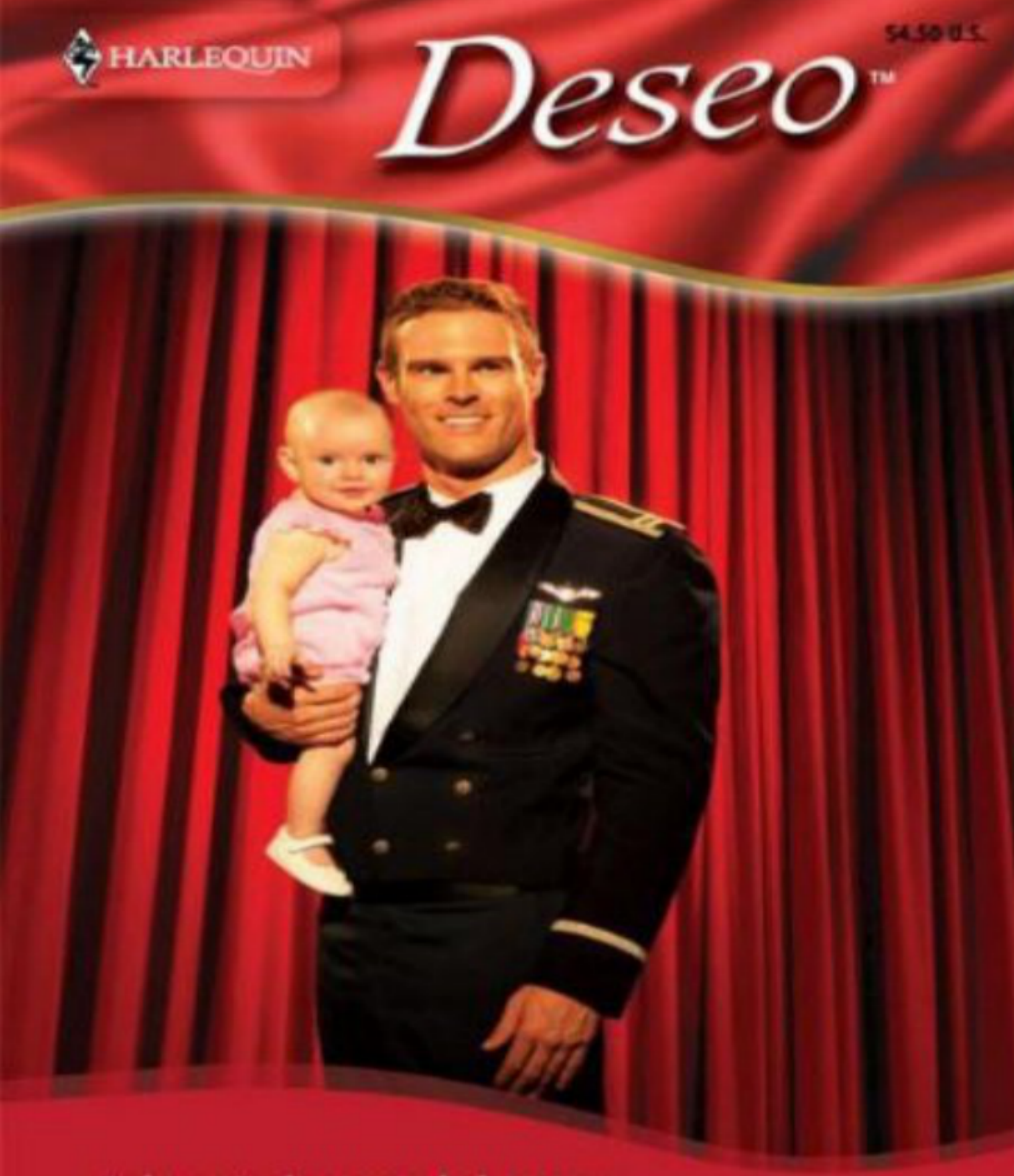
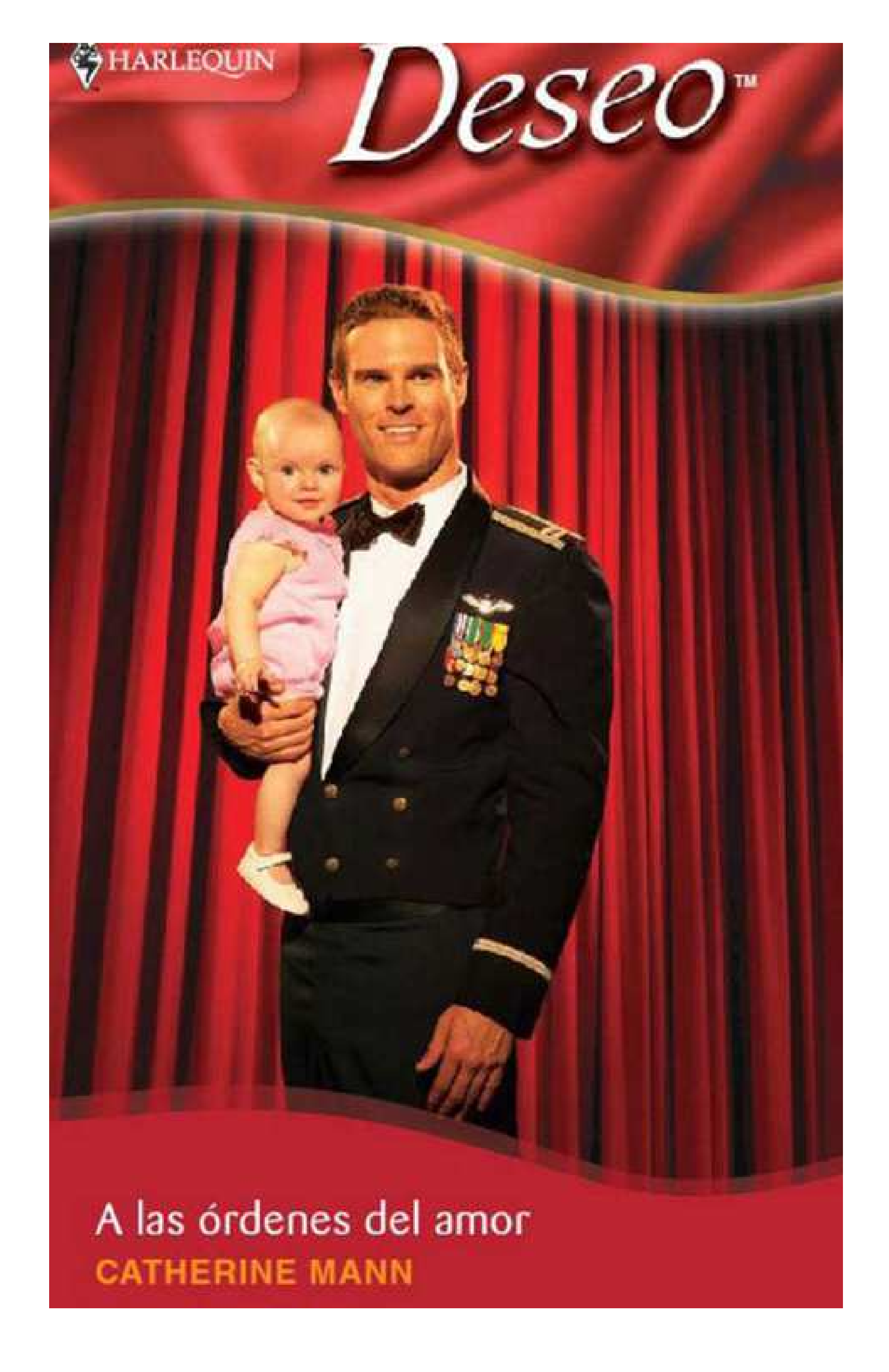

HARLEQUIN
Deseo
A las órdenes del amor
CATHERINE MANN


HARLEQUIN
Deseo™
A las órdenes del amor
CATHERINE MANN

CATHERINE MANN

A las órdenes del Amor

A las órdenes del amor (2009)

Serie: Los hermanos Landis 03

Título original: Millionaire in command (2009) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1697

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kyle Landis y Phoebe Slater

ARGUMENTO:

Comandante, millonario… ¡y padre!

A pesar de haber participado en las misiones más peligrosas, **Kyle Landis** no estaba preparado para verse convertido en padre. Pero cuando **Phoebe Slater** le contó que la niña que tenía a su cargo era hija suya, no encontró razones para dudar de ella.

Dado que un Landis jamás eludía sus responsabilidades y pensaba que la familia era lo primero, casarse era la única salida. Pero una vez dicho el "sí, quiero", ¿estaría Phoebe dispuesta a ser la esposa de aquel comandante de aviación en todos los aspectos que Kyle había imaginado?

SOBRE LA AUTORA:

Ganadora del Premio RITA, **Catherine Mann**, reside en una soleada playa de Florida con su esposo militar y sus cuatro hijos. Aun después de nueve mudanzas en veinte años, ¡no ha regalado su ropa de invierno!

Catherine escribe suspenso lleno de acción militar para Berkley Publishing, suspenso romántico y emocional para Silhouette, y romances calientes para Silhouette Deseo. Con más de un millón de libros impresos en quince países, también ha sido 5 veces finalista del RITA, tres Premios Maggie a la Excelencia y ganadora del Bookseller's Best.

Es directora de teatro en su antigua escuela y profesora universitaria, tiene una maestría en teatro de la UNC—Greensboro y una licenciatura en Bellas Artes por la Universidad de Charleston.

Catherine disfruta de audiencia de los lectores en el chat y en su pizarra de anuncios. Gracias a las maravillas de la Internet inalámbrica que le permite conectarse con su portátil ¡en la playa!

CAPÍTULO 1

Aunque Phoebe Slater se presentó con un bebé en la fiesta de bienvenida de aquel acaudalado héroe de guerra, era innegable que la mayoría de los invitados que se hacían con canapés y champán en tan prominente evento se podía permitir una niñera. Los ricos de Hilton Head Island que hacían vida social en los jardines del club de campo podían permitirse además esmóquines a medida y vestidos de lentejuelas, pero ella llevaba el vestido negro que se ponía para los escasos cócteles a los que asistía como profesora en la Universidad de Carolina del Sur.

Y por supuesto, nunca lo complementaba con babas de bebé sobre el hombro.

Phoebe meció a la pequeña de cinco meses sobre su cadera, arreglándole el trajecito rosa.

—Espera, cariño. En un momento te daré tu biberón.

Las olas rompían a lo lejos y una banda animaba a los invitados a salir a la pista de baile con un clásico de Billy Joel. Hasta el gobernador de Carolina del Sur bailaba con su esposa bajo la carpa de seda plateada. Phoebe tropezó con el bordillo de un camino enlosado.

Era una fiesta para personas que lo mismo agitaban el mundo de la política como sus cuerpos en aquella pista construida sobre una arenosa zona de césped. Ella logró sacar el tacón de entre dos piedras artificiales. No había acudido a aquel lugar para hacer vida social, sino para encontrar al padre de la pequeña Nina.

Sólo que no tenía ni idea de cuál era su aspecto.

La madre biológica de Nina, amiga y compañera suya de residencia en la universidad, le había dicho hacía un par de meses que Kyle Landis era el padre de la niña cuando le pidió que le «echara una manita» con Nina mientras asistía a una audición en Florida, Bianca se había esforzado mucho para recuperar la línea después del parto y había insistido en que era su oportunidad para proporcionarle a su hija una vida mejor.

¿Quién iba a imaginarse que Bianca no regresaría?

Phoebe apretó a la niña contra su pecho, decidida a asegurarle una vida estable. Lo que implicaba encontrar a Kyle Landis, al que nunca había visto en persona. Esperaba poder identificarlo por el uniforme de la aviación, pero aquel lugar estaba lleno de tipos altos de pelo oscuro con indumentaria militar cuyas medallas brillaban a la luz de la luna.

Sujetando la cabeza de Nina, que se estaba quedando dormida, Phoebe recorrió con la vista el mar de rostros en penumbra, iluminados únicamente por la luna, las estrellas y las antorchas de tiki. Sólo contaba con una vieja foto, una imagen que guardaba en el fondo de la bolsa de los pañales que llevaba colgada del hombro, pero

no tenía intención de molestar a Nina ahora que estaba prácticamente fuera de combate.

El solía aparecer en prensa cuando su padre, ya fallecido, era senador. Luego su madre y su hermano se habían dedicado también a la política. Pero, por razones de seguridad, la familia había procurado mantener a Kyle lejos de las indagaciones de la prensa mientras se encontraba de servicio en zonas de conflicto.

La masa de gente se hizo más compacta y los rostros se volvieron irreconocibles. Con lo poco que le gustaba llamar la atención, iba a tener que pedir ayuda para encontrar...

—¿Necesita alguna cosa?

Aquella voz profunda retumbó a sus espaldas como respuesta a sus pensamientos, sobresaltándola. ¡Jesús! Seguro que aquel camarero sacaba muchas propinas gracias a su voz susurrante. Se giró para pedirle una servilleta, porque había olvidado el paño para limpiarse los vómitos del bebé, y en ese momento se le heló la sonrisa.

Era el capitán Kyle Landis. En persona, genial.

Tenía el pelo oscuro y cortado al estilo militar, ojos azules y plegados a ambos lados en arrugas profundas adquiridas en el desierto de Oriente Medio. La frente ancha y la línea de su mandíbula le dotaban de un atractivo carente de rudeza.

Ella debía haber tenido en cuenta que aquel tipo sería más guapo en persona. Había nacido en el seno de una acomodada familia sureña: rico, apuesto y con voz susurrante para rematar. Se decía que había salido ileso de una colisión. La chaqueta del uniforme que cubría su amplio pecho mostraba el doble de medallas que los demás, puede que sólo superadas en número por las de su abuelo, que era general.

¿Cómo era posible que Kyle la hubiese encontrado a ella y no al revés? Quizá, como invitado de honor, se sentía obligado a asegurarse de que todos lo estaban pasando bien.

—¿Necesita alguna cosa? —repitió, agitando en su mano un vaso de whisky.

Una señora pasó por al lado de Phoebe, rozándole la pierna con los volantes de su vestido. El olor penetrante de su perfume hizo estornudar a Nina. Volvió a ajustar el bebé en su regazo, deseando estar en la mecedora de casa y no en aquella fiesta en compañía de aquel hombre.

—Pues la verdad es que ya no necesito nada, porque era a usted a quien buscaba.

El sonrió sesgadamente y un hoyuelo marcó su mejilla.

—Disculpe, pero si nos hemos visto antes, no lo recuerdo.

El hoyuelo podría haberle resultado encantador de no haber sabido por Bianca que debía tener cuidado con su refinado sentido del

humor. Puede que no disfrutase del mismo estatus económico que él, pero era una mujer inteligente y decidida.

Phoebe avanzó ante la necesidad de decir algo antes de que él la dejase en manos de un guarda de seguridad.

—No estoy aquí por mí.

Rápidamente, él miró detrás de ella y luego volvió a fijar la vista en su rostro.

—¿Con cuál de mis compañeros está? Normalmente no tenemos la oportunidad de conocer a sus esposas.

—No estoy casada —pero lo había estado. Apartó de su mente a Roger antes de que una inevitable punzada de dolor la distrajese de lo que había venido a hacer.

Kyle miró someramente a Nina y luego aparcó la mirada, Era demasiado pedir que reconociera a su hija nada más verla.

En honor a la verdad, ignoraba por completo la existencia de Nina. Durante el embarazo, Bianca había insistido en que no se lo diría a su padre hasta estar segura de si iba a quedarse con el bebé.

Luego alegó que no se atrevía a decírselo, después no logró dar con él y más tarde no quiso enviar semejante noticia al extranjero a través de su familia.

A Phoebe le había costado mucho colarse en la fiesta, pero ningún guarda de seguridad iba minar su determinación.

Esa convicción, junto al reparto de algunas propinas por actuaciones de Bianca que llevaba encima, la había llevado a hacer creer a todos que era esposa del asistente del catering. Y había sido fácil, teniendo en cuenta su aspecto de persona amigable y sencilla más que de señora de alta alcurnia.

Nada iba a detenerla, y menos sabiendo que Kyle había vuelto a casa. Alguien tenía que hablarle sobre su nueva y pequeña responsabilidad, y dado que Bianca estaba desaparecida en combate, le había tocado a ella.

Lo menos que podía hacer era quitarse aquello de encima.

—¿Le importaría que hablásemos en privado?

—Lo siento, pero si intentase escabullirme de mi fiesta de bienvenida, mi madre me volvería a traer de la oreja —se acercó, embriagándola con el aroma de su aftershave— ¿Más adelante, quizá?

Un interés innegable brilló en sus ojos, que no se apartaban de ella.

Maldita sea. ¿Estaba intentado ligar? Venía preparada para todo tipo de reacciones... excepto para ésa.

Dio un paso atrás, levantando la mano.

—Espera, me estás mal interpretando.

E incluso si estuviese tan interesado en ella como para llamarla, ¿y si tardaba una semana en hacerlo? No podía perder otra semana esperando a que contactase con ella.

Nina no tenía una semana.

Phoebe dio unas palmaditas en la espalda de la niña, rogando porque se mantuviese dormida.

Lo último que necesitaba era que decidiese hacerse caca.

—Tengo que hablar con usted en privado cinco minutos. No le entretendré mucho tiempo y podrá volver enseguida a su fiesta. ¿Querría quizá acompañarme hasta la puerta? Así se asegurará de que no tardaré en dejarle en paz.

—Bueno —dejó su vaso en la barra que tenía detrás—, ¿Necesita que le ayude con el bebé?

Instintivamente, ella retrocedió hasta dar con el trasero en el pedestal que sostenía un helecho y que se agitó con el golpe.

Riéndose, Kyle le mostró las manos.

—No hay de qué asustarse, no lo dejaré caer. No es que tenga mucha mano con los niños, pero últimamente he estado practicando con mi sobrino.

Nina tenía un primo. Qué maravilloso resultaba imaginárselos a los dos jugando juntos y felices.

Nina necesitaba vivir rodeada de personas que la amasen y, cuanto antes aclarase las cosas, antes quedaría resuelto.

—Estamos bien, gracias por el ofrecimiento. Si va usted delante indicándonos el camino, le seguiremos.

—No dude en avisarme si cambia de idea.

Giró los hombros para pasar junto a dos adolescentes de esmoquin que rebañaban champán de una fuente, al tiempo que les arrancaba los vasos de las manos y se los pasaba a un camarero.

Guió a Phoebe hasta que torcieron una esquina y luego se detuvo en un pequeño cenador que cobijaba un banco y otras dos enormes macetas sobre pilares griegos. El sonido de la fiesta quedó un tanto amortiguado, aunque al oír las risas de una pareja que había por allí cerca Phoebe deseó estar en una habitación y poder cerrar la puerta. Aquel rincón tras un enrejado cubierto de hiedra no ofrecía total intimidad, pero tendría que conformarse con él.

Alejándose un poco de su imponente presencia para disfrutar de cierto margen, soltó la bolsa de los pañales en el banco.

—¿Recuerda a una tal Bianca Thompson?

La mirada de Kyle se volvió cautelosa.

—Sí, ¿por qué me lo pregunta?

El sonido de las risas se hizo más fuerte y dos mujeres irrumpieron en el lugar, una con una pitillera de plata en la mano y otra tambaleándose achispada justo detrás.

—Oh —dijo la primera escondiendo la pitillera detrás de la espalda —disculpen.

Kyle volvió a sonreír abiertamente,

—No se preocupen, señoritas. Creo que hay otro banco detrás de aquel árbol.

—Gracias, capitán —la mujer le devolvió la sonrisa, dejando asomar una pierna larguísima y bronceada por la hendidura de la falda.

Phoebe observó cómo desaparecían más rápido que el rastro de sus perfumes y luego se volvió hacia Kyle.

—¿Entonces no niega conocer a Bianca?

—Esto me está resultando muy extraño —dijo, rascándose la nuca —. Tendrá que ser más explícita... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Phoebe —se interrumpió al ver a un camarero que parecía haber entrado allí para hacer algo sin ser visto, porque se detuvo en seco y se giró para marcharse.

Y le deseó buena suerte, porque al parecer era imposible encontrar un sitio tranquilo en aquella gala atiborrada de gente.

Se arrimó aún más al hombro el cuerpo laxo de Nina, que cada vez se le hacía más pesado.

Aquel cuerpecito y su olor a champú de bebé le tiraron del corazón recordándole la importancia de ese encuentro para el futuro de ambas.

—Phoebe. Me llamo Phoebe Slater. Bianca y yo éramos compañeras de residencia en la universidad, pero hemos seguido en contacto con el paso de los años.

Aunque, durante los dos últimos meses no tanto como ella hubiese deseado. Todavía le costaba creer que Bianca dejara a su hija sin mirar atrás.

—Encantado, Phoebe —dijo él arqueando una ceja como signo de que estaba a punto de perder la paciencia.

Había llegado el momento y la situación no era la más indicada para tratar aquel asunto.

Resistió las ganas de agarrar al bebé y salir corriendo. No era su hija, pero la quería tanto como si fuese de su propia sangre. De hecho, aquélla podía ser su única oportunidad de ejercer como madre, por muy breve que ésta fuese. A la muerte de su marido, sus esperanzas de tener descendencia habían desaparecido con él y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para salvaguardar el futuro de Nina.

Phoebe enderezó la espalda y la decisión de seguir adelante con su plan, aunque implicase hacer tratos con un diablo de ojos azules.

—Le presento a Nina, su hija.

Maldita sea. Otra caza-fortunas.

Con el ruido de la fiesta retumbando tras él como los motores de un avión, Kyle giró sobre sus talones haciendo chirriar los zapatos. Había trabajando en inteligencia durante la carrera militar, pero no era tan suspicaz como para adivinar qué había detrás de aquella mujer.

Desde el momento en que vio a Phoebe Slater había quedado impresionado por su atractivo.

Todavía no había podido apartar la vista de sus rubios cabellos ni de aquella boca tan generosa y deseable ya de por sí sin necesidad de lápiz de labios ni colágeno.

Se había entretenido un momento con el bebé, pero rápidamente su atención había vuelto a centrarse en la mujer. Al principio la había considerado una mujer pragmática con gran atractivo natural, sencilla pero enigmática, sin embargo al parecer no era tan sencilla después de todo.

Quizá no fuese una caza-fortunas. Igual estaba mal de la cabeza.

Kyle apretó los puños a sus espaldas, alegrándose de haber escogido un lugar exento de intimidad,

—Señora, estoy seguro de que nunca nos hemos visto con anterioridad, y más seguro aún de que nunca hemos mantenido relaciones —se acordaría, sin duda—. Tiene una hija preciosa, pero no es mía.

Phoebe Slater se irritó visiblemente.

—No es mi hija. Sólo la estoy cuidando mientras su madre, Bianca Thompson, asiste a una audición en Florida. Bianca y yo estudiamos juntas antes de que ella iniciase su carrera de actriz y yo me convirtiese en profesora de Historia. Pero todo eso no viene al caso —tragó saliva—. He venido porque Nina necesita a su padre. Ya tiene cinco meses.

A Kyle se le erizó el vello de la nuca.

Se había acostado con Bianca Thompson, peno había usado protección, siempre lo hacía. No se conocían mucho, más bien había sido un impulso por parte de ambos hacía un año más o menos, antes de que él se marchase por un despliegue de tropas a Afganistán.

Las fechas casaban.

Miró a la niña, que parpadeaba adormilada enseñándole unos ojos azules como los de su madre y sus hermanos... Maldita sea. Mucha gente tenía los ojos azules y muchos sabían del aspecto que tenía su familia. Y esa misma gente sabía de la fortuna de la familia Landis, Hasta su hermano había recibido una falsa demanda de paternidad interpuesta por una amiga a la que apreciaba muchísimo.

Kyle reprimió una maldición. Necesitaba acabar con aquella conversación hasta poder reunir más información sobre la mujer. A ser posible en un lugar donde no tuviese que preocuparse porque pudiese escucharle todo el mundo, desde la prensa hasta el gobernador de Carolina del Sur.

—Señora…

—Slater. Me llamo Phoebe Slater —frotó la espalda del bebé en pequeños círculos para tranquilizarlo, meciéndose hacia delante y

hacia atrás.

Impresionante. El sabía por su hermano y su cuñada lo difícil que era mantener tranquila a una niña tan pequeña.

—Muy bien, señora Slater, concertemos una cita para hablar sin tener que forzar la voz por encima de la música y con la seguridad de que nadie pueda interrumpirnos,

—Y ésta es Nina —se giró para mostrarle la carita regordeta de la niña.

Era muy guapa, Pero eso no importaba en aquel momento.

—Creo que éste no es...

—Su madre es Bianca Thompson.

Eso ya lo había dicho, pero al volver a oírlo, Kyle miró atentamente a la niña. No era pelirroja como su madre, sino castaña. Como él.

—¿Dónde está Bianca? ¿Por qué hablo contigo en lugar de hablar con ella?

Sus sospechas aumentaron mientras intentaba casar las piezas antes de que todo saliese a la luz en un lugar público, Su madre se había tomado muchas molestias para organiza ríe una fiesta de bienvenida y significaba mucho para ella, ya que implicaba el final de su carrera militar: en dos semanas, iba a empezar a hacerse cargo de la división internacional de la Fundación Landis.

No quería perturbar innecesariamente a su familia montando una escena. Y la familia estaba por encima de todo.

Volvió a mirar intranquilo al bebé.

—Se supone que yo iba a cuidar de Nina hasta que Bianca se instalara en el sur de Florida. Pero las semanas se convirtieron en meses y cuando ella dejó de llamarme, me preocupé y avisé a la policía de su desaparición. Aquello atrajo a los servicios sociales y, si no resuelvo esto pronto... —a Phoebe empezó a temblarle la barbilla, pero logró recomponerse—, empezarán a buscarle una casa de acogida.

Kyle ya no estaba seguro de qué tramaba Phoebe, pero para ser sinceros, conversar con aquella chalada le resultaba más interesante que todas las charlas que había mantenido esa noche con gente que había acudido allí para comer gratis y codearse con los políticos. Phoebe Slater era de todo menos aburrida,

—Entonces, pretende que me haga cargo de la niña sin haberme demostrado quién es usted ni de quién es este bebé.

—Sólo quiero que me escuche —sus ojos marrones se ensombrecieron, asustados.

Los instintos de Kyle se pusieron en guardia. Si la mujer era una sinvergüenza, o una psicópata, el bebé podía estar en peligro. Eso cambiaba las cosas por completo.

—¿Sabe? Quizá deba quedarme con la niña hasta que verifiquemos todo esto.

—Duda de mí, ¿verdad? Es un hombre inteligente.

Se inclinó para rebuscar en la enorme bolsa de pañales que había dejado sobre el banco. Santo Dios, era tan grande que Kyle podría haber metido en ella toda su indumentaria militar.

Mientras Phoebe revolvía entre los pañales y el biberón, él se fijó en sus caderas, en la suave curva de su trasero. ¿Sería de veras profesora de universidad? Jamás había tenido profesores con semejante fachada.

¡Qué lástima, tanto atractivo malgastado en una mujer que no estaba a su alcance! Ella se irguió y se dio la vuelta para mirar de frente a Kyle, que tuvo que alzar la vista.

—Muy bien, capitán Landis, ya había contado con que querría usted pruebas. Y con razón —le mostró una carpeta—. Tengo aquí el certificado de nacimiento de la niña, algunas fotos y una carta del notario escrita por Bianca autorizándome a hacerme cargo de Nina y a decidir que reciba atención médica si es necesario. He incluido además una copia de mi permiso de conducir.

Kyle asió la carpeta y la abrió, girándose para bloquear la visión de posibles transeúntes. Echó un vistazo a la primera página, que contenía fotografías de Bianca Thompson con un bebé de grandes ojos azules.

El vello volvió a erizársele en la nuca. Pasó a la página siguiente y leyó el certificado de nacimiento.

Su nombre aparecía en la casilla del padre.

Espiró con fuerza. Cierto o no, necesitaba un momento para asimilar la visión de su nombre en ese contexto. No es que tuviese nada contra los niños, de hecho adoraba a su sobrino, pero había pensado dejar a sus hermanos la tarea de perpetuar el apellido Landis.

Saltando hasta la última página, encontró una copia del permiso de conducir de Phoebe Slater.

La foto no era nada favorecedora, por no decir otra cosa. Aparecía seria y con los ojos grandes y muy abiertos, pero era ella sin duda.

Lo cual no probaba nada en lo que a él concernía. ¿Por qué Bianca no le había dicho nada?

Tenía un montón de números en los que localizarle. Aunque él había estado fuera, su familia no se había movido del país.

Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía. Si la niña era hija suya, sin duda se haría cargo de ella. Los Landis no eludían sus responsabilidades, Pero, teniendo además en cuenta la seguridad del bebé, necesitaba investigar en profundidad a aquella mujer y sus afirmaciones.

Cerró la carpeta y se la colocó bajo el brazo.

—Necesitaré un tiempo para examinarlo todo con más detenimiento. No puedo llevar un bebé a casa solamente porque usted me diga…

Ella se echó a reír.

—No, me ha malinterpretado. No quiero que se quede con ella. Blanca me ha dejado muy claro que no tiene intención de sentar la cabeza. Y yo quiero muchísimo a esta niña —apoyó la mejilla sobre la cabeza del bebé con incuestionable afecto maternal—. Quiero ser su madre. Adoptarla, si es posible.

Kyle debía sentirse aliviado… pero había algo que no le cuadraba. Su instinto militar le decía alto y claro que había minas por delante.

—¿Entonces para qué ha venido?

—Quiero evitar que den a Nina en acogida —dijo ella, balbuceando al hablar—. He venido a pedirle que se case conmigo.

CAPÍTULO 2

Phoebe se mordió el labio, avergonzada por haberle soltado la proposición sin más en lugar de explicarle las cosas poco a poco, tal y como lo había ensayado.

Pero ya era demasiado tarde para tragarse las palabras. La banda empezó a tocar una balada de la Motown, llenando el silencio que se hizo mientras esperaba la reacción de Kyle, Maldijo a Bianca por haber desaparecido al tiempo que rezaba porque su vieja amiga no se hubiese metido en algún lío. O le hubiese pasado algo peor.

Mientras aparecía, tenía que hacer uso de todo posible aliado que pudiese encontrar y deseó con todas sus fuerzas de Kyle fuese uno de ellos. Examinó su rostro buscando un indicio que cuáles eran sus sentimientos, pero éste sabía guardar bien sus emociones.

Finalmente, él alzó la mano a la altura del hombro.

Ella se puso tensa, preguntándose, esperando su respuesta. Maldita sea, normalmente era a ella a la que le tocaba pensar y hacer los planes. Bianca era la impulsiva, y no al revés.

Kyle extendió una mano protectora por la espalda de Nina.

—Deje que sostenga a la niña un minuto.

Phoebe se sintió tan aliviada que ni siquiera se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Casi no se había atrevido a esperar que a él le resultase fácil conectar con su hija.

La luz de las antorchas reveló la inquietud de sus ojos, pero ésta desapareció enseguida y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

Demonios.

Había pensado que Phoebe estaba loca hasta el punto de temer por Nina. ¡Como si fuese capaz de hacerle daño a la niña! Pero es que ella había forzado la situación al presionarlo tanto para conseguir su ayuda.

—No estoy loca. Soy la última persona en el mundo que haría daño a Nina —sostuvo a la niña dormida sobre su pecho hasta que él relajó las manos, por no decir su actitud—. No pretendía ser tan brusca al proponerle esto último que hemos hablado, pero estaba dispuesto a irse y no tuve tiempo para sutilezas.

—¿Existe un modo sutil de pedirle matrimonio a un completo desconocido?

Phoebe ignoró su sarcasmo.

—Los servicios sociales van a llevarse a Nina porque no logro dar con su madre. Necesito conseguir tiempo para arreglar su situación.

No sabía qué más hacer. Nina sólo la tenía a ella... y a aquel hombre. Su padre.

—Sigo pensando que está medio loca, pero le escucho —dijo, cruzándose de brazos.

¿Se estaba poniendo cómodo o le estaba bloqueando la salida?

Fuera como fuese, tenía que hablar, y rápido.

—Muy bien, puede que la idea del matrimonio suene un poco radical, pero es que estoy desesperada —retirar la proposición le pareció prudente, ya que tenía una seria aversión a acabar con una camisa de fuerza—. Mi mayor preocupación es la seguridad de Nina. Bastante traumático ha sido ya para ella que Bianca saliese de su vida de forma tan repentina.

—Asimilar esto resulta demasiado difícil —dijo él con voz neutra y mirándola aún con precaución.

Phoebe perdió los nervios.

—Sí se le ocurre otra alternativa para evitar que la niña pase a régimen de acogida, estaré encantada de secundarla.

Alzó una ceja poblada y oscura.

—Siento ser tan duro de mollera, pero hasta hace noventa segundos ignoraba que tenía una hija.

—Si hubiese mantenido el contacto con Bianca cuando se marchó, habría… —se mordió la lengua para no decir más, aunque deseaba expresar a gritos su frustración al ver que se desvanecía su última esperanza.

El frunció el ceño.

—No puede culparme de que Bianca haya mantenido este asunto en secreto, contando con que sea cierto lo que dice. Estaba ocupado combatiendo en una guerra.

—Lo siento. Tiene razón. Es algo difícil de asimilar y no pretendo pelearme con usted.

—De nada sirve que discutamos.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Aun así, él siguió inmóvil frente a la pérgola, de la que la hiedra caía en cascada a ambos lados como tentáculos dispuestos a retener a Phoebe.

—Independientemente de lo que haya pasado con anterioridad, debemos idear un plan de acción de caía al futuro que me niego a discutir en un lugar donde cualquiera podría escucharnos.

Como mínimo hay aquí siete periodistas cubriendo la Fiesta de bienvenida que ha organizado mi madre.

Tenía razón. Aunque la prensa les podía ser útil para encontrar a Bianca, podría también atraer a los servicios sociales.

Al menos, Kyle seguía hablando con ella. Era posible que se le ocurriese algo, y si no, ella podía volver a sacar el tema del matrimonio con mayor delicadeza. Era una idea vergonzosa, sin duda, pero en este caso no estaba totalmente fuera de lugar. Por enésima vez se dijo que no era una idea tan descabellada, aunque imaginaba a sus padres revolviéndose en sus tumbas ante semejante plan.

Lo había pensado detenidamente. Todos los días había gente que se

casaba en Las Vegas por razones de mucho menor peso. Los votos del matrimonio ya no tenían casi ningún valor para la mayoría de las personas.

Y para ella tampoco volverían a tenerlo.

Avanzó hacia él y entonces el lugar se oscureció al introducirse otra persona bajo la arcada de hiedra, devolviendo a Phoebe al mundo real. Tenía que mantenerse alerta por sí era alguno de los periodistas que él había mencionado. A contraluz, reconoció la figura de una mujer

—Kyle, querido, estas aquí —una señora rubia se sumergió en aquella luz oscilante. Era su madre.

Aunque Ginger Landis Renshaw no hubiese sido famosa por su carrera política como senadora y secretaría de estado. Phoebe la habría reconocido por el parecido familiar. Ella y Kyle tenían distinto color de pelo, pero sus rostros y sus sonrisas eran los mismos.

Con cincuenta y pocos años muy bien cumplidos, Ginger se alisó el vestido de Chanel sin conseguir disfrazar su curiosidad.

—Los invitados están empezando a preguntar dónde te has metido,

—Mamá, necesitamos una habitación para hablar en privado. Inmediatamente —se echó a un lado, dejando a Phoebe a la vista de la mujer.

Los ojos azules de Ginger pasaron de mirar con curiosidad a mostrarse preocupados.

—¿Kyle? ¿Qué sucede?

—Aquí no, mamá —dijo él en voz baja—. Tenemos que trasladarnos a una habitación para poder hablar, preferiblemente a puerta cerrada.

Enseguida, ella sacó a reluciría eficacia con que se había ganado el respeto del mundo durante sus años en la secretaría del estado. Aquel dominio político seguía vigente en su cargo como embajadora de un país pequeño pero políticamente poderoso de Suramérica.

—Por supuesto, Por aquí.

Los sacó del jardín y los llevó al club de campo. Con un simple gesto, hizo que el director se apresurara a abrirles su despacho. Phoebe los seguía, incapaz de disimular su asombro ante la facilidad con que aquella mujer parecía resolver las cosas.

La puerta se cerró tras ellos, encerrándolos en una oficina de mobiliario oscuro y recargadas tapicerías. El olor a limpia-muebles y flores recién cortadas inundaba la habitación.

Ginger se giró hacia su hijo, pero a quien se dirigió fue a Phoebe para indicarle que tomase asiento en un sillón.

—Siéntese, querida. Hasta los niños más pequeños se hacen pesados cuando se les lleva mucho tiempo en brazos.

Phoebe se sentó conteniendo su sorpresa. Ganar—se el favor de

Kyle era tan importante como ganarse el de su madre,

Ginger miró a su hijo de forma inquisitiva.

El se rascó la nuca.

—Mamá, al parecer me fui a Afganistán dejando atrás una hija.

Si algo sabía Kyle en aquella noche tan confusa, era que, ante una crisis, los Landis eran capaces de reaccionar a velocidad de vértigo.

En cuanto había dejado caer la posibilidad de que aquel bebé fuese hijo suyo, su madre se había puesto manos a la obra. Había llamado a su secretaria de confianza y había reunido al resto de la familia,

Los cuatro hermanos Landis, dos de ellos casados, llenaban la oficina del club de campo.

Sebastian se sentó en la mesa de despacho, poniendo a trabajar su formación en asuntos legales en la revisión de los documentos. El resto de la familia parecía paralizada alrededor del sillón en que Phoebe le daba el biberón a la niña. Kyle paseaba por la habitación. Casi hizo un agujero en la alfombra de tanto moverse inquieto detrás de su hermano, Sebastian era un año más joven que Kyle, pero su seriedad siempre lo había hecho parecer mayor y, en aquel momento, todos necesitaban de su calma y su eficacia.

Sebastian cerró la carpeta y levantó la vista con semblante serio.

—¿Es tu hija?

Kyle se detuvo a mitad de camino y se sentó al borde de la mesa.

—Existe esa posibilidad —una posibilidad que lo golpeaba a traición de forma más fuerte que los mi—siles que habían alcanzado su avión en Afganistán.

—Si resulta ser hija de Bianca Thompson, coincide con la... semana en que es tuvimos juntos.

—¿Una semana? —una cierta sorna iluminó por un instante la mirada de su hermano.

Kyle no estaba de humor para bromas.

—Salimos cuando estaba de permiso. Ninguno de los dos quería una relación a largo plazo.

—Ese es siempre tu caso —Sebastian apartó la vista para dirigirla luego a los documentos.

Sí, no se le conocía ninguna relación seria, pero al menos lo dejaba claro en lugar de dar pie a conclusiones equivocadas.

—Lo que hace aún más irónico el hecho de que Phoebe me haya propuesto matrimonio.

—Creo que eso la convierte en una persona mucho más lógica —Sebastian hablaba en voz baja para que los demás no pudiesen oírle—. Si conoce tu reputación, no tiene por qué preocuparse de que vayas a encariñarte con ella o con la niña.

—Me ha dicho que sólo lo había propuesto porque estaba desesperada, que no lo decía en serio, y que igual a mí se me ocurría

otra cosa, ¿Tienes alguna sugerencia?

Sebastian se pasó la mano por la cara, una cara casi idéntica a la de Kyle.

—Creo que lo primero que hay que hacer es averiguar si el bebé es realmente hijo tuyo. No tengo mucho ojo para descubrir parecidos familiares, pero debo confesar que esta niña parece una Landis.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo lleva hacer una prueba de paternidad?

—Tengo que admitir que nunca he tenido que hacerme ninguna —miró a su esposa con evidente cariño. Habían tenido un hijo hacía unos meses, tras un embarazo inesperado después de perder la hija que iban a adoptar porque la madre biológica cambió de idea—. Pero seguro que Jonah lo sabe.

El hermano menor había sido siempre un bala perdida, tanto que resultaba difícil distinguir qué había en ello de cierto y qué de reputación, Kyle siempre lo había entendido mejor que el resto de la familia porque se parecía a él, aunque la vida militar le había ayudado a contener mejor sus impulsos.

Pero a pesar de eso, parecía haberlo echado todo a perder.

—Cuanto antes aclaremos esto, mejor.

—¿Qué sabes de ella? —Sebastian señaló con un gesto a Phoebe, que sostenía la niña sobre su hombro para que ésta eructase.

—Nada —Kyle volvió a abrir la carpeta y hojeó los papeles—. No la conocía, pero estas fotos en que sale con Bianca parecen de verdad.

—Tengo contratado un detective que mañana verificará toda esta historia. Como vive y trabaja dentro del estado, todo resultará más fácil —Sebastian tamborileó sobre los documentos—. El caso es que todo parece auténtico y en orden. Pronto lo sabremos.

Pero no lo suficientemente rápido.

—Entonces, por el momento no tenemos opción —Kyle bajó la voz aunque nadie parecía estar prestando atención a la conversación que mantenía con su hermano—. O esta chica está intentando ayudar a su amiga, en cuyo caso necesita que la ayude y el bebé se queda, o está como una cabra y debe quedarse por la seguridad de la niña.

—Ten cuidado, hermanito —le dijo Sebastian, aproximándose—. Hay mucho dinero en juego.

La mujer de Sebastian los miró por encima del hombro.

—Qué cínicos son los hombres.

Maldita sea, habría jurado que estaban hablando en voz baja. ¿Los habría oído Phoebe también? Aunque tampoco había dicho nada fuera de lugar, Seguramente ella ya había previsto que iba a ser investigada.

La esposa del hermano mayor, Matthew, se echó a un lado, abriendo el círculo mientras acariciaba la incipiente curva de su vientre.

—Hacen bien en preocuparse —dijo Ashley—, conozco casos muy tristes de personas despiadadas que se han aprovechado de las necesidades de un niño.

El hermano menor, Jonah, resopló desde el otro sillón, donde se había repantigado colocando una pierna sobre el reposabrazos.

—¿A quién estás acusando, a la madre del bebé o a Phoebe?

Ginger descansó la mano en el respaldo del asiento de Phoebe y lanzó a sus hijos una mirada censurante.

—Siento que tenga que oír estas cosas. Mis hijos deberían tener mayor delicadeza.

Kyle observó cómo su madre se ganaba a Phoebe con unas pocas palabras bien escogidas. No había duda en cuanto a quién era el miembro más diplomático de aquella familia.

—No me siento ofendida—dijo Phoebe—, de hecho, me siento aliviada al ver el modo tan práctico con que se han tomado todo esto. Promete mucho para Nina, y yo no tengo nada que ocultar.

Jonah se apartó un rizo de la frente.

—Señora, debo confesar que todo esto me resulta un poco sospechoso. No sería la primera en pretender hacerse con un trozo del lucrativo pastel de la familia Landis.

—No estoy aquí por dinero, sólo necesito tiempo. Quiero mantener a la niña al margen de los servicios sociales hasta que encontremos a su madre, Y de no ser así, mi deseo es poder adoptarla.

Jonah se desató la pajarita.

—Pues entonces, deje que las autoridades se hagan cargo. Si resulta ser lo mejor para la niña, es con usted con quien acabará.

Ginger levantó con un gesto a su hijo del sillón e indicó a Ashley que se sentase.

Ashley, sujetándose la barriga, sonrió agradecida y se sentó exhalando un profundo suspiro.

—No es tan fácil como crees. Yo tuve mucha suerte. Mis hermanas de acogida y yo dimos con una casa maravillosa, la de «tía» Libby, donde estuvimos mejor que en nuestros lugares de origen.

La madre biológica de Claire quería quedarse con ella, pero era demasiado joven y no tenía dinero.

Los padres de Starr eran unos delincuentes que se negaron a ceder su custodia. Mis padres me abandonaron —el tono de Ashley se fue volviendo más ferviente conforme hablaba—. No todas las niñas que fueron alojadas en casa de tía Libby venían directamente de estar con sus padres biológicos. La mayoría de los padres de acogida son gente buena y amable, pero algunos…

Como militar que había pasado los últimos seis años de su vida protegiendo vidas, Kyle deseó tomar en sus brazos a la niña y mantenerla a salvo del mundo.

¿Hasta qué punto aumentarían esos sentimientos si resultaba ser su hija?

Phoebe apoyó la mejilla sobre la cabeza de la niña,

—No quiero correr el riesgo de que Nina pase un sólo día en una casa en la que no la quieran.

—Exactamente —dijo Ashley—. Hay gente que no tiene opción, pero Nina sí la tiene.

La madre de Kyle asintió.

—Ya he hablado con mi secretaria y ha pedido cita para una prueba de paternidad. —¿En fin de semana?

Al parecer, Phoebe no conocía la habilidad de Ginger para mover montañas.

—Tendremos una respuesta antes de que servicios sociales abra el lunes por la mañana, Tiempo para comprobar lo lejos que Phoebe estaba dispuesta a llegar con aquel asunto.

—Ya que todos parecéis tan seguros de que Nina es hija mía, podríamos empezar a trasladar sus cosas a mi ala de la casa.

—¿Cómo dice? —Phoebe se alarmó—. Se lo agradezco, pero Nina y yo ya estamos alojadas en un hotel.

Kyle bloqueó la puerta con el brazo.

—Existiendo la más mínima posibilidad de que Nina sea hija mía, no puedo dejar que salga de aquí con ella.

Phoebe miró nerviosa a su alrededor y luego se levantó, rodeando a la Nina con los brazos.

—No pienso dejarla.

—Y no espero que lo haga —nadie iba a ir a ninguna parte hasta que él tuviese todas las respuestas—. Las dos se alojarán en la casa de mi familia.

CAPÍTULO 3

No tenía más remedio que ir con él, y lo sabía. Sentada en el asiento de atrás del sedán de Kyle junto al capazo de Nina, Phoebe deseó haber previsto aquel giro en sus planes.

Los amplios hombros de Kyle, enfundados en la chaqueta del uniforme, se extendían ante ella en el asiento del conductor. El coche atravesó la verja de seguridad que daba paso al complejo costero en que vivía la familia Landis y, conforme la verja se cerraba tras ellos+ Phoebe se arrimó a Nina, que yacía dormida en su capazo. Había sido una noche muy larga, pronto amanecería y necesitaba tranquilizar sus nervios deshechos.

Al acudir a Kyle para solicitar su ayuda, se había hecho vulnerable porque ahora, con una sola llamada a los servicios sociales, él podía arrebatarle los días que necesitaba para solucionar el futuro de Nina. No se había sentido tan impotente desde el día en que su marido se ahogó mientras ella lo observaba sin poder hacer nada.

Contempló nerviosa la mansión que la familia Landis te nía junto a la playa en Hilton Head. Kyle le había contado que su hermano el abogado vivía con su esposa en una casa a varios kilómetros de allí y que su hermano mayor, que era senador, vivía con la suya en una mansión de antes de la guerra en el centro de Charleston. Kyle mantenía sus cosas en la tercera planta de la mansión familiar, ya que se marchaba de servicio bastante a menudo.

Ella había conocido a muchas familias ricas en los actos que la universidad organizaba para recaudar fondos, pero nunca había visitado un lugar semejante. A pesar de haber insistido en que no necesitaba dinero, pagar un hotel durante el fin de semana le habría supuesto darle un buen bocado a su cuenta corriente. Y necesitaba ahorrar por si tenía que hacer algún pago durante el proceso de adopción de Nina. En ese aspecto, lo más inteligente era alojarse allí.

Había visto algunas fotos al indagar en Internet sobre la familia Landis y había leído que éstos habían diversificado y aumentado su fortuna mediante hábiles operaciones realizadas a lo largo de generaciones, pero ninguna imagen podría haberla preparado para aquella visión tan impresionante. En primera línea de playa, dominando el Atlántico, habían construido una enorme casa de tres plantas con cubiertas victorianas. Unas largas escaleras conducían al porche de la segunda planta, que daba paso a la entrada principal.

La primera planta estaba protegida por rejas y parecía ser una amplia zona de esparcimiento.

Como ocurría en Charleston, muchas casas pegadas al mar se construían en alto para protegerse de las inundaciones producidas por los huracanes.

El garaje tenía tantas puertas que Phoebe dejó de contarlas. El

sedán se detuvo junto a la casa, lo que le permitió contemplar los espesos arbustos que se extendían tras ellos y la costa atlántica justo enfrente.

Entre la casa y la playa había una piscina de forma orgánica, y en el jacuzzi que tenía en la base los remolinos de agua clorada brillaban a la luz de la luna.

Kyle estacionó el coche y posó la mano sobre el tirador de la puerta.

—Sacaré sus cosas del maletero mientras se ocupa de la pequeña.

Salió antes de que ella pudiese contestarle. Al parecer, había heredado la capacidad de su madre para tomar el mando. Phoebe dio la vuelta alrededor del Mercedes y desenganchó el capazo del asiento trasero para no despertar a Nina.

El sacó del maletero una pequeña maleta y una bolsa de lona con una cuna portátil.

—Comparada con la mayoría de mujeres que conozco, viaja con muy poco peso.

—Sólo pensaba quedarme una noche —había contado con conseguir su apoyo y marcharse a casa por la mañana: una ingenuidad, viendo lo complicado que se tornaba todo—. Tengo que reincorporarme a mi trabajo en Columbia.

El señaló con un gesto la escalera.

—En ese caso, puede dejar a Nina aquí.

Ella dudó en el primer escalón, porque sentía claustrofobia ante la idea de entrar en la casa.

Pero tampoco era como si él la fuese a encerrar en el ático.

—No pienso abandonarla.

—Yo tampoco —dijo él con total convicción, lo que hizo que Phoebe se alegrara por Nina. Ojalá pudiese confiar en él.

Retiró la vista de sus ojos azules y persuasivos y volvió a mirar la escalera. Sería algo temporal, hasta que a él le diesen un nuevo destino, y luego reanudaría su vida.

—Parece que estamos en punto muerto.

—¿Y su trabajo?

—Este semestre voy a dar todas las clases por Internet —había ajustado su horario para estar con Nina, ya que pensó que aquélla sería la única oportunidad que tendría de cuidar de un bebé.

De haber sabido lo que iba a pasar cuando Bianca le dejó a su hija...—. Puedo trabajar desde aquí hasta que todo se arregle.

Hasta que él se marchase.

Ella no tardaría en ponerse al día, y el trabajo de Kyle, junto con su trayectoria de relaciones fugaces, lo sacarían pronto de su vida. En realidad, no tenía otras opciones si quería quedarse con Nina.

Señaló al macizo de robles y palmitos que enmarcaban un

cobertizo de dos plantas.

—¿Quién vive allí?

—Mi hermano menor, Jonah. Está acabando sus estudios de arquitectura. Se aloja aquí cuando no está haciendo prácticas en Europa.

El cobertizo tenía los postigos pintados de color azul y era más grande que la mayoría de las casas familiares, sin duda más que el apartamento que Phoebe tenía en el centro de Columbia.

—Es preciosa.

Sabía que Kyle era de familia rica, pero aquel despliegue de grandiosidad no hizo más que recalcar sus diferentes orígenes. Phoebe asió el capazo con ambas manos al llegar a lo alto de las escaleras. Las puertas se abrieron antes de que Kyle alcanzara a abrirlas.

Sebastian, el abogado, cubría la entrada. Era tan semejante a Kyle que parecía su hermano gemelo, excepto por el hecho de que al abogado no le habían salido arrugas de reírse. —Lo conseguiste.

Kyle dejó las bolsas de Phoebe sobre el suelo de madera.

—He conducido más despacio por la niña. ¿Dónde está mamá?

—Sigue en el club clausurando la fiesta para que no se note tanto que nos hemos ido —

Sebastian miró fugazmente a Phoebe ya Nina y luego volvió la vista hacia su hermano—. Tenemos que hablar.

Kyle la condujo al enorme vestíbulo.

—En cuanto las acomode.

La mujer de Sebastian esperaba en el arco de entrada de un gigantesco salón con cristaleras que dominaba el océano.

—Yo le enseñaré la casa —Marianna, porque así la habían llamado en el club de campo, se apartó un rizo oscuro de la cara—. Querrás acostar a la niña. Te llevaré a tu habitación.

Aun así, Phoebe dudó. ¿Qué tendrían que hablar los dos hermanos que ella no pudiese escuchar? La sospecha le pinzó los nervios, pero no podía hacer nada al respecto, sobre todo estando tan cansada. Quizá podría sonsacar alguna información a Marianna en ausencia de Kyle.

Le sonrió,

—Gracias, agradezco mucho tu ayuda. Marianna le quitó la bolsa de los pañales. —Déjamela a mí. Estas cosas pesan un montón. Te enseñaré la habitación de los niños.

—¿Tienen una habitación para los niños?

—Mi marido y yo vivimos a varios kilómetros, pero la abuela Ginger conserva todo lo necesario para que nuestro hijo pueda acostarse aquí. El segundo marido de Ginger, Hank Renshaw, también tiene nietos de sus hijas. Todos hacemos buen uso de la habitación. En ella encontraras todo lo que puedas necesitar.

Phoebe seguía dudando, Alojar a Nina allí en una habitación, aunque fuese temporalmente, le parecía dar un paso muy grande. Un paso del que debería alegrarse, Marianna se colgó al hombro la bolsa de los pañales.

—Hay un intercomunicador en la habitación, así que podrás oír el más mínimo ruido que haga la niña si te necesita.

Agotada como estaba, Phoebe vaciló.

—No creo que pueda dejar que se despierte sola en un lugar que no conoce.

Marianna la miró comprensiva.

—Si quieres dormir con ella, hay además una pequeña cama en la habitación.

—Enséñame dónde está.

Marianna serpenteó por pasillos pintados de amarillo pálido hasta que Phoebe se preguntó si sería capaz de encontrar el camino de vuelta para salir del mundo de los Landis, Podía oír el tictac de un reloj de pie y sus pasos amortiguados por alfombras orientales.

Pero no pudo aguantar tanto silencio. Además, así nunca se iba a enterar de nada a través de aquella mujer.

—¿No me vas a preguntar si estoy mintiendo? Todos dudan de mí.

Marianna se volvió a mirarla con una sonrisa.

—Creo que es cierto que Nina es hija de Kyle.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Marianna señaló el retrato de un niño que había colgado en el pasillo. En sus ojos brillaba un amor sincero.

—Este es mi hijo, Sebastian Edward Landis Júnior. Y es evidente que es primo de Nina —le indicó otras imágenes enmarcadas de niños a lo largo del camino, todos con unos ojos azules impresionantes—. Estos son Matthew, Kyle, Sebastian y Jonah cuando eran niños. El aspecto de los Landis es inconfundible.

Ella estaba totalmente de acuerdo. Los ojos azules, la sonrisa desigual… todos la tenían, como Nina.

—Y si tú ves el parecido, ¿por qué ellos no?

—Porque yo miro con ojos de madre, como tú —Marianna se detuvo frente a una puerta cerrada y descansó la mano sobre el picaporte—. Los vemos de una forma en que nadie los verá jamás.

Las palabras de Marianna la rindieron ante una evidencia inexorable.

—Yo no soy la madre de la niña.

—Estás dispuesta a todo por Nina. Para mí, eso te convierte en su madre —Marianna la miró con comprensión—. La familia querrá realizar una prueba de paternidad por razones legales, por supuesto. Son así de detallistas, pero eso protegerá los intereses de Nina tanto como los de ellos.

—Los resultados tardan bastante, ¿verdad? —¿lo sabrían con la suficiente antelación como para presentarlos en un juzgado de familia?

—Nada lleva demasiado tiempo para un Landis. Son personas impacientes y tienen el dinero suficiente como para que sus deseos se cumplan con celeridad. No te preocupes, enseguida tendrás la respuesta.

Marianna abrió la puerta de una habitación espaciosa, pintada de verde mar, con una cuna en un extremo junto a una cama que quedaba bajo la ventana. En una esquina, bajo un mural con personajes de cuento, había una gruesa y deliciosa mecedora.

—Hemos llegado.

—Gracias por mostrarme el camino —Phoebe se internó en la habitación con sentimientos encontrados, deseando haber podido ofrecerle a Nina todo aquello y mucho más.

Marianna mantuvo la puerta abierta.

—Estoy segura de que Kyle se pasará por aquí en cuanto acabe de hablar con Sebastián. Yo tengo que irme a casa para que la canguro pueda marcharse, no me gusta pasar demasiado tiempo alejada del pequeño Edward, Buena suerte.

—Espero no tener que necesitarla.

Le sonrió apretándole el brazo, notando la preocupación de Phoebe,

—Todo saldrá bien. Ambas estaréis bien, ya verás.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse tras ella le recordó a Phoebe que pretendía sonsacar a aquella mujer. No había descubierto mucho aparte de la confirmación de lo que ella ya intuía: que Nina era una Landis.

Tiempo después de que Marianna se hubiese marchado y Nina estuviese acostada en su cuna, Phoebe se sentó en la cama abrazada a sus piernas y contempló el océano, incapaz de conciliar el sueño. Demasiadas preguntas, dudas y temores, se arremolinaban en su cabeza, como aquellas olas que rompían y se retiraban para volver a romper de nuevo. Lo único que veía tan claro como la luna que se reflejaba a lo lejos en las aguas oscuras era que los Landis tenían mucho poder.

Con el dinero y la impaciencia con que podían permitirse comprar una prueba de paternidad para el día siguiente podían además deshacerse de cualquier persona que no perteneciese a su exclusivo mundo. Sin derechos legales sobre Nina y estando Blanca fuera, Phoebe podía fácilmente encontrarse enfrentada a Kyle.

Después de haber contemplado impotente la muerte de su marido, no lograba vencer el miedo a que le volviesen a arrebatar a alguien a quien amaba.

Tras la mesa del estudio familiar, Kyle se frotó la incipiente barba. Los rayos de sol empezaban a asomar tras el horizonte y atravesaban los grandes ventanales.

Sebastian dormía sobre un sofá de piel situado frente a las estanterías de roble, pero Kyle se había mantenido despierto para recibir los informes que el detective le había estado enviando a su BlackBerry durante toda la noche, al tiempo que hacía algunas comprobaciones por su cuenta. El dinero e Internet constituían una fuente rápida de información.

Hasta aquel momento, se había comprobado todo lo que había contado Phoebe Slater. De hecho, trabajaba en la Universidad de Carolina del Sur. Llevaba tres años como profesora de historia, pero aquel semestre había decidido abruptamente impartir sus clases únicamente por Internet, más o menos por la fecha en que Nina entró de lleno en su vida.

Bianca Thompson había sido compañera de colegio de Phoebe y había tenido una niña que se llamaba Nina.

Sostuvo la BlackBerry en la mano, contemplando el último informe. El que le había sorprendido.

Phoebe era viuda.

La causa de muerte de su marido aparecía citada como «ahogamiento accidental», lo que explicaba la mirada de angustia que nunca abandonaba el rostro de Phoebe, ni siquiera al sonreír, cosa que sólo hacía al mirar a la niña.

Las cosas se estaban complicando.

Se levantó inquieto y empezó a caminar, alejándose cada vez más del despacho hasta encontrarse atravesando pasillos en dirección a la habitación de los niños, donde Marianna le había dicho que se habían alojado Phoebe y Nina. La puerta estaba entreabierta, la niña dormía en la cuna que su madre había colocado allí para los nietos. Todos esperaban que el siguiente en utilizarla fuese el hijo de Matthew y Ashley, que iba a nacer ese invierno.

¿Quién podría haber previsto aquello?

Se internó en la habitación, pero se detuvo abruptamente.

Phoebe estaba sentada en una esquina de la cama y dormía con la mejilla apoyada en el alféizar de la ventana. La sábana y el cobertor se retorcían alrededor de su cuerpo, signo de que había pasado una mala noche. Todavía llevaba puesto el vestido de la fiesta, pero se había quitado los zapatos de tacón, y el delicado arco de sus pies desnudos incitaban a Kyle a acariciarle las piernas, a explorar la suavidad de su piel.

El pelo rubio le caía sobre el rostro: su pasador plateado descansaba sobre la mesilla de noche.

Dado que ambos llevaban la misma ropa que la noche anterior,

bien podían haber sido una pareja tras una larga y satisfactoria noche juntos.

Sólo que ella no estaba allí por él. Comenzó a retirarse cuando le crujió el zapato del uniforme.

Phoebe se despertó de un salto. Se apartó el pelo de los ojos, parpadeando muy deprisa, lo que se sumó a su sensual atractivo.

—¿Qué? ¿Nina?

Kyle se llevó un dedo a la boca.

—La niña sigue dormida —dijo en voz baja, acercándose— No tienes que levantarte aún, a menos que quieras ducharte y cambiarte de ropa —no necesitaba una imagen de ella en la ducha para que se le chamuscase el cerebro—. Puedo... vigilarla mientras.

Llevaba la BlackBerry. Podía seguir trabajando desde allí.

Ella se subió el tirante del vestido.

—Sólo pretendía cerrar los ojos un segundo después de ponerle el pijama y luego iba a deshacer la maleta y cambiarme. Debo haberme quedado dormida.

—Tienes motivos para estar cansada después de lo de ayer, del viaje con la niña y de haber dormido sentada.

Ella retiró los cobertores que se enredaban en su cuerpo.

—No quería que la niña se despertara en un lugar extraño y se asustara.

La imagen de la cachorrita haciendo pucheros y llorando le afectó. Maldita sea. Y todavía no sabía si era hija suya.

—No me importa quedarme con la niña mientras duermes o te duchas.

—Se llama Nina.

—Ya lo sé.

—Siempre la llamas «la niña», «la pequeña», o cosas así —Phoebe sacó las piernas de la cama, con el vestido plegado a la altura de las rodillas —es una persona, Nina Elizabeth Thompson.

—Ya sé cómo se llama —apartó la vista de las piernas de Phoebe para volver a dirigirla a su rostro, igualmente fascinante—. He visto su certificado de nacimiento. Es Nina.

Nina. Una persona. Miró la cuna en que la pequeña, o sea, Nina, dormía con su pijama rosa, chupándose el puño. Junto a su cabeza había un mordedor de plástico en forma de osito panda.

Por primera vez en aquella noche de locos, se detuvo el tiempo suficiente como para pensar más allá del siguiente fin de semana. ¿Y si Nina resultaba ser su hija? ¿Y si, tal y como Sebastian le había advertido, el juez optaba por darla en acogida aunque sólo fuese por un corto período de tiempo? De ninguna manera. Tenía que tenerlo todo de su parte, de la parte de Nina, por si la pequeña resultaba ser hija suya.

Maldita sea, Incluso se estaba pensando la proposición de Phoebe.

Descansó la mano sobre la barandilla de la cuna y giró la cabeza para mirar a Phoebe.

—Has estado pensando en lo del matrimonio de conveniencia.

—No se me ha ocurrido mucho más—ella se detuvo, alerta—. ¿Significa esto que tú también lo has estado pensando?

—No pienso dar la espalda a mis responsabilidades —agarró con más fuerza la barandilla—, pero todavía debemos esperar a la prueba de paternidad. Si no es hija mía, no te serviría de nada que me casase contigo. Bianca podía haberte mentido.

—No lo hizo—Phoebe cruzó la habitación para situarse junto a él y colocó la mano encima de la suya, apretándole suavemente los dedos —. Nina es tu hija. Lo sé.

El contacto de su mano lo sacudió de arriba a abajo. Sólo había sido un roce. ¡Por Dios bendito!

Pero la suavidad de su piel y el suave aroma a vainilla que desprendía, junto a la inmensa gratitud que había en sus ojos hicieron que le hormiguease todo el cuerpo. Necesitaba alejarse de allí. Y

deprisa.

Miró intencionadamente la mano de Phoebe e intentó resultar sarcástico.

—No quiero que hagas una estupidez como la de enamorarte de mí.

Ella apartó la mano y la sacudió como si le ardiera.

—¿De ti?

—¿A quién más le has pedido que se case contigo?

Ella se echó a reír hasta que su risa se tornó en risotada. La niña se removió y Phoebe calló de inmediato. El la agarró del codo y la sacó al pasillo, dejando la puerta abierta.

Phoebe se inclinó sobre una pared cubierta de retratos de generaciones de pequeños Landis,

—No te preocupes—logró decirle mientras reía—. No existe la más mínima posibilidad de que me enamore de ti, pero gracias por intentar levantarme el ánimo.

Lo que él había pretendido que sonara sarcástico dejó de pronto de parecerle tan divertido.

—Has sido un poco dura.

—Estoy segura de que tu... virilidad y tu ego sobrevivirán.

—Pareces muy segura de ti misma —presionó él sin saber por qué, puesto que ella se había mostrado muy segura a la hora de marcar las distancias—. Apenas nos conocemos. ¿Qué he hecho para no gustarte en absoluto? No pretendo ensalzar mi ego, pero resulta que tengo mucho dinero.

Dicen que poseo un sentido del humor bastante decente y por

ahora ningún bebé ni animal pequeño me ha arañado la cara.

—Lo mismo podría decir de mí, obviando la cuestión del dinero —señaló ella con lógica—, de modo que como tienes dinero de sobra y no necesitas una mujer que te mantenga, ¿debería preocuparme por que puedas llegar a enamorarte de mí?

Maldita sea. Era muy buena.

No pudo evitar una envidiosa sonrisa de respeto por el tanto que acababa de apuntarse.

—*Touché.*

—Lo tomaré como un «no».

—No es nada personal, eres una mujer guapa e inteligente —atractiva y perspicaz, distinción que resultaba más excitante si cabe.

—Por supuesto, Tampoco era nada personal cuan—do me reí de ti.

—De acuerdo. Estoy a años luz de sentar la cabeza—. Estaba muy ocupado con su nueva vida y su carrera fuera del ejército—. ¿Y tú?

—Ya estuve casada.

Eso ya lo sabía él, pero prefirió disimular para no dejar en evidencia que ya la estaban investigando.

—Un divorcio truculento, ¿no es así?

El rostro de ella se tornó totalmente impasible. El ya conocía esa mirada: la había visto en soldados con traumas, que se insensibilizaban por temor a que la más mínima emoción los destrozase por completo.

—Murió —se limitó a decir— En mi corazón no habrá sitio para nadie más hasta que él deje de llenarlo.

El exhaló con fuerza. Sabía que existía ese tipo de amor, porque lo había visto en sus padres y también cuando su madre volvió a casarse, igual que había visto a su padre destrozado por tener que dividirse entre su carrera y su familia,

—Vaya, que fuerte suena eso. ¿Y de qué murió?

¿Y por qué tenía que saber más del tema?

Ella bajó la mirada y guardó silencio.

Maldita sea, tenía que saberlo todo sobre ella. Tenía muy poco tiempo para tomar una decisión muy importante, tanto que iba a cambiar su vida. Estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas en la guerra, pero siempre lo había hecho basándose en investigaciones previas, Aquello no podía ser distinto. No era algo personal.

—Phoebe, si vamos a casarnos, debo saberlo. Resultaría extraño que, si a alguien se le ocurriese preguntar, yo no supiese la respuesta. Por el bien de Nina, tendríamos que hacer que pareciese real.

—Se ahogó —un destello de dolor atravesó sus ojos como un relámpago mortal. Luego volvió a quedar impasible. Se alejó de la pared, y de él—. Tengo que volver con la niña.

Se dio la vuelta, dándole la espalda a Kyle. No podía haber sido

más precisa. Fin de la discusión.

Retirada. Pero había obtenido respuesta. Ese sufrimiento en sus ojos y la forma tan brusca en que se había cenado no le dejaban dudas en cuanto a su situación personal en lo referente a su ex marido.

Estaba totalmente comprometida con otro hombre.

Lo que hacía más fácil la posibilidad de un matrimonio de conveniencia, ¡pero menudo lío! La puerta se cerró tras ella y Kyle se recordó a sí mismo que debía ir por partes. Para empezar, tenían que tomarle una muestra de sangre y había que esperar a los resultados de la prueba de paternidad.

Pero sus instintos le gritaban alto y claro que Phoebe Slater estaba diciendo la verdad.

CAPÍTULO 4

—Cásate conmigo.

La exigencia de Kyle, porque aquello no fue en modo alguno una petición, retumbó en la cabeza de Phoebe justo después de conocer los primeros resultados de la prueba de paternidad, Abrumada, se agachó en el asiento delantero del Mercedes mientras Nina dormía en el de atrás después de aquel extenuante día en la consulta del médico.

La suave piel crema del tapizado la envolvía en lujos, pero no lograba aliviar el nerviosismo que le atenazaba el cuello.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—No es momento de echarse atrás —encendió el motor y ajustó el aire acondicionado a aquella tarde otoñal con una eficiencia y una tranquilidad que provocaron la envidia de Phoebe—.

Ya lo he hablado con Sebastian y tenías razón al pensar que era el modo más rápido y eficaz de proteger el futuro de Nina.

Ella contempló a través del parabrisas el atestado aparcamiento del hospital, atraída como un imán por las madres que pasaban con sus hijos.

Y también por las parejas, padre y madre.

—¿Cuánto tiempo?

—Nos casaremos el lunes, mañana —tensó la mandíbula en un primer signo de nerviosismo.

Una mirada más exhaustiva reveló a Phoebe la palidez de su piel y tuvo que apretar los puños para evitar tocarle, consolarle. Entendía lo abrumador que le resultaba convertirse en padre de la noche a la mañana.

—No, lo que quería saber es cuánto tiempo mantendremos esta farsa. ¿A quién se lo diremos?

—Mi familia ya está al tanto de lo que pasa. Pero aparte de ellos, tendremos que mantener las apariencias por el bien de Nina.

—¿Apariencias? —vaya por Dios, lo que ella había pensado era en un falso matrimonio, no un falso matrimonio que pretendiese parecer auténtico.

—Tendremos que vivir juntos, al menos por algún tiempo —una ligera sonrisa suavizó las arrugas alrededor de su boca—. Dado que habito en la casa familiar, siempre estaremos rodeados de personas que te protegerán de tu libidinoso marido.

Ella se llevó la lengua a un lado de la boca para evitar reírse, pero no pudo dejar de sonreír...

hasta que pensó en el siguiente obstáculo que debía haber previsto antes de poner en marcha su plan a medio esbozar.

—¿Qué pensará tu familia?

Y más importante aún: ¿cómo iban a reaccionar teniendo que compartir sus vidas con ella y con Nina? Su sonrisa se desvaneció.

—Serás recibida como una Landis. Y mi madre te adorará solamente porque quieres a su...

nieta.

—Siempre es un alivio —Nina nunca volvería a estar sola y abandonada—. No me gustará que se sientan violentos cuando venga con Nina de visita.

—¿Visita? —levantó una ceja y metió la marcha atrás—. Tendrás que quedarte en la casa al menos un par de meses. A partir de entonces podremos vivir en lugares distintos y alegar conflictos laborales.

—¿Meses? —se llevó la mano a la frente,

El asintió de manera tajante.

—Tiempo suficiente para obtener la custodia legal. O basta que Bianca regrese —apretó la palanca de cambio—. Si no tenemos noticias de ella, al cabo de un año procederemos a iniciar los trámites de divorcio.

—¿Y qué pasa con Nina?

—Quiero derechos de visita para mí y para mi familia.

—Por supuesto —sintió un gran alivio mientras el coche salía marcha atrás del aparcamiento. El no había podido concederle por entero la custodia de la niña. Aunque conocía a su hija de muy poco, Phoebe había estado con los Landis el tiempo suficiente como para saber que para ellos el concepto de familia estaba por encima de todo.

Gracias al cielo, no se iba a disputar con ella la custodia. Los ojos se le llenaron de lágrimas y pestañeó para retenerlas, a ellas y a sus ansias de abrazarle agradecida.

Pero él estaba demasiado aprensivo para un abrazo; su risa y su buen humor habían desaparecido. Puede que también necesitase unas palabras tranquilizadoras,

—Quisiera firmar un acuerdo prenupcial en que conste que no tengo derecho alguno sobre los bienes de los Landis, ¿Crees que tu hermano podrá redactarlo?

—Pero Nina recibirá mi manutención.

—Lo que dispongas me parecerá bien. Estoy tan aliviada de que no te la vayas a llevar…

—Por todo lo que he visto y sabido de ti, está claro que tu mayor preocupación es su bienestar

—metió la primera, mirando fijamente al frente y apretando la mandíbula—. No estoy en posición de ejercer como padre teniendo en cuenta la cantidad de viajes que conlleva mi trabajo.

—Por supuesto, es totalmente comprensible —aunque ella hubiese dejado cualquier trabajo por Nina y de hecho había reorganizado su horario en torno a ella. Pero no pensaba discutir con él.

Sin embargo, quería preguntarle por sus sentimientos. ¿Se sentía

frustrado por tener que casarse con una mujer a la que apenas conocía? ¿Qué sentía al saber que tenía una hija?

Su rostro decidido la disuadió conforme se internaban en la carretera. Kyle estaba haciendo lo que había que hacer, cumplía con su obligación y ella debía sentirse aliviada por su desprendimiento emociona],

Pero, en lugar de eso, se sentía vacía.

—Quiero que quede muy claro que sólo me interesa el bienestar de Nina.

—Muy bien. Le diré a Sebastian que prepare los papeles.

Serio y formal. Nada de aquello se parecía a su compromiso con Roger. El se le había declarado en la playa, sin anillo, sin dinero, sin complicados tratos legales de por medio. Se habían limitado a decirse lo mucho que se amaban y cuánto deseaban pasar el resto de sus vidas juntos.

Y al día siguiente iba a casarse con el hombre que estaba sentado a su lado. Lo había conseguido. Nina estaría más protegida que nunca.

¿Pero por qué le parecía que en vez de por un año se casaba para siempre?

—Por el poder que me otorga el estado de Carolina del Sur, yo os declaro marido y mujer.

La proclama del juez de paz le retumbó a Phoebe en los oídos, como si estuviese contemplando una especie de drama desde lejos. Para su boda en el juzgado él se había vuelto a poner el uniforme, en esta ocasión una versión menos Formal, pero con chaqueta y corbata.

Todo le había parecido irreal desde que habían hecho la prueba de paternidad ese fin de semana y esta había confirmado lo que Phoebe había sabido nada más ver a Kyle Landis: que era el padre biológico de Nina.

En cuanto Kyle había conocido los resultados de la prueba, no había dudado ni un segundo, Había organizado la boda para el día siguiente y concertado cita en el juzgado de familia poco después. Aquel militar sabía hacerse con el mando y era capaz de mover montañas.

Apretó con fuerza el ramo de azucenas y rosas que le había traído una de sus cuñadas más sentimentales, Ashley, la embarazada casada con el hermano mayor. La otra cuñada, Marianna, llevaba en brazos a su hijo y Ginger sostenía con orgullo a su nueva nieta, Nina, junto a su marido.

Phoebe formaba ya parte de la familia, aunque sólo fuese sobre el papel.

Con una bandera americana y otra de Carolina del Sur a sus espaldas, el juez de paz cerró el libro que contenía los votos.

—Puedes besar a la novia.

Phoebe levantó la vista repentinamente hacia Kyle, dejando de golpe de sentirse una observadora lejana de aquel acontecimiento. Nadie esperaba que pasaran por esa parte de la ceremonia, excepto el juez.

Kyle esbozó una sonrisa sesgada e inclinó la cabeza hacia Phoebe, que apenas tuvo tiempo de escuchar la risa ahogada del hermano mayor cuando sintió que la besaban con suavidad y firmeza al mismo tiempo. Cerró los ojos, le tronaron los oídos y perdió la noción de lo que pasaba a su alrededor.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que surtió los labios de un hombre sobre los suyos. Demasiado tiempo. Toda la sensualidad que había encerrada en ella volvió a la vida, encendiéndola con un simple roce de labios. Deseó abrirlos para tener más, más de aquello, más de él, Mariposas le recorrieron el estómago y se dio cuenta de que se había olvidado de respirar.

El se retiró lentamente, a Dios gracias, lo que le dio tiempo a recuperar el equilibrio, Asió con fuerza el ramo de novia y abrió los ojos. Kyle se quedó mirándola por un instante y luego le ofreció el brazo, sonriente. Phoebe no pudo evitar devolverle la sonrisa. Era posible que al fin y al cabo ambos lograsen sobrellevar aquel embrollo.

Conforme se giraban hacia la familia, Ginger les tendió a la niña. Kyle dudó por un segundo, tiempo suficiente para hacer que Phoebe volviese al mundo real, le pasase el ramo de rosas y azucenas y tomase en brazos a Nina.

—Ven aquí, cariño. Te has portado muy bien. Le alisó el pichi de flores y le recolocó el gorrito y las botas hasta que hubo pasado la violencia del momento. Pero no lo olvidó. A pesar de la rapidez con que Kyle se había enfrentado al problema era evidente que no había logrado conectar con Nina.

No había sido la boda de ensueño con la que había fantaseado de niña, aunque le pareció que iba bien disfrazada. Llevaba un vestido amarillo pálido largo hasta la rodilla que le había prestado su cuñada. Marianna había insistido en que se quedara con aquel Versace, ya que no le quedaba bien después de dar a luz a su hijo.

Nina se aferró al collar de perlas que llevaba Phoebe y que Roger le había regalado el día en que intercambiaron sus votos. Habían tenido una boda sencilla, pero eso a ella no le había importado. Por aquel entonces tenían muy poco dinero y él había vendido una de las primeras ediciones de su colección para pagar el collar.

Sintió una punzada de dolor al pensar que nunca tendría un hijo de Roger. Nina era su única oportunidad de ejercer como madre, durase lo que durase.

Un flash los iluminó desde la esquina de la habitación proveniente

de la cámara del fotógrafo contratado por los Landis, cuyas fotos no tardarían en aparecer en prensa. Al menos las fotos las habían contratado ellos, junto con un sencillo comunicado que informaba de que Kyle se había casado con la tutora de su hija.

Kyle se inclinó hacia ella con complicidad.

—Bienvenida a una familia plagada de políticos. Ten cuidado con lo que dices y nunca, nunca se te ocurra masticar con la boca abierta a menos que desees aparecer en algún blog de Internet antes de haberte tragado la comida.

Nina consiguió alcanzarle la cara con la mano cubierta de babas, luego se echó a reír y se metió en la boca el osito panda. Kyle se mostraba encantador con los adultos. ¿Por qué se quedaba paralizado ante Nina? ¿O le ocurría lo mismo con todos los niños?

De todos modos, pronto volaría a su base por alguna misión y volvería a estar sola con Nina.

Sólo tenía que aguantar unos días, ni siquiera le iba a dar tiempo a desear que volviese a besarla.

Ginger la rodeó con un brazo en un abrazo que no le pareció fingido para la foto.

—Bienvenida a la familia, querida.

—Gracias —Phoebe se detuvo, bajando la voz—. Pero ya sabes que esto es algo temporal.

Su flamante suegra volvió a apretarle el hombro.

—Eres una Landis y una parte importante de la vida de mi nieta. Ya nos preocuparemos del futuro cuando llegue su momento.

El pánico le impedía respirar y el anillo de diamantes que llevaba en el dedo empezó a apretarle de repente. Debía estar contenta, todo iba tal y como Kyle le había dicho que iría: su familia la aceptaba aun conociendo las circunstancias de la boda.

Una vez hubieron despedido al fotógrafo, Marianna se acercó a ella con una sonrisa de apoyo.

—Pareces agotada. Acabemos con el papeleo para que puedas deshacerte de esos tacones.

Lo que más deseaba era poder volver a su apartamento, aunque fuese un minuto, para reorganizarse.

—Has sido muy amable al prestarme tu ropa, pero no puedo seguir abusando de tu generosidad. Tengo que volver a Columbia. Nina y yo nos estamos quedando sin...

Ginger hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes, querida. Ya me he ocupado de todo. Tienes ropa en la casa, puedes ponerte la que más te guste, Marianna ha preparado un cuarto para la niña más cerca de tu habitación y le ha encargado ropita —repasó la lista con una meticulosidad que probablemente hacía funcionar mejor los asuntos de gobierno, pero

allí resultaba un tanto agobiante—. Y ahora, si me disculpáis, tengo que ir arriba a hablar con un amigo juez de un asunto que me llegó al despacho la semana pasada.

Phoebe resopló y se giró hacia Marianna.

—¿Ha preparado todo eso mientras estábamos aquí?

Marianna se acercó aún más, colocándose mejor a su hijo sobre la cadera.

—El dinero, las influencias y una secretaria personal hacen que todo se mueva mucho más deprisa —como con la prueba de paternidad—. Lo hace con buena intención y normalmente lleva razón. Lo mejor es que por ahora te dejes llevar. Si tienes algo que alegar, mejor será que lo hagas estando descansada y con el estómago lleno.

—¿Me estás animando a marcharme? —no esperaba encontrar un respaldo tan incondicional por parte de los Landis respecto a cualquier decisión que tomase.

—Simplemente te estoy diciendo que, si pretendes rebelarte, debes escoger el momento adecuado. Los Landis son todo amabilidad... y tozudez. Claro que ahora tú también eres una Landis,

—Temporalmente.

Marianna no respondió.

De pronto se dio cuenta de golpe de lo que había hecho. La sensación de claustrofobia que había tenido la primera noche la atenazó con más fuerza. Los Landis habían aceptado a Nina porque existía un vínculo de sangre, pero aquello era un arma de doble filo.

No conocían a Nina, así que en realidad no la querían. Todavía no. Pero no pensaban dejarla marchar.

Kyle soltó el ramo sobre la mesa del administrativo y agarró el bolígrafo.

Los documentos que regulaban el enlace reposaban frente a él junto a las flores amarillas y naranjas. Ese mismo día tenía que haber solucionado todo lo referente al futuro de Nina. Su niña.

Su hija. Hasta aquel momento, lo único que había hecho era cumplir con su responsabilidad, pero en lugar de arreglarle la vida, la ceremonia había dado pie a otro problema, no del todo inesperado, pero sorprendente por su magnitud: quería a su esposa. Un solo beso había bastado para otorgarle esa certeza.

Apretó el bolígrafo, oscureciendo el trazo de su letra. Era todo lo que podía hacer con tal de no echar a todo el mundo de allí y dejar en Phoebe y en su memoria una huella mucho más profunda.

Su camisa todavía estaba impregnada del olor de ella, lo estuvo desde el momento en que le rozó levemente con el pedio y surgió en él el deseo de conocerla más. La había encontrado atractiva desde el primer momento en que la vio en la fiesta, incluso había tenido

intención de pedirle una cita.

Luego habían empezado a hablar, había conocido a Nina y allí estaban.

Al menos Phoebe se había mostrado tan sorprendida como él durante el beso. Gracias a Dios, había conseguido controlar las manos, porque si no, hubiese ofrecido al fotógrafo un titular inesperado, Alzó la vista del papel y miró a Phoebe, que estaba junto a Marianna. El vestido amarillo de seda se ajustaba a la suave curva de sus pechos, deslizándose sobre sus caderas de tal modo que no podía evitar preguntarse qué llevaba debajo.

Kyle miró por encima del hombro rápidamente para asegurarse de que el fotógrafo no había vuelto a entrar.

Durante un tiempo había tenido la suerte de no ser centro de atención de la prensa, pero ahora que había salido del ejército volvía a estar en el candelera. Aunque tenía que admitir que Phoebe ofrecía una hermosa y atractiva instantánea.

Phoebe le pasó la niña a Marianna y caminó hacia él, atrayendo su mirada hacia sus piernas.

Puede que aquel matrimonio le ofreciese beneficios inesperados. ¿Quién podría culparle por acostarse con su propia esposa?

Aunque hubiese enterrado su corazón junto a su marido, a juzgar por aquel beso su sensualidad se mantenía intacta.

Phoebe le tendió la mano.

—¿Podrías pasarme el bolígrafo?

—Sí, claro —se lo ofreció, y ella se inclinó junto a él, inundándolo del aroma a champú floral que emanaba de su melena suelta. A Kyle le vino a la mente la imagen de esos cabellos extendidos sobre una almohada mientras desnudaba a Phoebe.

Tiró de su corbata, que le apretaba de pronto. Phoebe apartó el ramo para apoyar la muñeca en la mesa mientras firmaba, llevándose la lengua a la mejilla. El todavía notaba el sabor a café de sus labios.

Café, por el amor de Dios. ¿Quién iba a pensar que algo tan simple iba a tener un gusto tan sensual? Su corazón se aceleró.

Ella remató la firma con una floritura que no pegaba nada con su aire de persona seria.

De cualquier modo, era oficial: estaban casados. Y tenía intención de consumar el matrimonio en cuanto lograse meter en su cama a su nueva esposa.

Kyle deslizó los papeles hasta el otro extremo de la mesa, donde se encontraba la secretaria de su madre, y centró toda la atención en su esposa,

—¿Has comido algo?

La familia entendería sin duda que él y Phoebe se retiraran durante un tiempo para conocerse mejor. Se acordó de un pequeño café que

había cerca del juzgado. Había comido allí con su madre y su amigo juez, y luego había llevado allí a la hija del juez durante una cita.

Pero igual no es tan buena idea llevar tu esposa a un lugar donde has tenido una cita con anterioridad. Pasamos al plan B.

Phoebe se colocó el pelo detrás de las orejas con un suspiro.

—Ha sido mi día muy largo.

¿Estaría pensando en su primera boda? Comprensible, pero él necesitaba distraer los pensamientos de Phoebe del hombre que todavía ocupaba un lugar tan importante en su mente.

—Te invitaría a salir, pero imagino que estás agotada. Parece que la pequeña necesita estirar las piernas. ¿Qué te parece si compro comida para llevar por el camino y pasamos la tarde en la playa? Hay sitio de sobra para el resto de la familia, así que podremos estar los tres solos, relajándonos junto al agua y conociéndonos mejor.

—Es muy amable por tu parte —cierto recelo asomó a sus ojos—. Me encantaría.

—Pongámonos en marcha entonces. Una vez esquivemos a la prensa, que sin duda estará esperando fuera, podremos volver a casa tranquilos.

Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y posó la mano en su espalda. Sólo que esta vez se preparó para anticiparse al escalofrío que le producía tocarla, Salió del despacho al largo pasillo que conducía al ascensor. Apenas notó los pasos de los demás miembros de la familia, que iban a la zaga hablando unos con otros. Un grupo de reporteros apostados tras un guarda de seguridad que les bloqueaba el paso empezaron a tomarles fotos.

El hermano mayor, Matthew, se acercó y empezó a hablar con uno de los periodistas, distrayendo la atención del grupo con sus declaraciones puesto que una entrevista con un senador contaba más para ellos que una boda sorpresa.

Kyle sonrió.

—Gracias, hermanito.

Se concentró llevar a casa a Phoebe y a Nina. Estaba expectante, Por primera vez desde que Phoebe había irrumpido en su mundo, sentía que retomaba el control de su vida.

El futuro de Nina estaba a salvo.

Y durase lo que durase aquel matrimonio. Phoebe y él tendrían una relación totalmente legal y sin preocupaciones respecto a implicaciones sentimentales por parte de ambos.

Se detuvo frente al ascensor privado destinado a empleados e imitados especiales y, justo al apretar el botón, la puerta se abrió y mostró a la persona que había en su interior, Demonios.

Una pelirroja de largas piernas, de unos veintitantos años, parpadeó sorprendida y después le sonrió.

No podía haber sido peor momento para entrarse con una de sus ex. Era la hija del juez, la chica con la que había estado saliendo.

¿Era Leslie? No. Lucy le arrancó el ramo de las manos.

—Muy bien, Kyle Landis, estas oficialmente perdonado —se llevó las flores a la nariz e inhaló profundamente, sacando pecho veladamente—. Son preciosas, eres un encanto. Rosas y azucenas, ni más ni menos, no sabía que fueses tan romántico.

Phoebe se indignó visiblemente, alejándose de la mano que se posaba en su cintura. Tenía que salvar la situación antes de que un periodista con teleobjetivo y gran oído obtuviese un nuevo titular.

Metió a Phoebe y a Nina en el ascensor junto con Lucy y pulsó el botón de «cerrar».

—Oh, Lucy; me gustaría presentarte...

Lucy se echo a reír, interrumpiéndole.

—Pensaba enviarte un mensaje que dijese: «Púdrete, asqueroso», pero dado que te has disculpado con flores —volvió a llevárselas a la nariz—, te perdono por haberme roto el corazón.

CAPÍTULO 5

Encerrada en el ascensor con Kyle, la mayor parte de su familia y una pelirroja altísima que llevaba su ramo de novia, Phoebe se reprendió a sí misma por ser tan crédula. Bianca ya le había advertido del pasado de Kyle.

Reprimió las ganas de apartarse a una esquina, pero el orgullo le enderezó la espalda. El orgullo y la necesidad de seguir adelante por el bien de Nina.

—Phoebe, te presento a una amiga de la familia, Lucy Cooper, Lucy, te presento a mi esposa, Phoebe —hizo un gesto hacia su hija y se limitó a decir—: Y ésta es Nina.

La pelirroja se puso... bueno, tan roja como su pelo. Abrió y cerró la boca un par de veces y Phoebe sintió pena por ella.

Los ojos de Lucy se posaron en las flores y apretó la boca.

—Supongo que esto debe de ser tuyo. Lo siento, ha sido culpa mía —le tendió el ramo a Phoebe—. Enhorabuena. Y buena suerte.

Evidentemente, la ironía que encerraban sus palabras inundó el pequeño espacio tanto como el olor empalagoso de su perfume. Phoebe no pudo enfadarse con la mujer que le había estropeado el día. Gracias a ella había descubierto de primera mano lo rápido que un beso de Kyle podía convencer a una mujer de que olvidase toda advertencia.

Por suerte, las puertas del ascensor volvieron a abrirse pronto y Lucy se marchó sin despedirse siquiera,

Jonah avanzó lentamente, rascándose la cabeza.

—Al menos no ha preguntado por la niña.

Sebastian se tosía en la mano. O se reía. Pero para Phoebe no tenía ninguna gracia. No podía evitar a Kyle: después de todo, se había casado con él.

Y encima apenas lograba resistirse a su encantadora sonrisa.

—Kyle, he cambiado de idea con respecto a la cena. Creo que ya no me apetece ir a la playa.

Siete horas más tarde, Phoebe se dejó caer en la cama de invitados con un suspiro de cansancio y exasperación. Al menos había logrado aguantar la cena familiar, aunque no había conseguido comer demasiado. La atormentaban pensamientos sobre el modo en que podían haber pasado la velada, imágenes de ambos dejando pasar el tiempo en la playa, conociéndose el uno al otro.

Después del desastre de lo de Lucy; él no se había molestado en compartir una cena agradable con ella.

Giró para tumbarse boca abajo y jugueteó con el ribete blanco de la almohada.

Una amiga de la familia.

Qué típico.

Era evidente que Lucy esperaba más de Kyle, a juzgar por el modo en que le había celebrado las flores. Las flores de Phoebe, que ahora descansaban en la otra almohada. Arrancó una rosa del ramo, liberando su flagrante perfume.

Acariciándose los labios con ella, miró a través de la puerta que conectaba con la habitación que Ginger había dispuesto para Nina, Tantas molestias y dinero invertido, como si Nina y ella fuesen a quedarse de forma permanente, la enervaban.

Al menos el juez había logrado contactar con otro juez de Columbia y habían firmado un acuerdo que concedía la custodia temporal de la niña a Kyle y Phoebe Landis. Sólo pensar en su nuevo apellido le causaba escalofríos. Había sido Phoebe Slater desde su matrimonio con Roger, porque había mantenido el apellido después su muerte. Antes de eso, se llamaba Phoebe Campbell. Pero ni Phoebe Campbell habría sido capaz de arreglarlo todo tan de prisa y en ese momento no podía reprocharle a los Landis haber abusado de sus privilegios, dado que gracias a éstos Nina estaba a salvo,

El resto del día desde que dejaron los juzgados había sido confuso. Ginger organizó una comida en la casa y ni Kyle ni Phoebe pidieron que los dejaran solos.

No debía importarle que Kyle tuviese un amplio historia] de conquistas. No tenía intención de conservar su matrimonio, pero se preocupaba por Nina y no deseaba que hubiese un desfile constante de mujeres saliendo y entrando en la vida de Kyle, Phoebe bajó de la cama y se dirigió al nuevo cuarto de Nina, más agradable que el rincón en el pequeño vestidor del apartamento de Phoebe y más personal que la lujosa habitación para las visitas de los nietos Landis y Renshaw, Nina ya no era una visita.

¿Echaría de menos su rinconcito en el apartamento? Phoebe lo había decorado con mucho cariño, con un jardín lleno de picaras hadas que recordaban al *Sueño de una noche de Verano* de Shakespeare.

Aquella habitación estaba decorada en tonos rosas y marrones a juego con las paredes rosadas.

La decoración se remataba con pequeñas zapatillas de ballet. Sin duda, los Landis tenían más que ofrecerá Nina en términos económicos. Pero ¿y el amor?

La pérdida de su marido había enseñado a Phoebe lo inestimable, valioso y frágil que podía ser el amor. Todo aquel dinero no significaba nada para Nina si no venía envuelto en cariño.

Ginger Landis Renshaw podía ser una abuela afectuosa, pero no parecía tener intención de ser algo más que eso. ¿Y Kyle? Phoebe estaba muy preocupada por su capacidad para cuidar de Nina, se preguntaba si quería ir más allá de lo que dictaban las apariencias, porque ella se tomaba muy en serio su responsabilidad para con la

niña,

La habitación se oscureció y cuando alzó la vista vio a Kyle en la puerta, como si lo hubiese conjurado con sus pensamientos. Se había quitado el traje y llevaba unos, vaqueros y una camisa blanca arremangada que mostraba sus brazos bronceados. Unos brazos muy masculinos. Hasta sin uniforme, lograba que a ella se le secase la boca de deseo.

Apartó la vista de él y le señaló la habitación.

—Es preciosa, Las zapatillas de ballet son muy bonitas. Tu madre y Marianna se han tomado muchas molestias en preparar esta habitación para Nina cuando ya hay una habitación para los niños en la casa.

—Marianna es decoradora de interiores. De hecho, es ella quien ha decorado toda la casa.

—Es obvio que sabe hacer bien su trabajo. ¿Querías algo?

—He notado que no has comido mucho. Te he traído algo de comer.

Ella recordó el picnic que habían planeado con anterioridad y pensó en rechazar educadamente lo que le traía, pero tenía hambre. Sólo necesitaba mantenerse alerta.

—Gracias, muy amable.

—Te prometí una comida y yo mantengo mis promesas —le indicó con la cabeza que le siguiera—. Salgamos al porche de tu habitación. Todo está preparado allí para que puedas oír a Nina si te necesita, así no la despertaremos con nuestra charla.

Se giró sin esperar respuesta, ya que era un hombre acostumbrado a que la gente obedeciese sus órdenes. Y con una espalda y un trasero perfectos, maldita sea. El deseo volvió a azuzarla interiormente recordándole cuánto la había conmovido con tan sólo un beso.

Tenía que ser fuerte. Necesitaba simplificar las cosas entre ambos, porque complicarlo todo sólo iba a traerle problemas a la hora de decir adiós.

El abrió la doble cristalera que daba al exterior

—Prepárate para el festín.

Phoebe parpadeó sorprendida, deteniéndose de golpe ante la mesa cubierta de lino, plata, rosas y velas. Una barandilla de madera rodeaba la balconada y las olas rompían hipnóticamente frente a la escalera que conducía a la playa. El vestido de novia se agitaba sensualmente sobre sus piernas,

—Es mucho más de lo que esperaba —levantó una tapadera y encontró una cena a base de carne y langosta que despedía un delicioso olor a mantequilla derretida—. Mucho más.

La mesa estaba tan maravillosamente dispuesta que ella esperaba pequeños y exquisitos bocados, pero a pesar de la decorativa

presentación, le sorprendió descubrir que las raciones eran abundantes.

Kyle le mostró la silla.

—Pensé que tendrías hambre.

Ella pasó junto a él para sentarse y le rozó levemente con el hombro antes de tomar asiento.

Los antebrazos de él apenas entraron en contacto con su costado mientras le acercaba la silla a la mesa y la cubría con el aroma de su colonia, más apetecible que cualquier comida.

Phoebe tuvo que contenerse las ganas de apoyar la cabeza en su hombro y volver a disfrutar del sabor de su boca.

—Tengo hambre —voraz y repentina.

Bueno, si no podía alimentar sus sentidos como le pedía el cuerpo, al menos disfrutaría de la comida. Colocó la servilleta sobre su regazo sin dejar de mirar la sopa de cangrejo.

Kyle se acercó a las dos botellas de vino que había en unas cubiteras de plata.

—¿Prefieres chardonnay o merlot? —sonrió—. No te preocupes, no voy a emborracharte y exigirte «derechos» maritales. El cocinero no sabía qué tipo de vino te gustaría más para una comida de carne y pescado.

Derechos maritales.

Las palabras le provocaron una visión de ambos enredados en las sábanas de Kyle, llevando su atracción a un calenturiento desenlace. Desterrando ese pensamiento, probó la sopa y contuvo un gemido de agradecimiento. Quizá lo que necesitaba era una excusa para liberarse de tensiones y dejar de pensar en una relación física con el hombre que tenía al otro lado de la mesa.

Sus sentidos se avivaron pidiendo más, más de todo.

—Debería mantenerme despejada para poder escuchar a Nina.

Y para asegurarse de que no se emborrachaba por si él le pedía que cumpliese con sus obligaciones maritales.

—¿Una copa entonces?

No podía resistirse a todo.

—Chardonnay, por favor.

Él le llenó la copa hasta la mitad y se sirvió un merlo L mirándola a los ojos mientras bebía.

Vaya. Aquel vino era realmente bueno. ¿Cuánto haría falta para arruinarle el gusto por el vino barato para el resto de su vida?

Kyle dejó la copa sobre la mesa.

—Siento el malentendido con Lucy en el juzgado.

Phoebe apoyó la lengua en la mejilla mientras pensaba qué decir. Estaba molesta, pero seguramente no por las razones que él pensaba. Y no podía cambiar nada, así que lo mejor era tomar por el camino de

en medio.

—No tienes por qué disculparte. Tampoco es que hayas estado saliendo con otra durante nuestro compromiso de veinticuatro horas.

Intentó sonreír, esperando que la conversación se desviara del tema de la otra mujer.

—Estás siendo muy razonable —la miró estrechando los ojos.

—¿Esperabas una escena de celos? Te recuerdo que ya me advertiste que no me enamorase de ti —se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa—. Soy muy buena oyente.

El inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, envolviéndola con el atractivo del auténtico Kyle.

—Ya sabes que el anillo que llevas en el dedo ha puesto fin a mi relación con Lucy.

—Ya vi lo rápido que salía corriendo del ascensor.

—Quería decir que mientras lleves ese anillo no saldré con nadie más.

Vaya, eso la sorprendería... si pudiese creerlo.

—Bianca me advirtió que eras un embaucador.

Por primera vez desde que se conocieron, el rostro de Kyle se tensó.

—¿Piensas que me tiro un farol? Puede que tenga muchos defectos, pero mentir no miento.

—¿Esperas que me crea que piensas mantenerte célibe durante nuestro matrimonio? ¿Durante todo un año? —se preguntó cuánto esperaba él que durase. ¿Tendría planes de huida que ella ignoraba?

—¿Y tú sí lo harás? ¿Qué te induce a pensar que tengo menos autocontrol que tú?

Ella abrió la boca... y volvió a cerrarla. No tenía respuesta. Ya decir verdad, por más que se advertía que no debía ser crédula, dio por cierto lo que le estaba diciendo. Apartó la sopa y atacó la carne.

El giró el vino en su copa, observándola.

—El celibato no contribuye demasiado a una buena noche de bodas.

—No sé nada de eso —aunque aquellas palabras le llenaron el pensamiento de lo que la noche habría podido dar de sí. ¿Lo habría dicho con esa intención?—. Nina está protegida ahora, y eso para mí es lo fundamental.

—¿Y qué pasará cuando Bianca regrese?

El bocado le pesó en la boca y tragó con dificultad.

—Yo sólo quiero lo mejor para Nina, es decir, que tenga el amor de unos padres que cuiden de ella.

—¿Aunque eso signifique que tengas que renunciar a ella?

El tenedor de Phoebe repiqueteó en el plato.

—¿Me estás amenazando con llevártela?

Su sonrisa sesgada se tornó en un gesto seco.

—No precisamente. Eres una madre magnífica, ¿pero yo? Pregúntale a cualquiera y te dirán que soy un candidato nefasto para la paternidad.

La curiosidad pudo con ella.

—Dices que eres sincero, así que dime, ¿qué tienes en contra de los niños?

—¿Por qué lo dices? —preguntó él evasivamente—. Marianna y Sebastian nunca se han quejado de mi comportamiento con sus hijos.

—Recoges a Nina, la llevas en brazos y hasta juegas con ella, pero siempre te guardas algo, Sé que aún es temprano, pero a veces parece que guardas las distancias con ella.

—Eso son imaginaciones tuyas —se dispuso a acabar su plato.

Ella le asió la muñeca, deteniendo su mano.

—A través de Bianca he aprendido mucho del trabajo de actor. Eres bueno, pero no consigues engañarme.

Él le miró los dedos durante el tiempo que tardaron en romper dos olas antes de dejar a un lado el tenedor.

—El pequeño Edward no es el primer hijo de mi hermano. Tuvieron antes una niña que perdieron antes de que cumpliese un año.

—Es terrible —se compadeció de la encantadora mujer que había sido tan amable con ella—.

No puedo imaginar lo horrible que sería que algo le pasara a Nina.

—Sophie no murió —en su rostro todavía estaba marcado el dolor —. Durante años intentaron tener hijos y finalmente decidieron adoptar. Cuatro meses después de que Sophie estuviese viviendo con ellos, su madre biológica cambió de idea. Lo pasaron muy mal.

Ella había pensado que los retratos de los niños que no guardaban parecido con los Landis eran los de los nietos del segundo marido de Ginger. Se dio cuenta entonces que una de las niñas retratadas debía de ser esa hija adoptiva. Por eso Marianna se había dado cuenta de que ella amaba a Nina tanto como si fuese su madre biológica,

—Lamento mucho todo por lo que han tenido que pasar.

—La madre de la niña les envía noticias suyas de forma periódica y Sophie parece feliz.

Observando su expresión de dolor, Phoebe se percató de que Kyle no sólo sufría por su hermano. El también quería a la pequeña y sufrió cuando se la llevaron. Guardó silencio para dejarle hablar,

—Mi hermano y su mujer parecen felices ahora, pero después de todo lo sucedido… Hasta llegaron a separarse. Mi hermano está hecho para el matrimonio, pero yo no tanto.

La lógica no le estaba llevando donde ella esperaba,

—¿Tienes miedo de decepcionara tu familia?

—Haría lo que tuviese que hacer, pero viendo a mi cuñada y a mí

madre he sabido cuánto se necesita para hacer que un matrimonio y una familia funcionen. No estoy hecho para eso.

Ella estuvo a punto de decirle que no lo creía, que intentaba evadirse, pero decidió guardar silencio en el último segundo. Él le había dicho que no mentía, y quizá eso era estrictamente cierto. Pero sospechaba que se mentía a sí mismo. Los hombres no suelen admitir sus temores, sobre todo si implican volcar su corazón en un hijo.

—¿Eres feliz estando solo?

—Cuento con una gran familia y una carrera que me satisface, Disfruto de una vida feliz. —

Pareces olvidar una cosa.

—Estoy seguro de que me la recordarás —al menos había vuelto a sonreír. Le sostuvo la mirada por encima de las velas, que iluminaron sus ojos.

Ella volvió a asirle de la muñeca, sintiendo cómo le latía el pulso.

—No puedes escapar del hecho de ser padre.

Fijó los ojos en ella, Intensos. Inescrutables. Phoebe le acarició la muñeca cuando su intención era soltarla.

—Ni tú del de ser mi esposa.

Se incorporó, inclinándose sobre la mesa, y ella supo lo que iba a suceder, pero no pudo encontrar palabras para evitar que...

La besara.

Unió su boca a la de Phoebe y a ella le resultó más familiar esta vez, aunque volvió a sorprenderle la intensidad de su reacción. Pensaba que lo de aquella mañana en el juzgado había sido una mezcla de sentimientos que tenían que ver con recuerdos de su primer matrimonio, pero respondió a su beso queriendo más.

Abrió los labios y él la besó hasta hacerle saborear el bouquet de su merlot. Kyle apoyaba las manos sobre la mesa y ella lo seguía sujetando por la muñeca. Solo la tocó con la boca, con la lengua, el olor a jabón que despedía la envolvió con la brisa recordándole el momento en que se habían conocido, cuando la sedujo con su voz, mientras su boca se movía en la de ella.

Pero tenía que alejarse, demostrarle que era una persona fuerte y decidida, tal y como había planeado por la tarde. Alzó las manos para apartarlo.

Pero él se le adelantó.

La cabeza le daba vueltas y ni siquiera pudo culpar al vino, ya que él había respetado su intención de tomar tan sólo una copa. Lo único que la consoló fue comprobar que el pecho de Kyle se agitaba arriba y abajo un deprisa como el suyo. Necesitaba recuperar la cordura. Se negaba a dejarle vencer tan fácilmente como habían hecho las mujeres de su pasado, como Bianca y Lucy.

Phoebe vació hasta la mitad la copa del agua mientras Kyle

recuperaba su asiento. Tenía que pensar, concentrarse en Lo importante.

Necesitaba tener la cabeza despejada y mantenerse en su sitio en todo momento. Deseó que acabase pronto la cena para sentarse a pensar qué iba a hacer con aquel deseo.

—¿Y cuándo regresas a tu base?

—Ya he terminado con todo el papeleo —la miró, con la respiración todavía agitada—. La semana que viene será oficial.

—Entonces, estás de permiso —¿y hasta cuándo? Ni siquiera sabía dónde estaba su base. Se había casado con un desconocido que le hacía perder la cabeza con sus besos y ese pensamiento la revolvía por dentro, haciendo que se sintiese infiel a su difunto marido—. Después de un destino tan largo, no es mala idea tomarse un respiro.

—No estoy de permiso —se irguió en la silla, estrechando la mirada—. Vuelvo a mi oficio ahora que he cumplido con mis obligaciones en el ejército. Íbamos a anunciarlo después de la fiesta, pero apareciste con Nina y desde entonces hemos andado ocupados con este asunto.

A ella le empezaron a zumbar los oídos y el corazón le latió con fuerza.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Desde hoy no pertenezco al ejército. Voy a hacerme cargo de una rama de la Fundación Landis —le tendió las manos abiertas—. A partir de este momento, estoy a tu disposición.

Una hora más tarde, Phoebe jugaba con las zapatillas que decoraban las paredes de la habitación de Nina. Había perdido el control tan deprisa como las lágrimas caían por sus mejillas.

¿En dónde se había metido?

Secándose los ojos con el dorso de la muñeca, contempló en la cuna a la niña de sus ojos. Le ajustó la sábana, le retiró un mechón de la cara... y vio la sonrisa sesgada de Kyle en el rostro del bebé.

La vida seguía avanzando implacable en ausencia de su primer marido, había perdido el control de sus sentimientos de tal forma que no sabía si llegaría a recuperarlos alguna vez. Y Kyle y las miles de tentaciones que representaba para ella estarían a su lado todo el tiempo, mientras se acomodaba en una vida familiar que nunca había tenido y que él claramente rechazaba.

Pasándose la mano por los labios rememoró todas las conversaciones que habían mantenido.

¿Qué malentendido le había llevado a creer que seguía en la aviación y que no tardaría en marcharse de nuevo? Posiblemente sólo había oído y creído lo que quería con respecto a Kyle en su desesperación por salvaguardar el futuro de Nina. No había mirado más allá para comprender el daño que iba a provocar en ambos aquel

falso matrimonio, Y era tarde para volver atrás. Sólo podía armarse de valor y obligarse a seguir adelante.

E intentar no pensar lo mucho que deseaba que volviese a besarla.

CAPÍTULO 6

Una semana más tarde, Kyle se encontraba a la puerta de la habitación de la niña, comprobando el intercomunicador para asegurarse de que funcionaba. Se lo apartó del oído, miró a los botones y pulsó un par de ellos. Sí, se oía el ruido de fondo.

Santo Dios, el equipamiento de un bebé era más complicado que algunos de los aparatos de vigilancia con los que había trabajado en la aviación. En una semana estaría dirigiendo Landis International y, aunque por el momento trabajaba oficiosamente desde casa, muy pronto comenzarían sus viajes de negocios.

No había mentido al decir que estaba a disposición de Phoebe, pero no le había comentado que a partir de una fecha determinada empezaría a viajar mucho más que en su trabajo anterior... Lo que no le dejaba mucho tiempo para conquistarla.

Kyle avanzó por el pasillo, ansioso por poner en marcha su plan para persuadirla de que debían disfrutar de los beneficios que conllevaba tener una licencia de matrimonio. A lo largo de la semana anterior, la había llevado a cenar a los sitios más románticos en que pudo pensar, todo un desafío teniendo en cuenta que había una niña de por medio. La había convencido incluso para viajar en el jet de la familia a una feria al aire libre en Halloween. Pensó que a Phoebe iba a encantarle disfrutar del aspecto histórico de la fiesta y, además. Nina estaba preciosa con su disfraz de princesa. Tenía que admitir que la niña era más llevadera que lo que él esperaba.

Claro que tampoco tenía muy claro qué debía esperar de una niña de su edad. Quizá debía comprarse un libro al respecto o buscar en Internet artículos sobre el cuidado de los niños porque, lo quisiera o no, se había convertido en padre y debía esforzarse al máximo. Y era además marido, cuestión a la que pensaba dedicar toda su atención el resto de la tarde durante su primera salida sólo para adultos.

Tendría cuidado de no perder el control de la conversación como ocurrió en la cena que compartieron ambos el día de la boda. Estaba seguro de que podían disfrutar de una relación divertida y excitante, Llevarla a un plano más serio sólo complican a las cosas para ambos, y no digamos para Nina.

Bajó corriendo la escalera y dio la vuelta a la esquina para dirigirse hacia el despacho en que Phoebe estaba acampada frente al ordenador. Habían viajado a Columbia un par de días antes para recoger sus cosas, incluyendo el ordenador para que pudiese continuar trabajando en sus clases por Internet. Ella había desempaquetado todo su material académico y lo había colocado en unas estanterías situadas a ambos lados de la ventana. El ordenador descansaba en la enorme mesa de despacho y en la esquina de la habitación Phoebe había colocado además una sillita balancín para Nina.

Estuvo contemplándola durante un tiempo, disfrutando del modo en que su pelo lacio y rubio resplandecía con cada movimiento de su cabeza, por mínima que fuera. Con un pantalón vaquero y una camiseta ajustada de color verde, estaba tan atractiva como con el vestido negro que llevaba el día en que la conoció.

Sin apartar la vista de la pantalla, Phoebe tiró de la cinta del pelo que llevaba enroscada en la muñeca en un gesto típico suyo que él había aprendido a detectan A Kyle le encantaba descubrir en ella cosas nuevas que la sacaran de su sombría reserva.

Le atraía la sencillez de su sentido práctico, ya que éste despejaba cualquier duda inicial que hubiese podido albergar sobre si en realidad Phoebe buscaba el dinero de los Landis. A ella le gustaba pasear descalza por la playa y llevar a Nina al parque. Mientras las niñeras paseaban a los niños vestidos de diseño en cochecitos de lujo, Phoebe dejaba que Nina se revolcase en una manta sobre la hierba para que, como ella decía, «pudiese ver el mundo de cerca».

Incluso le gustaba ver cómo a veces destapaba su faceta de profesora de Historia e impartía una inesperada clase sobre un edificio histórico por el que pasaban o una lección sorpresa sobre la influencia de los hugonotes franceses en Charleston. Jonah se había burlado de ella la primera vez que la había visto embarcarse en una de sus diatribas, pero al final, hasta él había acabado interesado por sus historias.

Kyle no recordaba haber deseado tanto a una persona.

—Eh, profesora. ¿Cómo van esas notas?

Ella alzó la vista, sonriendo enseguida.

—Estoy a punto de terminar todo el trabajo que tenía atrasado.

El dejó el intercomunicador en una esquina de la mesa, albergando expectativas.

—¿Estás lista para hacer un descanso?

—Ahora mismo no estoy enfangada en ninguna cosa, ¿Qué necesitas?

Necesitaba convencerla de que era inevitable que se acostaran juntos.

—Vamos a dar un paseo en coche por la costa.

A ella se le iluminó la cara, pero luego fijó la vista en el intercomunicador,

—Puede que Nina me necesite.

—Sólo será un paseo, no iremos lejos. Una salida para mayores, para despejarse del trabajo.

Acabo de hablar con Jonah y viene de camino —Ginger y su marido estaban de viaje de negocios—

. Puede llamarnos o avisar al ama de llaves si tiene algún problema, porque Nina está dormida y no parece que vaya a

despertarse en breve —levantó el monitor y lo agitó frente a ella— He estado mirando y escuchando.

—No te he oído —miró al intercomunicador como si éste la hubiese traicionado.

—Me he movido muy poco. No quería despertarla —Kyle le giró la silla para colocarla frente a él—. Te mereces un descanso. Venga.

Como siempre que meditaba algo, Phoebe colocó la lengua en la comisura de sus labios, un hábito cada vez más atractivo que apremiaba a Kyle a pasar un tiempo a solas con ella fuera de la casa.

Phoebe golpeó resuelta los brazos del sillón,

—Muy bien, me has convencido. Deja que grabe lo que he hecho —pulsó algunas teclas y luego hizo rodar la silla alejándola de la mesa para levantarse.

A unos centímetros de donde él se encontraba.

El olor a vainilla que desprendía su cuerpo lo incitaron a acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Sólo una caricia. Pero no podía apartar la mano. Ella levantó la vista para mirarlo a los ojos y sus pupilas se ensancharon empujando al marrón hasta que ambos colores se mezclaron.

Un carraspeo los interrumpió desde el fondo de la habitación.

Maldición.

Phoebe se sonrojó.

Kyle dejó caer la mano para apretarle el hombro y se giró hacia la puerta abierta sobre cuyo marco se apoyaba Jonah. Llevaba el pelo largo hasta los hombros: el hermano rebelde siempre marchaba a su propio ritmo.

—Listo para cambial pañales, hermanito.

Kyle le pasó el intercomunicador.

—Gracias. Te debo una.

Phoebe agarró un lápiz.

—Te escribiré todas las instrucciones en un momen...

Jonah sacó un trozo de papel del bolsillo trasero de su pantalón.

—Ya está hecho. Kyle me ha preparado una lista muy detallada —miró a su hermano mayor—,

¿Sabías que ya no tengo diez años? Y ahora marchaos, los dos.

—Ya estamos saliendo —Kyle rodeó los hombros de Phoebe con el brazo y la sacó al pasillo.

—Te has aprendido la rutina de cuidados de Nina —dijo mirándole a los ojos y, sorprendentemente, sin apartar la vista esta vez. Aquello iba avanzando.

—¿No la trajiste aquí para eso? —La guió a lo largo del pasillo, disfrutando de tenerla a su lado—. ¿Para que Nina tuviese un padre?

Su sonrisa se desvaneció y se puso tensa.

—¿Ha descubierto el detective algo nuevo sobre Bianca?

—Poca cosa, nada especialmente útil, de no ser así te hubiese avisado inmediatamente —

deseaba tener a su disposición a todo el equipo de inteligencia militar, pero lo único que podía hacer era seguir gastando dinero en detectives privados.

Qué desastre para la Nina. Si Bianca se había marchado por gusto, es que su hija no le importaba en absoluto. Y si resultaba estar muerta... en cualquiera de los dos casos, Nina los necesitaba.

Conforme pasaban los días, Kyle se iba dando cuenta de que no iba a poder permitirle a Bianca que volviese a mantenerlo apartado de su hija, Sí regresaba, él sin duda seguiría jugando un papel importante en la vida de Nina.

—A Bianca la despidieron a la semana de empezar los ensayos. A partir de ahí se pierde su rastro, Ni siquiera ha utilizado la tarjeta de crédito. Nada. Pero tampoco hay indicios de que haya cometido algún delito.

—Al menos es un alivio —Phoebe se agarró al pasamanos mientras bajaba la escalera que conducía al garaje.

—Y al menos el juez está de nuestra parte en lo que respecta a la custodia temporal.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Por cuánto tiempo crees que tendremos que mantener esta farsa?

—Afrontémoslo como un reto diario—dijo, abriendo la puerta del garaje—, o, más bien, vespertino —posó la mano en la cintura de Phoebe conforme pasaban junto al todo terreno que usaban para remolcar el barco y avanzaban a lo largo de la serie de vehículos de la familia.

Phoebe le dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Kyle? Kyle, tu Mercedes esta aquí.

—No lo vamos a utilizar—pasó de largo por delante de su coche y se detuvo frente al vehículo en el que iban a pasear esa noche—. He alquilado éste por unos días.

Era un Aston Martin descapotable de 1965.

—Oh, Dios mío —exclamó ella— parece de James Bond.

Kyle abrió la puerta del copiloto y le tendió un pañuelo.

—Hagamos que sea un paseo memorable.

Tras acomodarse detrás del volante y maniobrar para sacar el vehículo del garaje, arrancó el motor y puso rumbo a la carretera de la costa. Ella echó la cabeza hacia atrás en un abandono que a él le suscitó escenas de sexo desinhibido. Descendió poruña cura y las casas se fueron alejando poco a poco, hasta dejar ante ellos únicamente la visión de la playa.

Phoebe sacó el brazo por la ventanilla abierta mientras su pelo y el

pañuelo se agitaban tras ella.

—Esto es impresionante.

—Espera a que te lleve a las costas de Grecia.

Ella se echó a reír, por el gusto de seguirle en aquella ensoñación.

—Entonces podríamos ir a ver el Partenón. Siempre deseé verlo en directo.

—Puedo hacer tu deseo realidad mañana mismo.

Phoebe volvió a meter el brazo en el coche.

—Hay que llevar a Nina a una revisión.

—Pues entonces iremos al día siguiente —ralentizó el coche y se detuvo en un lado de la carretera. Tenía que recuperar la alegría que ella había mostrado antes—. ¿Qué otros lugares desearías conocer?

Phoebe lo miró con incredulidad.

—Bueno, si vamos a soñar, hagámoslo a lo grande —hizo como si le abrumaran las posibilidades—. Me gustaría ver lo típico: el Big Ben y la Torre Eiffel, pero sobre todo los cafés de las calles laterales, la gente, el ambiente y las sensaciones... —sacudió la cabeza, hundiéndose en el asiento—. Me estoy comportando como una estúpida.

—En absoluto. Los viajes siempre me han ayudado a ver la vida desde otra perspectiva —su trabajo como jefe de la sección internacional de la Fundación Landis conllevaban muchos traslados y ésa era la razón principal por la que había decidido poner Fin a su carrera militar.

Phoebe se rodeó la cintura con los brazos. A un lado del coche se extendían las marismas, y al otro, los botes se mecían en el agua. El aire húmedo enfriaba la tarde,

—Gracias por imitarme a salir. No puedo creer que hayas preparado esto para mí. Es perfecto

—giró la cabeza en el respaldo del asiento para mirarle—. Has estado maravilloso toda la semana.

Te agradezco mucho el esfuerzo.

—No te pongas suave conmigo. Recuerda lo que hablamos sobre lo de enamorarse.

Ella le pinchó el hombro con el dedo, riéndose.

—Egomaníaco.

Se rió con ella, preguntándose por qué habiendo pasado tan sólo una semana era ya tan importante para él verla sonreír. Ella le sostuvo la mirada y se detuvo, mirándole en un silencio que sólo rompía el ruido de las olas. Kyle se inclinó para besarla y se encontró con que ella ya estaba a mitad de camino para besarle a él.

Un beso. Sólo un beso, y el roce de sus labios lo conmovió más que... Demonio, no quería pensar en nadie más. Sólo en ella y lo agradable que era sentirla contra él. Los pechos de ambos se tocaban,

y él quiso sentir su piel. En ese instante, Deslizó las manos bajo su camiseta y le acarició la espalda, apretándola contra su cuerpo. Pero no le pareció suficiente, la quería más cerca.

El sonido que ella emitió, medio suspiro, medio gemido, hizo que él subiese aún más la mano por su espalda para sentir cada centímetro de piel a su alcance. El corazón le latía con fuerza: llevaba esperando aquel momento desde que se besaron en la boda, una espera que se le había hecho eterna,

Si pudiese lograr que se sentara en su regazo...

Ella le mordisqueó la boca y descansó la mejilla en la de él, respirando en su oído.

—No podemos hacer esto.

Kyle tenía el pulso tan acelerado que parecía que había llegado hasta allí corriendo, pero ralentizó su respiración para intentar refrenarse. Apenas había logrado besarla y ya le había hecho perder el control. Le acarició la espalda, masajeándola.

—Llevo preservativos en la cartera.

Phoebe enterró el rostro en su hombro.

—No era eso lo que quería decir. Es demasiado pronto. Sólo nos conocemos desde hace una semana.

¿Acaso no había pensado él lo mismo hacía unos segundos? Pero no podía darle la razón.

—Somos dos adultos casados.

Echándose hacia atrás, ella le tomó la cara entre las manos con firmeza.

—¿Tienes problemas de oído? Sólo te conozco desde hace una semana.

La verdad que escondía su respuesta rondó en la cabeza de Kyle.

—Sigues enamorada de tu marido.

Ella volvió a hundirse en su asiento y le gritó al cielo abierto:

—¡Maldita sea, Kyle, sólo te conozco desde hace una semana.

—¿Cuándo lo conociste? —la frustración y los celos le llevaron a presionarla.

Phoebe dudó durante tanto tiempo que él se preguntó si iba a ignorar su pregunta. Estaba a punto de arrancar el coche cuando ella suspiró,

—Lo conocía de toda la vida —dijo Phoebe en voz baja—, la primera vez que me dijo que me amaba ambos teníamos siete años y yo me caí de la bici. Nuestro matrimonio fue maravilloso hasta su muerte hace cinco años —bajó la vista—. Puede que a un cínico como tú todo esto le resulte tremendamente cursi.

Sonaba exactamente al tipo de compromiso in—condicional que se merecía una mujer como ella.

—Mis padres también disfrutaron de un matrimonio así hasta que

él murió. Ella lo amaba tanto que yo pensé que era imposible que volviese a encontrar nada igual. Pero, me equivoqué —la quietud de Phoebe lo detuvo—. ¿Qué pasa?

La luz de la luna descubrió la confusión que había en sus ojos.

—Estás intentando convencerme de que es posible enamorarse dos veces, pero se supone que yo no me voy a enamorar de ti.

Oh, demonios.

—Pues…

—Te pillé —le guiñó.

Aquello le tomó totalmente por sorpresa.

—Qué mala que eres, Phoebe Landis.

—No tanto.

Algo había surgido entre ellos dado que ella se había abierto lo suficiente como para contarle cosas de su pasado y, dejando los celos aparte, él no pensaba dejar escapar semejante avance.

Apoyó el brazo en el volante.

—Tengo la impresión de que llevas ahí escondida a una niña mala.

Ella volvió a atarse el pañuelo alrededor de la cabeza.

—Te aseguro que esta noche no la vas a encontrar.

El la recorrió con la mirada, disfrutando de su franqueza y confianza. Al menos, ya no había inquietud en sus ojos. De hecho, con los labios hinchados y el pelo revuelto, se mostraba exuberante, viva. Y muy, muy acariciable.

Menos mal que estaba asido al volante.

Kyle puso el coche en marcha. La dejaría escapar por esta vez, pero esperaba obtener mucho más la próxima ocasión.

—Señora, va usted a acabar conmigo.

—Creo que sobrevivirás por esta noche.

—La pasaré pensando en ti —y había preparado todo para que, cuando ella se acostase, encontrase un regalo sorpresa que le hiciese pensar en él.

CAPÍTULO 7

—Gracias, Jonah —dijo Phoebe suavemente mientras subía las escaleras que llevaban al porche de su habitación. El viento, cargado de arena, se le clavaba en las piernas dado lo sensible de su piel después de aquel beso que había despertado todos sus sentidos. Viendo que Jonah no contestaba, ella se le acercó, tranquila por el zumbido constante que emitía el intercomunicador.

Su cuñado estaba despatarrado en una silla con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Sobre la mesa descansaba su ordenador portátil, que mostraba en la pantalla la foto de una chica con una mochila y un panorama de montañas al fondo.

La curiosidad hizo que Phoebe se acercase aún más... Y en ese momento Jonah abrió los ojos de golpe. Ella dio un paso atrás, avergonzada al verse sorprendida mirándole mientras parecía descansar la vista.

—Bonita chica.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó él, esquivando su comentario y cerrando la pantalla.

¿Cómo sería su vida cuando no se encontraba rodeado por su ambiciosa y bien relacionada familia?

—Maravilloso. La vista de la playa es increíble. Gracias otra vez por cuidar de Nina. ¿Te dio algún problema mientras estábamos fuera?

El miró detrás de ella buscando a su hermano, pero estaba sola. Kyle estaba aparcando el Aston, dado que ella había salido disparada del vehículo para evitar mayores tentaciones.

Jonah le tendió el intercomunicador.

—No ha hecho un ruido en toda la tarde. Pero no te preocupes, he ido un par de veces a comprobar cómo estaba.

Phoebe dio unos golpecitos en su ordenador.

—¿Estabas mirando tu MySpace?

El se colocó el portátil bajo el brazo.

—Estaba con un trabajo de posgrado. Gracias a Dios que existen los portátiles—Jonah le guiñó un ojo al pasar mientras bajaba las escaleras y a ella le pareció muy semejante a Kyle, excepto por el largo del pelo—. Buenas noches, Phoebe.

Atravesó el césped corriendo a paso largo hacia el cobertizo, llevándose con él sus secretos. Ella se preguntó si Kyle sabría algo más de la chica que había visto en el salvapantallas. Parecían una familia muy unida. ¡Qué fácil le resultaría acomodarse allí y olvidar que todo aquello era temporal!

Phoebe se rodeó la cintura con los brazos, deseando que fuese igual de fácil recomponer las piezas de su destrozado control. Había dejado las cosas claras con Kyle después del beso. Le había parecido la

mejor forma de marcar con él la distancia que necesitaba.

El paseo sorpresa por la costa en aquel coche le había emocionado muchísimo más que cualquier cena de lujo. Sin duda, la elección de aquel coche antiguo se debía a su afición por la historia. Había escogido el lugar adecuado para ablandarla.

Pero había llegado el momento de volver al mundo real. Miró el intercomunicador y luego se lo llevó a la oreja. Se oían unas nanas de fondo, pero necesitaba ver a su niña para asegurarse de que estaba bien. Abrió la puerta de la habitación y, efectivamente, Nina dormía tan profundamente como había dicho Jonah. La pequeña succionaba su labio inferior mientras dormía.

Phoebe cerró cuidadosamente la puerta, sintiéndose repentinamente despierta e inquieta.

Pensó que quizá podría intentar trabajar otro rato, pero no le entusiasmaba la idea de encadenarse a una mesa después de aquel paseo al aire libre.

También podía acurrucarse en la cama e intentar dormir, ya que Nina no tardaría en despertarse. Phoebe se giró hacia la cama... y se detuvo en seco.

Un enorme regalo, envuelto en un papel estampado de rosas, descansaba sobre las almohadas.

Ladeando la cabeza, se acercó cautelosa al paquete. ¿Quién habría sido?

Leyó la tarjeta que había bajo el lazo. Simplemente decía: *¡Que lo disfrutes! Kyle.*

Con la piel erizada de la excitación, levantó la caja para comprobar su peso. Pesaba más de Lo que ella esperaba, No se atrevía a agitarla poique no sabía si era algo frágil. Lentamente, retiró un trozo de celo con cuidado de no romper el papel. Hacía mucho tiempo que nadie la sorprendía con un regalo.

Phoebe abrió el envoltorio de flores, tomándose su tiempo para descubrir...

Un ordenador portátil.

Se sintió aún más acalorada, excitada, porque la amabilidad de Kyle la conmovió tanto como una caricia de sus manos. ¿Cómo lo había hecho? Miró al porche. Debió dejárselo a Jonah para que lo pusiera sobre su cama.

Kyle había planeado más cosas para aquella tarde de lo que ella creía. Seguramente se había dado cuenta de lo que le costaba equilibrar el trabajo y los cuidados de Nina. Con el portátil, su vida iba a ser mucho más fácil. Se le ocurrieron montones de posibilidades. Podría incluso trabajaren el patio dejando a Nina en su balancín.

Phoebe acarició la caja y la noche se extendió ante ella, larga y solitaria. Sabía muy bien lo que se perdía al rechazarlo.

El teléfono sonó en el bolso. Miró al reloj: las 11:42 p.m., y sonrió. A aquellas horas de la noche, sólo podía ser Kyle.

Logró pescar el teléfono y, sí, era su número el que aparecía en pantalla, Dejándose caer en el borde de la cama, contestó.

—Muchas gracias por el ordenador. Debería decir que me parece demasiado, pero me ayudará a pasar más tiempo con Nina, así que no voy a poder rechazarlo.

—Contaba con ello. De nada —la suavidad de su voz la embriagaba incluso a través del teléfono.

Se dejó caer sobre las almohadas.

—¿Por qué haces esto? Hubiera cuidado igual de Nina sin tantas amabilidades —el silencio al otro lado del teléfono hizo vibrar sus nervios—. ¿Kyle?

—Estoy aquí. Y creo que sabes el porqué.

La boca se le secó ante las posibilidades, las peligrosas posibilidades que amenazaban su objetividad.

—El sexo sólo complicaría las cosas entre nosotros. No podríamos retomar nuestra relación como si nada. Y eso viviendo juntos resultaría muy incómodo.

—¿Te ayudaría saber que voy a trabajar en Landis International? Tendré que viajar mucho, y empiezo la semana que viene.

¿Que se marcharía pronto? Se incorporó un poco sobre la pila de almohadas, sin saber bien qué pensar de esta última revelación.

—¿Todo este romanticismo era tan sólo para disfrutar de una aventura conmigo?

—Has dejado claro que no estás dispuesta a comprometerte sentimentalmente —se interrumpió y sus palabras se hundieron en el cerebro de Phoebe, tentando su cabeza con las posibilidades que se le ofrecían—. Cinco anos sin sexo es mucho tiempo.

Sólo había un modo de tratar a Kyle: sorprendiéndole, desconcertándole tanto como él la desconcertaba a ella, si es que eso era posible.

—¿Quién dice que vivido como una monja desde la muerte de mi marido?

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —había salido con hombres y hasta había intentado llegar a ese punto con ellos, pero siempre se había achicado antes de llegar al dormitorio—. He aprendido a satisfacer por mí misma esas necesidades.

¿De verdad había dicho eso? Al menos había conseguido dejarle callado. Apretó el teléfono hasta que los dedos se le pusieron morados.

—Maldita sea, Phoebe —dijo él en un susurro—. Intentas matarme, ¿verdad? Porque si te imagino «satisfaciéndote por ti misma», me da un ataque al corazón.

Ella se hundió en las almohadas, acalorada por la vergüenza... y la excitación.

—No puedo creer que estemos manteniendo esta conversación.

—En ese caso te dejo... por esta noche. Hasta mañana.

Pulsó el botón para colgar y apretó el teléfono contra su pecho, justo al lado de su acelerado corazón. Su forma de tratar a Kyle había resultado ser un arma de doble filo. A pesar de sus buenas intenciones y del poco tiempo que llevaban conociéndose, no estaba segura de cuánto tiempo más resistiría el atractivo de Kyle y la posibilidad de una fugaz aventura.

Cuatro días más tarde, Kyle se abrochó el cinturón en el jet de la familia Landis, listo para despegar.

Por fin se quedaba a solas con Phoebe después de una cena diplomática a la que había asistido la familia en el famoso Watergate Hotel. Phoebe había accedido a ir con ellos al darse cuenta de que podían ir y volver en el día y poique Nina sólo iba a pasar unas horas con la canguro, la mayor parte durmiendo. Había logrado organizarse mucho mejor, sobre todo desde que tenía el portátil, por eso había aceptado la invitación.

El pulso de Kyle se alteró al re cordal" la conversación telefónica que habían mantenido la noche del regalo. Le había resultado un desafío muy excitante encontrar modos de encandilar a su esposa, pero estaba empezando a inclinarse por todo lo que la atraía como experta en historia. En principio había pensado no ir a la cena debido a la distancia desde casa, ya que la orden de custodia temporal exigía que Nina no saliera del estado por el momento.

Luego pensó en el jet privado de la familia.

El evento había permitido a los Landis hacer contactos importantes y a él le había sorprendido lo mucho que había disfrutado teniéndola como acompañante. Sus hermanos y sus esposas habían decidido quedarse más tiempo en Washington junto con su madre. Sebastian y Marianna llevaban con ellos a una canguro.

Quizá la próxima vez Nina podría ir con ellos y pasarían el día en el Smithsonian...

¿La próxima vez?

Tenía que concentrarse en el presente y en la impresionante mujer que tenía sentada a su lado.

Con el pelo elegantemente recogido, Phoebe contemplaba por la ventanilla el cielo nocturno mientras dejaban atrás la capital del país tras una noche de baile.

El vestido rojo de satén que llevaba se adaptaba perfectamente a sus curvas y el escote palabra de honor dejaba adivinar la turgencia de sus senos. Los diamantes de los Landis que pendían de su cuello y sus orejas reflejaban la tenue luz que tenía sobre ella como si las estrellas

del exterior hubiesen entrado en el avión. Los embajadores europeos no habían dejado de mirarla.

El sonido del intercomunicador lo sacó de su ensimismamiento.

—Señor y señora Landis—la voz del piloto inundó la cabina—, hemos alcanzado altitud de crucero, pueden desabrocharse los cinturones.

Kyle se liberó del suyo para dirigirse a la cocina.

—Si tienes hambre, hay aquí preparado un tentempié de medianoche.

Ya lo había planeado todo con antelación. El piloto se hallaba en una cabina cerrada y el avión contaba con un dormitorio independiente en la parte de atrás. No debía pensar en que tenían una cama tan cerca. Al menos, no por el momento.

Phoebe se desabrochó el cinturón y se puso en pie, estirándose con un gemido de placer tan sensual que tuvo consecuencias directas en la entrepierna de Kyle.

—Gracias, por la comida, por la velada. Me parece un sueño —giró por la cabina, pasando la mano por los sofás que había a un lado y las filas de asientos de cuero que había al otro— haber podido contar con una canguro mientras volábamos a Washington para la cena y el baile y luego poder regresar a casa antes de que Nina despierte.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien. Estás… —se detuvo en la curva de su escote, donde su piel brillante destacaba frente al rojo del vestido— impresionante.

—Gracias otra vez. Usted también está muy guapo, señor Landis— se acercó a él y le ajustó la pajarita del esmoquin—, ¿Echas de menos el uniforme?

El se mantuvo inmóvil para no espantarla.

—¿Y tú?

Algunas mujeres son fanáticas de los militares. La persona que hay dentro del uniforme no les interesa en absoluto, sólo la indumentaria que conlleva el puesto.

Ella le dio un golpe cito en el pecho antes de apartarse.

—Estás tan guapo en esmoquin como con tus medallas, y lo sabes.

La huella de aquel roce se mantuvo en su pecho bajo la rígida tela de la camisa. Pero estaba haciendo progresos, así que dejó que Phoebe disfrutase de su espacio, Retiró el plástico que envolvía una fuente de plata con queso, pan y fruta y abrió una botella de agua con gas.

—Debes de estar convencida de que soy un creído.

—Creo que eres una persona segura, atractiva y exasperante — tomó una uva del plato y se la metió en la boca—. Entonces, ¿no te arrepientes de haber colgado el uniforme?

Kyle apenas la escuchó: se había quedado absorto mirando cómo se movían sus labios y cómo lo incitaban a besar el jugo que los

humedecía. Pero notó de pronto que ella estaba esperando una respuesta.

—Me da cierta pena pasar la página de ese capítulo de mi vida, pero te diré que, sinceramente, nunca me lo tomé como una carrera,

—¿Entonces por qué te alistaste si pretendías dejarlo antes de retirarte? —apoyó la cadera en la barra de mármol que separaba la cocina del área de asientos.

El reposó la mirada en esa cadera mientras se imaginaba su mano bajando por aquella curva en misión exploratoria.

Llenó de hielo dos vasos de cristal y luego los llenó de agua. Quería algo más fuerte, pero con aquella mujer necesitaba mantenerse despejado.

—Se trataba de servir a mi país, de devolverle algo de lo que me había dado.

—Eso es digno de admiración —lo miró con ojos curiosos y luego apartó la vista con timidez.

Agarró su vaso—. Leí sobre ti antes de venir y supe que pilotabas un avión que fue derribado. El artículo no daba mucha información. El periodista mencionaba que no revelaba ciertos detalles para protegerte mientras acababas el servicio. Me pregunté si el accidente tuvo algo que ver con tu decisión de abandonar el ejército.

Aquel día revivió en su memoria como una nube oscura pero distante.

—No fue el mejor momento de mi vida, pero sé qué tuve suerte. Salí sin un rasguño. Al parecer, alguien que acechaba en una montaña disparó sobre el avión. Todos sobrevivieron el aterrizaje forzoso, pero tuvimos que abandonar el lugar para escondernos de los rebeldes y tardaron en rescatarnos más de lo normal.

Ella se llevó la mano al escote con cara preocupada.

—Deben de haber sido unas horas horribles, ¿Qué hicisteis mientras tanto?

Untó una rebanada de pan con queso brie mientras su mente se dejaba llevar por los recuerdos,

—Abrimos unos paquetes de comida preparada y nos pusimos a pensar en nuestras familias.

Sentado allí, mascando aquella bazofia, no dejé de pensar en los sándwiches de mantequilla de cacahuete que Sebastian y yo comíamos cuando éramos pequeños,

—Debió de ser terrorífico preguntarse si volverías a verlos alguna vez.

Fue un infierno. Le ofreció el pan con queso, sor—prendiéndose al ver que no le temblaba la mano.

Se perdió en ese recuerdo del pasado para distraerse, como había hecho en el desierto.

—Por entonces yo tenía unos diez años y él nueve, y pasábamos la mayor parte del verano jugando en un bosque que había detrás de nuestra casa, Bueno, al menos, a mí me parecía un bosque. Seguramente había sólo unos cuantos árboles y un carril para bicicletas.

—¿Es que habéis vivido en otros sitios con anterioridad?

—Mis abuelos vivían en el complejo Landis y nosotros nos mudamos allí cuando papá dejó la aviación y se presentó a senador. Papá dijo que necesitábamos la seguridad que ofrecía el lugar, pero yo eché mucho de menos la libertad que disfrutábamos en nuestra antigua casa.

—Parece que fuese un refugio para niños —se apartó una miga de pan de la comisura de los labios sin dejar de mirarle.

Kyle hizo girar una y otra vez la lima que flotaba en su vaso de agua.

—Nos pasábamos el día en «nuestro bosque». Llevábamos malvaviscos, sándwiches de mantequilla de cacahuete y una botella de zumo. Y excavábamos túneles.

—¿Túneles? —interrumpió ella con suavidad.

—Cavábamos zanjas muy profundas, las tapábamos con madera y luego echábamos tierra encima —casi podía oler la humedad de aquellas cavernas—. Tuvimos suerte de no morir mientras gateábamos por allí. Podíamos habernos ahogado o la cubierta nos podía haber aplastado de llegar a pisar alguien uno de aquellos tableros.

Con un escalofrío, ella se rodeó el cuerpo con los brazos, haciendo que se le hinchase el pecho de forma discreta pero atractiva.

—¿Y qué dijo tu madre cuando lo descubrió?

Sus ojos pasaron por encima de aquel escote y apretó los puños para contener el impulso de conocerlo de primera mano. Bebió de un trago medio vaso de agua.

—Mi madre nunca supo de los túneles. De haberse enterado, nos hubiese castigado hasta el final del verano —y se lo hubiesen merecido. Su madre había sido dura pero justa—. Pusimos a Jonah de guardia para avisarnos si ella venía.

—¿Cuánto tuvisteis que pagarle para que no se chivara?

—¿Quién dice que le pagamos? —guiñó—. Era el más pequeño. Hacía lo que le dijésemos.

Ella se inclinó aún más para alcanzar otra uva, inundándolo con su perfume de vainilla.

—¿Y tu hermano mayor, Matthew?

—Es demasiado obediente. Nunca le contamos nuestro secreto. A mí me gustaba especialmente, a veces me escabullía para estar allí solo. Sebastian dice que no le sorprende que ingresara en el ejército.

—Y ahora que sois mayores estáis los cuatro aún más unidos —

bajó la vista hacia el vaso de agua—. Envidio esa clase de amor y apoyo.

—Somos muy afortunados. Y yo tuve suerte aquel día en el desierto. Pensé mucho en esos sándwiches mientras esperaba en la trinchera en Afganistán —¿en qué pensaría ahora si volviera a verse en la misma situación?

Sin dudarlo, supo que la cabeza se le llenaría de imágenes de Phoebe y Nina. Ambas habían llenado su mundo muy deprisa y le resultaba inquietante pensarlo teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban juntos.

Phoebe dejó caer su mano sobre la de él.

—Es muy honorable que sirvieses a tu país. Tenías muchas opciones y a pesar de todo decidiste hacerlo.

El deslizó la mano para entrelazar sus dedos con los de ella y sentir la suavidad de su piel, su calor. Enseguida se encontró imaginándose lo suave que sería la piel que escondía bajo el vestido.

—A lo mejor fue porque no sabía qué hacer al acabar los estudios.

Ella negó con la cabeza.

—De ser así te habrías limitado a vivir del dinero de la familia.

—Qué aburrido —rechazó el halago, sintiéndose incómodo. Le acarició la muñeca con el pulgar, sintiendo el latir de su pulso.

Al darse cuenta, a ella se le agrandaron las pupilas, pero no apartó la mano.

—¿Y qué me dices de tu nuevo trabajo? ¿Evitará que te aburras?

La conversación se estaba poniendo más profunda de lo que él pretendía. No quería que nadie husmeara en su cerebro para conocerlo mejor, sobre todo sabiendo que su forma de vida y la de ella no eran compatibles para nada que no fuese una aventura ocasional. Ambos debían dejar aparte los sentimientos por el bien de Nina. Y él necesitaba reconducir la conversación y toda la velada a donde pretendía.

Sin soltarle la mano, tiró de ella hasta que sus cuerpos se rozaron. El cuerpo de Kyle reaccionó tensándose al instante.

—¿Sabes lo que evitaría que me aburriese en este momento?

Ella echó la cabeza hacia atrás, dejando expuesto su cuello mientras levantaba la vista para mirarlo con ojos oscuros e intensos.

—Para. Quiero hablar. Si quieres contar con alguna posibilidad de llevarme a la cama, hablemos en serio durante cinco minutos.

Las palabras de Phoebe avivaron su deseo.

—¿Estás considerando la posibilidad de acostarte conmigo?

CAPÍTULO 8

De pie en la cabina del avión, con los sentimientos tan en las nubes como su cuerpo, Phoebe no pudo seguir negándolo. Quería hacer el amor con Kyle. Y sí, una parte de ella se sentía reconfortada al pensar que él no tardaría en marcharse, porque las secuelas serían menores si contaba con tiempo para recuperarse. Quizá por esa vez lograse mantener su corazón a salvo.

Toda la cita había sido surrealista desde el principio. Ella nunca se había imaginado volando en un avión privado, llevando semejantes joyas o codeándose con dignatarios internacionales en el salón de baile de un hotel histórico. Pero por encima de todo, había sido Kyle el que había centrado la velada. Se había mostrado encantador, recordándole en todo momento con su sonrisa y energía el placer que le esperaba a tan sólo una caricia de distancia. Sí se atrevía.

Ella sabía que, si no aprovechaba la oportunidad, sin duda se iba a arrepentir durante el resto de su vida. Kyle tenía razón. Estaba llena de necesidades insatisfechas, necesidades que aumentaban de forma dolorosa conforme pasaba más tiempo con él.

Entregada, nerviosa... y excitada, posó ambas manos sobre el pecho de Kyle.

—En cuanto aterricemos, quiero que consumemos este matrimonio.

El bajó la mirada de un modo tremendamente atractivo y deslizó las manos por su espalda, atrayéndola hasta situarla cadera con cadera con él.

—¿Y quién dice que hay que esperar a que aterricemos?

La posibilidad de tenerlo allí y en ese momento hizo correr por sus venas una oleada de deseo.

Pero su innato sentido práctico la cubrió de reservas.

—¿Y el piloto?

—Está en una cabina cerrada y ocupado pilotando el avión, e incluso en el caso de que tuviese que conectar el piloto automático y abrir la puerta por alguna razón, se anunciaría primero por el intercomunicador —explicó Kyle. Empezó a subir las manos por la cremallera del vestido de Phoebe y luego las hizo descender por sus hombros desnudos. Sus dedos encallecidos le rasparon la piel en un gesto seductoramente viril—. El dormitorio no es grande, pero tendremos intimidad.

Con ansia creciente, Phoebe miró hacia la pequeña puerta que se abría detrás de la zona de asientos. Durante el vuelo de ida, no le había prestado mucha atención porque estaba en compañía de los hermanos de Kyle y de sus cuñadas. En aquel momento tampoco pensó que volarían los dos solos a la vuelta.

Muy solos. Sin más demoras ni cuestión armenios de ningún tipo.

Una deliciosa expectativa le hizo ponerse de puntillas y la boca de Kyle esperó para que ella pudiese susurrar:

—Pues sí, estoy considerando mucho la posibilidad de acostarme contigo.

Agarrándola por la cintura, Kyle la sentó sobre la barra. Luego se situó entre sus piernas, respirando en su frente.

—Quédate ahí, justo donde estás ahora, para que pueda tocarte —le recorrió la frente con los labios—, sentirte —la besó en la mejilla—, tomarme mi tiempo contigo.

Unió sus labios a los de ella, explorándola, acariciándola y excitándola al mismo tiempo. La hizo perder de golpe toda contención. Había estado pensando en él, en ese momento, desde la noche en que le regaló el ordenador, la noche en que le dijo que soñaría con ella, así que le rodeó el cuello con los brazos, deseando con fuerza poder estar aún más cerca. Las solapas de seda del esmoquin acariciaron la acalorada piel de sus hombros desnudos.

Con los dedos, Kyle dibujó una línea justo bajo el collar de Phoebe, paseándolos entre sus pechos por un instante. Jadeando entre frenéticos besos, ella aspiró el olor de su aftershave , disfrutando del roce de sus rugosas mejillas.

Una excitante sensación se extendió por su piel, haciendo que el más mínimo roce le proporcionase un inmenso placer. El tomó su cara entre las manos, besándola en los ojos y las mejillas, acariciándole los hombros hasta hacer que sus pechos ansiaran su atención. Phoebe unió los tobillos por detrás de las rodillas de Kyle para acercarlo más, tanto como le permitía el vestido de noche que se interponía entre ambos. Con un gruñido de satisfacción, él se lo subió hasta las rodillas para que Phoebe pudiese rodearle la cintura con las piernas y, tomándola en sus brazos, la levantó de la barra.

Ella gritó de regocijo en su boca y lo abrazó fuerte mientras la llevaba por la cabina hasta la puerta del dormitorio. Kyle la abrió, entraran, y la cerró tras ellos con un «clic». La cama estaba cubierta por un grueso edredón granate que resaltaba los detalles de caoba y el dorado de las luces, y resultaba muy acogedora. Había una luz tenue, la justa para que ella pudiese descubrir las líneas de deseo que se marcaban en el rostro de Kyle mientras le besaba la cara.

La dejó de pie en el suelo, haciendo que su cuerpo se deslizase por el de él con excitante precisión.

—Paciencia, Phoebe.

—Luego —le quitó la chaqueta del esmoquin, deseando verlo, tenerlo.

Kyle le bajó la cremallera del vestido y el aire acondicionado, que caía desde arriba, le enfrió la espalda. Un delicioso escalofrío de expectación la recorrió de arriba abajo. Al fin. Con manos calientes

fue descendiendo hasta agarrar su trasero y atraerla hacia él para regalarle otro beso húmedo y apasionado.

En cuanto sus ropas cayeron al suelo, las de ella y las de él, todo pensamiento racional desapareció por completo. Cuando quiso darse cuenta, Phoebe notó que el aire frío arremetía contra su pecho desnudo. Reaccionó tensándose y sus sentidos zumbaron tanto como los motores que los propulsaban a través del cielo nocturno.

El contempló su cuerpo, cubierto únicamente por unas braguitas de seda color champán y una fortuna en diamantes.

—¿Qué es lo que dije sobre la paciencia? Se me acaba de olvidar.

Deleitándose en aquella atracción mutua, Phoebe apartó de una patada el vestido que yacía a sus pies y se recreó en la contemplación de un hombre maravillosamente desnudo. De haber tenido más espacio, hubiese dado un paso atrás para admirarlo, pero en lugar de eso, le trazó con los dedos la línea de la mandíbula, la clavícula y los pectorales, haciendo saltar sus músculos a cada paso.

El se le acercó, juntando piel con piel, presionándole el estómago con la longitud dura y caliente de su deseo. Avanzó, haciéndola retroceder hasta que el filo del colchón diese con la parte trasera de sus rodillas. Entonces Phoebe cayó sobre la cama y él la siguió, agachando la cabeza por lo reducido del espacio.

Aquella pequeña caverna de muros curvos inmersa en el zumbido de los motores hacía que Phoebe se sintiese aislada de todos y de todo. Ambos se encontraban en un refugio privado.

Kyle se colocó sobre ella, apoyándose en los codos para evitarle la carga de su peso, pero ella le rodeó el cuerpo con una pierna y lo atrajo hacia sí. Lo quería por completo, quería sentir cómo su cuerpo la cubría por entero.

Kyle colocó la palma de las manos justo debajo de los pechos de Phoebe, acariciándolos con los pulgares a ambos lados y luego alrededor de los pezones erectos. La presión de este dulce tormento la hizo ansiar más y se arqueó frente a la cálida presión de la pierna de él entre las suyas.

Los ojos azules de Kyle se tornaron de un color violáceo, anunciando hasta qué punto él también la deseaba.

A Phoebe empezaron a pesarle los párpados y no pudo evitar cenar los ojos a pesar de lo mucho que lamentaba perderse la visión de Kyle sobre su cuerpo. Se le despertaron otros sentidos, y aspiró el olor penetrante que él desprendía, mezclado con el almizcle del deseo. Parte de ella sentía cómo el frenesí de la pasión luchaba por liberarse, pero reprimió el impulso de apresurarse. La realidad no iba a tardar en imponerse.

Sintió su aliento caliente antes de que la besase en la boca. Un beso largo y espléndido, de hombre que sabe complacer, y ella le

correspondió con el mismo apasionamiento.

Él le acarició los senos de modo insistente hasta hacerla estremecer pidiendo una mayor presión de sus manos, Y Phoebe podía asegurar que él no se quedaba impasible: su sexo erecto palpitaba y ella ansiaba sentirlo dentro de su cuerpo. Deslizó la mano entre ambos para rodearlo con los dedos y acariciarlo lentamente, y Kyle rodó hasta tumbarse de costado, llevándosela con él.

Ella pensaba seguir rodando hasta colocarse encima, pero echó un rápido vistazo al techo y vio que era lo suficientemente bajo como para golpearse la cabeza si en un momento dado arqueaba la espalda hacia atrás. Como para deshacer el encanto del momento.

Entonces echó una pierna por encima de la de él, entendiendo por qué había cambiado de posición, y descubrió que le gustaba lo equitativo de aquella postura, sobre todo al ver que él introducía un dedo en el elástico de su ropa interior. Phoebe dejó la mano quieta, ya que sus terminaciones nerviosas se concentraron en intentar descubrir hasta dónde llegaría la incursión de Kyle.

Sí.

Dos gruesos dedos se internaron en sus braguitas proporcionando un tacto frío que fue bien recibido por la piel ardiente de Phoebe. Ella apartó las manos y se asió con fuerza al edredón.

Más rápido peí o también más suave, la acariciaba en círculos hasta hacerla sentirse frustrada.

Ella le mordió el labio y él gruñó, apartando la boca para pasearla por su cuello. Phoebe volvió a ahogar un grito, pero no pudo detener el gemido que vino detrás. Si él no la aliviaba pronto, iba a ponerse a gritar.

—Ya está bien de juegos. Acaba de una vez. La paciencia es para luego, ¿recuerdas?

—Lo que tú digas. Como tú desees —dibujó la curva de su oído y su promesa le acarició los sentidos tanto como sus manos, su lengua e incluso el tentador roce de su cuerpo.

Pero aún no podía proporcionarle el alivio que ella ansiaba. Phoebe se apartó de su cadera e intentó deslizar la mano de nuevo entre ellos para atormentarle del mismo modo que él hacía con ella, pero Kyle le agarró de la muñeca, deteniéndola.

Un gemido escapó de los labios de Phoebe.

—Basta.

—¿Quieres parar?

—¡No! Digo que basta de jugar —ella le acarició el sexo y él gimió.

—En eso estamos de acuerdo.

Aunque no fuese más que en eso.

Pero Phoebe decidió que no quería dudas ni oscuros pensamientos en ese instante. Necesitaba, merecía ese momento robado de placer

con él. Kyle introdujo los pulgares a ambos lados de sus braguitas y se las quitó. Luego volvió a subir las manos y de alguna parte sacó un preservativo.

Antes de que ella pudiese retroceder hasta los tiempos en que ella se planteaba quedarse embarazada, Kyle se lo puso y volvió a atraerla hacia él.

Frente a frente, él empujó hacia su interior penetrando, abriendo su cuerpo híper-sensibilizado tras un largo periodo de abstinencia. Ahogando un grito, ella desfalleció de puro placer al sentir semejante presión. Le rodeó con el brazo e introdujo los dedos en su pelo.

Kyle le susurró al oído palabras de aliento, le dijo lo mucho que la deseaba, lo mucho que lo excitaba, y cada palabra suya acariciaba suavemente los sentidos de Phoebe mientras sus cuerpos se movían uno contra el otro.

Ella lo había deseado desde que oyó su voz por primera vez. Hacía mucho tiempo que no había sentido deseo alguno ni había buscado sentirlo. Una dulce y cada vez más intensa oleada de sensaciones se precipitó sobre ella mientras se estremecía a su lado. Apretó el rostro contra su cuello, agarrándolo con manos frenéticas, clavándole las uñas en la espalda.

Muy pronto esa oleada se concentró en una tensión creciente y, por mucho que ella intentó retrasar el instante, no logró refrenarse. Se aferró a él con fuerza y le clavó los dientes en el hombro con la fuerza del orgasmo que sacudió todo su cuerpo. El embistió con más fuerza, más deprisa, alargando el momento hasta hacer estremecer cada parte de su cuerpo, hasta dejarse caer tras ella al abismo,

Poco a poco. Phoebe se dio cuenta de que seguía abrazándole y que el aire enfriaba el sudor que cubría sus cuerpos. Kyle giró hasta tumbarse boca arriba, manteniéndola ceñida a su costado.

El pecho de él aún se movía agitadamente y ella no lograba recuperar el resuello para poder hablar, y eso suponiendo que supiese qué decir, ya que ni siquiera sabía qué pensar.

Estaba demasiado ocupada en asustarse. Porque sin duda, había encontrado mucho más que lo que esperaba experimentar con él. Más que con nadie. En un periodo anterior y más libre de su vida, puede que lo hubiese intentado con un hombre como él, de poderosos besos, espíritu incansable y sonrisa despreocupada. Una propuesta arriesgada, por no decir otra cosa.

Pero estando en juego la estabilidad de Nina, Phoebe se temía que no podía arriesgarse a pasar otra noche en su cama.

Después de que el jet aterrizase y ellos recogiesen sus equipajes, Kyle le abrió la puerta del coche a Phoebe, contemplando el modo en que la luz de la luna jugaba con su pelo. Una melena suelta y despeinada fruto de haber hecho el amor.

Antes de que lograsen recuperar el aliento, el piloto les había anunciado por el altavoz que estaban a punto de aterrizar Phoebe había saltado de la cama y había vuelto a enfundarse el vestido.

El había intuido que, bajo su fría apariencia, ella escondía una naturaleza apasionada, pero no se había imaginado que fuese hasta tal extremo. Volvió a excitarse al acordarse de cómo se había acoplado a él, de cómo había reaccionado, de lo atractiva que estaba llevando únicamente los diamantes y un ligero brillo provocado por el sudor. Llevaba en la espalda las marcas de su placer.

Y esperaba añadir algunas más tan pronto como despertaran recargados tras unas horas de sueño.

Se sentó al volante del Mercedes.

—Enseguida estaremos en casa. Ya lo he organizado para que mañana venga alguien a cuidar de Nina, así podrás dormir.

Ella lo miró con acritud.

—Gracias, pero prefiero que lo anules. He pasado lejos de ella demasiado tiempo.

Salieron del aparcamiento del aeropuerto y se internaron en la carretera principal.

—Entiendo que eso pueda afectar a Nina.

—Es más que eso. Creo que ya ha sufrido suficientes cambios drásticos en su vida —Phoebe se apartó el pelo de la cara y la frustración brilló en sus ojos tanto como los diamantes reflejando la luz —No me mires como si estuviese siendo sobre protectora.

¿Eso había hecho?

—Lo siento —extendió el brazo para introducir una mano en su pelo y masajearle la nuca—.

Sólo quería asegurarme de que descansabas lo suficiente.

Ella se llevó la lengua a un lado de la boca.

—Soy yo la que debía disculparme por responder de forma tan agria. Sólo estabas siendo amable —se echó hacia atrás en el asiento, apartándose de su mano—. Tengo miedo de hacer algo que pueda afectarle. Antes de que Nina entrase en mi vida, sabía muy poco acerca de los niños y conforme Bianca fue dependiendo cada vez más de mí para hacerle de canguro, yo fui investigando para asegurarme de que contaba con toda la información disponible.

Santo cielo, si se alejaba un centímetro más de él, se saldría por la ventanilla del coche, ¿Qué pasaba? La velocidad con que se había vestido y salido del avión le había parecido a Kyle un afán por escapar más que un signo de eficacia.

Tenía que seguir hablando y borrar las arrugas que ella tenía en la frente. Antes de llegar a la casa. Antes de que se acostasen.

—¿Cómo es que Bianca y tú os hicisteis amigas y mantuvisteis vuestra amistad? Sois totalmente distintas.

—Nos conocimos en la universidad, en una clase de Historia del teatro. Roger estudiaba también teatro, y yo me apunté a la clase para estar con él —las luces de las calles pasaban a toda velocidad conforme recorrían la carretera casi desierta—. Conocimos a Bianca y enseguida congeniamos. Ella es un tipo de persona más llamativa y yo trabajé en un par de producciones construyendo decorados y haciendo trajes.

—¿Y Roger? —apartó de golpe cualquier resquicio de celos y la miró por el rabillo del ojo.

—Era un autor teatral de gran talento—hizo girar en su dedo el anillo de casada— Siempre pensé que, de haber podido, habría conseguido triunfar en el teatro.

Kyle notó que Phoebe hablaba de Bianca y de Roger como dos personas brillantes, dejándose de lado a sí misma.

—En aquellos días, los tres teníamos grandes planes y muchos sueños—Phoebe bajó la mirada, y Kyle se preguntó si ella habría experimentado los mismos celos que él estaba ahora intentando combatir—. No sé bien por qué mantuve el contacto, pero me alegro de haberme esforzado en quedar con ella para comer de vez en cuando y ponernos al día. De otro modo, nunca hubiese conocido a Nina —lo miró a los ojos por primera vez desde que habían hecho el amor—. ¿En qué piensas?

—En que quizá conservaste tu amistad con Bianca a pesar de vuestras diferencias porque no estabas preparada para dejar marchar a tu marido —girando hacia una carretera de doble carril, sintió que odiaba la imagen que se estaba conformando en su cabeza—. Cuando estabas con ella te sentías conectada a él. Era un modo de evitar desprenderte de tu marido y seguir adelante.

El dolor asomó a los ojos de Phoebe.

—Vaya, una conclusión bastante perspicaz para un destacado miembro del club de la testosterona.

—Ese soy yo. El señor Sensible —¿qué habría pasado si hubiese conocido a Phoebe en lugar de a Bianca?—. Así que investigaste y estudiaste libros de maternidad.

—Existe muchísima información, información alarmante.

Detuvo el coche fuera de la valla de seguridad que conducía al complejo residencial de los Landis.

—Todavía pareces preocupada.

—Sigo preocupada por su futuro —dijo ella mientras se abría la verja de hierro—. Aunque esté segura por el momento, todavía no sabemos dónde está Bianca, existe todavía demasiada incertidumbre. Supongo que lo que más me preocupa es eso, no saber si Nina está abocada a vivir con Bianca, me romperá el corazón tener que dejarla, pero lo importante es que ella tenga un sitio fijo y seguro en el que

criarse.

—¿Incluso si es con Bianca? —dijo él mientras conducía el coche a través de un sendero flanqueado de palmitos y robles.

—Incluso así. Existen muchos estudios sobre desórdenes en las relaciones entre los niños y sus padres. ¿Habías oído hablar de ellos?

—Sólo en términos generales. Se trata de algo así como que los niños no se sienten vinculados a sus padres, ¿no es así? —paró el coche delante del garaje.

—Muchos de los estudios se basan en niños abandonados o que han sufrido abusos. Si no aprenden a establecer relaciones o vínculos de pequeños, pueden verse afectados en ese sentido durante la infancia y la edad adulta —al cerrarse tras ellos la puerta del garaje, Phoebe se giró para mirarle, con el rostro en penumbra—. Nina no es una niña que haya sido abandonada o haya sufrido abusos, pero algunos estudios sugieren además que estos problemas pueden darse cuando un bebé cambia constantemente de cuidadores y no se le da la oportunidad de sentir apego por alguien.

—Y te preocupa que a Nina acabe pasándole algo así.

Ella bajó la vista hasta sus manos, volviendo a girar su anillo de bodas.

—Todos los niños merecen seguridad. Haría cualquier cosa con tal de mantener a salvo a Nina.

Cualquier cosa.

En ese momento, él lo vio todo claro. Aunque hubiese conocido antes a Phoebe, es posible que no hubiese aceptado salir con él. Se había casado únicamente por Nina. Su lealtad hacia Nina, y hacia su difunto marido incluso, no se extendía hasta él.

La rabia le revolvió por dentro al pensar en los lejos que ella podía estar dispuesta a llegar con tal de asegurar el futuro de la niña.

—¿Y lo que ha pasado esta noche tiene que ver con hacer cualquier cosa para asegurarte de no perder a Nina?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Insinúas que me he acostado contigo para conservar a la niña?

Kyle se pasó la mano por la cara sin afeitar y la razón se impuso a la rabia.

—Claro que no. Te conozco lo suficiente como para saberlo —dejó caer la mano hasta volver a posarla en su nuca—. Lo que intento es adivinar por qué me rechazas después de que hayamos compartido un sexo increíble.

Ella apartó la vista. Al menos, esta vez no evitó la mano de Kyle.

—Se me hace muy difícil volver a estar con alguien —tragó saliva —. Tú siempre has tenido una gran familia con la que contar, por eso quizá no entiendes lo que significa perder a la única persona que tienes en el mundo. Nosotros sólo nos teníamos el uno al otro. El se

crió en acogida y mis padres murieron antes de que yo acabase mis estudios en la universidad. Mi padre falleció debido a unas complicaciones durante una operación rutinaria y mi madre se dejó llevar por la tristeza.

—Lo siento —él empezó a masajearle el cuello otra vez, encontrándolo tenso,

—Pasó hace mucho tiempo, pero todavía los echo de menos, sobre todo en momentos como éste. Hubiesen disfrutado enormemente con Nina —esbozó una agridulce sonrisa—. Pero debes entender lo que digo, ¿verdad?, porque tú perdiste a tu padre.

Kyle asintió. La muerte de su padre le seguía pareciendo tan dura como cuando era un adolescente confuso y apenado. Aunque perder a un esposo debía de ser mucho peor.

—¿Cómo murió tu marido? Dijiste que se ahogó, pero seguro que la historia es más compleja de lo que parece.

Ella parpadeó rápidamente, aunque tenía los ojos secos.

—Llevábamos una temporada trabajando mucho. Yo estaba acabando el posgrado y él aceptó un segundo trabajo para ayudarme a pagar la matrícula. Ese día decidimos pasar la tarde en la playa. Hacía sol, pero había mucho viento y habían izado la bandera roja desaconsejando el baño, así que nos limitamos a hacer picnic.

—¿Y qué pasó?

El cuello de Phoebe volvió a tensarse bajo sus dedos. Él se resistió a la idea de que posiblemente no había nada que pudiese hacer para ayudar a Phoebe a superar todo aquello.

—Dos turistas intentaron hacer surf a pesar de la advertencia. Uno de ellos quedó atrapado en la corriente y gritó pidiendo ayuda.

—Y tu marido respondió a su llamada —Dios, ya ni siquiera podía caerle mal ese tipo.

—Pudo haberlo sacado, pero la tabla le golpeó en la cabeza. Fue un accidente inesperado.

Ella volvió a apretar los párpados y Kyle se dio cuenta de que Phoebe seguía teniendo los ojos secos porque ya no le quedaban lágrimas que derramar por su ex marido.

—Lo querías de verdad.

Ella se limitó a asentir, levantando la mano para entrelazar sus dedos con los de él.

—Un amor tan fuerte como ése no desaparece sin más —se aclaró la garganta y esbozó una frágil sonrisa—, así que no te preocupes porque no voy a malinterpretar lo ocurrido en el avión.

Soy consciente de que éste es un matrimonio a corto plazo. Ya lo dejaste bien claro desde el principio.

—¿Y si seguimos casados? —Pronunció aquellas palabras casi sin pensar, pero una vez las hubo dicho, cobraron sentido—.

Compartimos algo importante. Un sexo increíble, una amistad, estabilidad. Somos ambos tan independientes que no necesitaremos andar pendientes el uno del otro. ¿Quieres las cosas claras? Muy bien, pues sigamos casados.

Ella lo miró con ojos tristes.

—¿Y el amor? Puede que un día lo encuentres y entonces te arrepentirás.

—No —insistió él, negándose a pensarlo siquiera—. Tengo decidido mi futuro y es demasiado transitorio para que una mujer lo pueda soportar. Albergaríamos expectativas distintas en nuestra relación.

Kyle no sabía por qué su razonamiento le parecía tan importante, porque hasta ese momento jamás había pensado en alargar su matrimonio, pero el instinto de posesión que se había aferrado a su pecho se negaba a claudicar.

Se aproximó aún más a ella, con el argumento perfecto en mente para ganar la batalla. Una derrota le resultaba de pronto imposible de aceptar.

—Podrías tener más hijos algún día. Estás hecha para ser madre.

Ella ahogó un grito. ¿De sorpresa o de terror?

—¿Te estás ofreciendo para donarme tu esperma?

—¿Y si te estuviese ofreciendo eso y más? —su pregunta llenó de posibilidades el espacio que había entre ellos.

Y ella no dijo directamente que no. Parecía confusa, así que él abordó la siguiente estrategia de persuasión. La victoria estaba muy cerca.

El teléfono de Phoebe sonó dentro de su bolso.

Ella se sobresaltó en su asiento.

—A estas horas sólo puede ser por Nina —evitó mirar a Kyle a los ojos y rebuscó en el bolso que había colocado a sus pies hasta encontrar el teléfono—. ¿Diga?

—¿Phoebe? —una voz de mujer sonó tan fuerte del otro lado del teléfono que hasta Kyle pudo oírla con claridad—. ¿Phoebe, eres tú?

La voz lo dejó pegado al asiento, No podía ser. Pero los ojos aterrorizados de Phoebe confirmaron lo que él ya sospechaba.

Bianca estaba viva y coleando al otro lado de la línea telefónica.

CAPÍTULO 9

Paralizada en el asiento delantero del Mercedes, Phoebe apretó con fuerza el teléfono, aterrorizada y aliviada al mismo tiempo. Kyle se puso tan tenso que ella temió que le arrebatase el receptor.

Con dedos temblorosos, ella conectó el altavoz del teléfono.

—¿Bianca? ¿Eres tú?

—Claro que soy yo —respondió su amiga de la universidad, la madre de Nina. Su voz, perfectamente modulada, inundó el coche. Había suavizado su acento a base de entrenar la dicción para el teatro —. Estoy en la puerta de tu apartamento. Llevo cinco minutos llamando al timbre y los vecinos están empezando a molestarse. Despierta y ábreme.

¿Bianca estaba en Columbia? ¿Dónde se había metido todo ese tiempo? Se escondiera donde se escondiera, no debía haber leído el periódico si no sabía de la boda de Phoebe y Kyle, La noticia se había extendido por todo Carolina del Sur y más allá. Diplomáticos de todo el país los habían felicitado la noche de la cena en Washington.

Un matrimonio que habían consumado, de hecho todavía sentía el olor de Kyle y sus caricias bajo el vestido de satén, ¿Sólo habían pasado unas horas desde que salieron de Washington? Dios mío, su mundo se estaba haciendo trizas antes de que pudiese recoger sus restos.

Al menos Bianca parecía ignorar todos los cambios que habían tenido lugar en sus vidas, lo que les otorgaba unas horas preciosas para poner los pensamientos en orden antes de que la madre de Nina apareciese por la puerta.

—No estoy en casa. Estoy en Hilton Head... con Nina.

No podía ni siquiera pensar en el daño que todo aquello podía causarle a la niña. Acababa de instalarse en la casa de los Landis y en una vida nueva y más estable. A Phoebe se le encogió el estómago,

—¿Hilton Head? —preguntó Blanca—. ¿Qué haces ahí?

Phoebe miró a Kyle, sentado a su lado en el coche dentro del garaje. ¿Cómo iba a reaccionar Bianca al enterarse de que se habían casado? Y lo que es más importante, ¿es que a Bianca no le importaba lo que había pasado con su hija? Por supuesto que no, de otro modo no habría desaparecido.

—Estoy cuidando de Nina.

—¿Cómo está la pequeñaja?

Su desenfado logró crispar los nervios de Phoebe, ya de por sí alterados. Era obvio que Bianca estaba bien y que había decidido por voluntad propia desaparecer de la faz de la tierra.

Phoebe reprimió las ganas de tirar el teléfono al notar una creciente indignación maternal.

—Nina está bien. Desde que la dejaste conmigo el verano pasado,

ha aprendido a darse la vuelta en la cuna. Casi sabe sentarse sola.

—Bien, bien. Gracias por hacer de canguro, ¿Tienes alguna otra llave de la casa escondida por aquí en alguna parte? La que había bajo la maceta ya no está y necesito un sitio donde pasar la noche.

¿Hacer de canguro? ¡Hacer de canguro! Dos meses, casi tres, eran mucho más de lo que podía asumir una canguro, sobre todo con un bebé.

—Me llevé la llave cuando me fui del apartamento —había cerrado la casa, pero seguía pagando el alquiler. Había pensado volver, pero en el fondo siempre había creído que Nina estaría con ella. Ahora, Nina tenía a mano a sus padres biológicos, lo que dejaba poco espacio para una canguro—. Escucha Bianca: estoy en Hilton Head con Kyle Landis. Al ver que no regresabas, decidí traer a la niña aquí con su padre.

Phoebe vio cómo la mandíbula de Kyle se tensaba, su rostro serio, y las oleadas de indignación que lo recorrían, Nina tenía un acérrimo defensor en la figura de su padre. Phoebe pronunció calladamente una oración de agradecimiento por poder contar con él en aquel momento.

—¿Ha vuelto de Afganistán? Vaya, estupendo, había pensado en ponerme en contacto con él.

¿Cómo podía ser tan displicente a la hora de contarle a Kyle que tenía una hija? ¿Acaso Nina habría conocido a su maravillosa y enorme familia si Bianca no le hubiese hablado a Phoebe de su existencia?

Él le indicó con un gesto que continuara hablando. Phoebe se tragó el miedo que le atenazaba la garganta.

—Entonces, puedes venir a Hilton Head y hablar con él en persona.

—Seguramente estará enfadado, ¿verdad? —Preguntó Bianca, mostrándose indecisa por primera vez—. ¿Y no podrías traer a Nina aquí?

A Phoebe se le acabó la paciencia, Si Bianca creía que podía aplastar a una vieja amiga aprovechándose de que era una persona prudente, le había llegado la hora de despertar de una vez.

—No puedo, Bianca. Abandonaste a tu hija y Kyle tiene la custodia temporal.

—Phoebe —dijo Bianca con voz entrecortada—, ¿qué demonios has hecho?

—No me diste otra opción cuando dejaste a la niña.

—Muy bien, esta noche me alojaré en un hotel. Nos vemos mañana en Hilton Head.

Estaba a tres horas de viaje. Nada hubiese detenido a Phoebe de haberse tratado de su hija y ahora era muy posible que la perdiese para siempre.

—Llámame cuando estés cerca de la ciudad y yo te indicaré cómo

llegar a la casa.

Bianca colgó sin decir una palabra.

Phoebe contempló el teléfono que tenía en la mano y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Los dientes le castañeteaban. Apenas oía a Kyle dirigiéndose a ella, ofreciéndole palabras de consuelo y diciéndole que todo saldría bien. No podía pensar nada más que en comprobar si Nina estaba bien.

Phoebe arrojó a un lado el teléfono y salió del coche de un salto, Levantándose el vestido, entró corriendo en la casa, subió las escaleras y no se detuvo hasta llegar a la habitación de Nina.

La cuna estaba vacía.

Kyle oyó el grito de Phoebe.

Corrió a la habitación y la encontró abrazada a la mantita de Nina junto a su cuna.

—¿Dónde está Nina? —Buscaba frenéticamente por la habitación con los ojos encendidos de pánico—. Dijiste que estaría atendida. No debía haberla dejado sola ni un segundo. Dios, ¿crees que Bianca me estaba mintiendo y que ya se la había llevado?

Kyle la agarró de los hombros.

—Tranquilízate, no pasa nada. Nina está en la habitación de abajo. La niñera la acostó allí y duerme en la cama supletoria. Nina no ha estado sola ni un instante desde que nos marchamos.

Phoebe respiró aliviada, Él la abrazó, entendiendo su temor y jurando, por ella y por Nina, que nunca permitiría que nadie les hiciese el más mínimo daño. Ella se estremeció en sus brazos y a él le desarmó ver cómo se derrumbaba una persona normalmente serena como ella.

Con un último suspiro, Phoebe se enderezó y él sólo tuvo un segundo para ver que tenía los ojos húmedos antes de que ella saliera al pasillo como una exhalación. El ruido de sus tacones resonaba sobre los suelos de madera mientras Kyle la seguía hasta la habitación que su madre había dispuesto para los nietos.

Phoebe abrió la puerta despacio, ¿con cautela?, y se asomó al interior. Se desplomó contra el marco de la puerta con los ojos cerrados y dos grandes lágrimas cayeron de sus ojos.

—Gracias a Dios.

Kyle se detuvo tras ella y vio a través de la puerta a la niña que dormía en su cunita. A su hija.

Se permitió un momento de egoísmo para contemplar a Nina y convencerse de que estaba bien, de que estaría bien. Memorizó sus rasgos, un rostro que debía haber estudiado con más detenimiento.

Tenía la barbilla y el pelo de los Landis. De estar despierta, él estaría viendo en ella sus propios ojos. Aparte de esto, sabía que le gustaba ir descalza y que reía cuando él agitaba delante de ella su

mordedor en forma de oso panda.

Era demasiado poco, Tenía que conocerla más. La conocería más. No sería el típico padre a ratos que viaja durante meses y al volver encuentra que su hijo ha hecho un gran progreso mientras él estaba ausente. Podía permitírselo, maldita sea.

Se trataba de su hija.

La quería. Ya la mañana siguiente, podía perderla a manos de una mujer que no daba importancia al hecho de haber desaparecido durante casi tres meses. Nunca antes había sentido este tipo de temor, ni siquiera cuando lo derribaron en Afganistán. El impacto de ese pensamiento le aplastó el pecho hasta impedirle respirar. No podía siquiera imaginar el infierno por el que estaría pasando Phoebe, Su esposa llevaba meses amando a aquella criatura.

Avanzó hacia Phoebe, pero ésta se había internado en la habitación. Llamó en voz baja a la niñera y, despertándola con suavidad, le dio las gracias con una sonrisa y le dijo que podía trasladarse a la habitación de invitados que había al otro lado del pasillo.

Una vez se hubo ido, Phoebe se acurrucó en la esquina de la cama tal y como hizo la primera noche que durmió en la casa.

Al ver cómo se distanciaba de él, Kyle se dio cuenta de que no sólo corría el peligro de perder a su hijo: también podía perder a su esposa.

—Vengo a recoger a mi hija —Bianca avanzó por el vestíbulo de la mansión de los Landis, apartándose de la cara su melena roja y ondulada en un gesto que Phoebe reconoció como calculado para atraer la atención de los hombres, Y que normalmente le funcionaba.

Al menos, ese día Kyle parecía ignorar los dudosos encantos de Bianca, que traía unos apretados vaqueros y una camiseta sin mangas verde lima, puesto que en sus ojos se reflejaba una rabia apenas disimulada. Nina, sin embargo, no parecía detectar la tensión y daba golpecitos en la cara de Kyle con el mordedor en forma de panda que agarraba con su mano regordeta.

Aunque existía tensión entre ella y Kyle, a Phoebe le aliviaba poder contar con su apoyo en aquel pulso con Bianca. El había llamado al resto de la familia esa misma mañana y todos iban a regresar a casa en unas horas.

Kyle posó la mano en la espalda de Phoebe.

—Vayamos al salón. Tenemos mucho de qué hablar sobre los últimos meses.

Bianca miró la puerta abierta y paseó los dedos bronceados por un huevo de Fabergé azul y blanco que descansaba junto a un jarrón de cristal con lilas. Avanzó adentrándose en el salón. Una cristalera permitía que el sol bañara de luz la estancia. Los suelos de madera noble estaban cubiertos de alfombras persas, rodeando dos sofás Reina

Ana tapizados de azul con motas blancas.

A los lados había sillones en amarillo crema. Toda la decoración era sin duda formal, pero la atmósfera era confortable.

Phoebe temía que Bianca estuviese observando en el salón un indicio de riqueza. Pero si sólo buscaba dinero, ¿no habría venido a hablar antes con Kyle?

Bianca giró sobre sus puntiagudos tacones verdes y extendió los brazos.

—Mi niña —agarró a la niña con tal firmeza que Phoebe tuvo que dejarla ir—. Qué guapa estás,

¡y qué grande!

—Sí —masculló Kyle—, los niños crecen. De hecho, crecen mucho si dejas de verlos durante casi tres meses.

Phoebe posó la mano en su brazo, temerosa de que Bianca se molestase, sobre todo dado que no tenían ni idea de lo que ella tenía en mente.

—¿Dónde has estado? ¿No te das cuenta de que hemos estado muy preocupados?

—¿Estabais preocupados por mí, o era todo por Nina? —levantando una ceja, izó torpemente a la niña sobre su cadera. Nina se retorció y arrojó al suelo el mordedor—. Pero eso no importa ahora, estoy aquí y vengo preparada para cuidar de mí hija.

Kyle se mantenía Firme en el umbral como esperando bloquear cualquier posibilidad de huida.

—Desapareciste de tal modo de la faz de la tierra que creímos que habías muerto. Todavía no nos has dicho dónde estabas.

—Lo siento. Fui a las islas con un director muy importante. Me dijo que tenía un papel para mí

—Bianca apartó los dedos de Nina de sus enormes pendientes de aro—. El muy cerdo me mintió, pero todo el asunto me granjeó unas vacaciones. Las madres necesitan vacaciones. Ahora vengo descansada y lista para acurrucarme con mi pequeña.

Phoebe reprimió las ganas de agarrar a Nina y salir corriendo.

—No puedes abandonar a Nina durante meses y creer que confiaremos en que cuidarás de ella.

Los ojos de Bianca pasaron de Kyle a Phoebe, de pie uno junto al otro.

—Ah, ya veo lo que hay —zarandeó a Nina alarmantemente al ver que intentaba llegar al suelo—. Te has ligado a Kyle y si pierdes a la niña lo perderás a él. Es un buen partido, entiendo que no quieras renunciar a todo lo que has conseguido.

Phoebe se aguantó las ganas de abofetear a Bianca, Kyle era más que un buen partido, suponía mucho más que el dinero que tenía guardado en el banco. Era un hombre honorable a quien le

preocupaba su familia, un hombre que se tomaba en serio sus responsabilidades y sabía apreciar la belleza y valor que podía tener un sencillo paseo por la playa en coche.

Kyle recogió del suelo el mordedor de Nina y la tomó de los incómodos brazos de Bianca,

—Phoebe y yo estamos casados.

Bianca parpadeó rápidamente, quedándose por una vez sin sabe qué decir.

Con su hija a salvo contra su pecho, Kyle agitó el pequeño panda delante de Nina, haciéndola reír.

—Vino a hablarme de Nina y descubrimos que habíamos conectado.

—¿Esperas que me crea que os enamorasteis? ¿Estás de broma? Phoebe vive totalmente encerrada en su pasado con Roger —se giró hacia Phoebe con los labios curvados en un gesto de condescendencia —. Y seamos honestos, amiga mía, no eres lo que diríamos el tipo de Kyle.

Phoebe retrocedió un paso ante la evidente crueldad de las palabras que había pronunciado su supuesta amiga, Había mantenido la amistad con Bianca porque era extrovertida y vivaz, una fuerza que la había empujado hacía el mundo cuando se sentía aislada por la pena. Y sí, posiblemente le había disculpado muchas cosas porque había sido partícipe de tiempos más felices en su vida. Pero ya no podía disculparla.

Blanca le guiñó el ojo.

—Igual puedes sacar algo del acuerdo de divorcio. Después de todo, te casaste con él para ayudar a su hija —parpadeó con sobreactuada ingenuidad—. Porque ésa es la razón por la que te casaste con él, ¿no es así?, no es que os conocieseis de antes.

Una fugaz oleada de rabia heló la mirada de Kyle, pero su rostro se convirtió enseguida en una máscara inexpresiva. Phoebe admiró su serenidad, su capacidad para dejar a un lado los sentimientos y centrarse en resolver el problema, Entendió claramente que aquella cualidad lo había convertido en un combatiente muy eficaz.

Los ojos de Kyle señalaron a Bianca.

—¿Qué es lo que quieres?

—A mi niña.

El temor recorrió los brazos de Phoebe poniéndole la carne de gallina.

—Un tribunal ha concedido a Kyle la custodia temporal. La abandonaste, así que tendremos que volver al juzgado a solucionarlo.

—Qué desastre —su mirada se volvió calculadora—, ¿Ya le habíais tomado cariño? Es una niña monísima.

Su peor pesadilla se estaba haciendo realidad. Volvía a perder a

alguien a quien amaba, y mientras intentaba consolarse pensando que al menos Nina estaba viva, Phoebe no podía borrar la imagen de la niña llamándola por la noche y preguntándose... El dolor se hundió en ella más que las lágrimas,

Bianca, sin embargo, las dejó caer por su rostro,

—Lo siento mucho. He sido una estúpida, pero creía que realmente podía conseguir una vida mejor para la niña. No soy lo suficientemente buena para ella, no tanto como tú y tu familia.

¿Estaba Bianca actuando, o es que Phoebe se había vuelto más cínica?

Ojalá no supiese lo buena actriz que Bianca podía llegar a ser. ¿Habría estado también utilizando sus dotes con Phoebe todo ese tiempo? ¿Habría sido su amistad una completa mentira?

Igual Kyle tenía razón al pensar que se había aferrado a Bianca porque necesitaba mantener un lazo de unión con su pasado con Roger. Había permitido que le cerrasen los ojos, Phoebe consiguió reunir el suficiente aplomo,

—¿Dónde están tus maletas? Te enseñaré tu habitación.

Bianca negó con el dedo.

—No, no, no. No pienso quedarme aquí en observación, para que juzguéis el más mínimo error que pueda cometer. Me voy a alojar en un hotel y Kyle pagará la cuenta —le pasó a Kyle una tarjeta—. Aquí está el número, puedes llamar para pedir detalles.

Se subió la correa de la bolsa que llevaba al hombro y caminó hacia la puerta, que resonó al cerrarse en el silencio de la casa.

Balanceándose, a Phoebe le abandonó todo el valor que había logrado mantener y se agarró al respaldo de una silla antes de dejarse caer pesadamente sobre ella.

Kyle se paseó por el salón con Nina, agitando todavía el panda delante de sus ojos.

—Phoebe, no quiero que te preocupes, solucionaremos esto en los juzgados. El juez no cambiará el acuerdo de custodia de la noche a la mañana y dudo que Bianca pueda aguantar mucho tiempo esta situación.

Phoebe no estaba tan segura. Su cínico interior le gritaba que Bianca iba a cerrarse en banda, pero dejó que Kyle le siguiese contando sus planes porque le pareció que dejar que tomara el mando le ayudaba a mantener la calma.

Observó cómo recoma de arriba abajo la habitación sujetando a la niña contra su pecho.

¿Cuándo había empezado a sentirse tan cómodo con ella? La conexión entre ellos era innegable, ya que Nina levantaba la vista para mirarlo con adoración. El agitaba frente a ella el mordedor sacudiendo las cuentas que tenía en la barriga, A Nina le encantaba aquel juguete.

Y Phoebe no pudo negar por más tiempo que estaba enamorada de Kyle.

CAPÍTULO 10

Nunca se había sentido tan fuera de control.

Una hora después de finalizar la reunión con el juez, Kyle se aferraba al volante del Mercedes mientras recorría junto a Phoebe la carretera de la costa, El asiento trasero del vehículo estaba vacío.

El juez había concedido temporalmente a Bianca que pasara con la niña una noche a la semana, a contar desde aquel mismo día. A ellos les había concedido un mes para reunir documentación o llegar a un acuerdo antes de volver a retomar el caso.

De no ser por la capacidad de Sebastian para negociar, las cosas hubiesen resultado mucho peor. Había conseguido introducir una disposición: Kyle no pagaría los gastos de Bianca y podía contratar a una niñera para que permaneciese con ella y con Nina durante sus visitas de veinticuatro horas. Al menos podían estar seguros de que la niña iba a estar atendida y de que Bianca no podría marcharse a la ciudad llevándosela con ella. Todos se quedaron en el juzgado hasta que se hubo cerrado la contratación de la niñera que utilizaron durante el viaje a Washington.

Kyle había hecho todo lo posible por el momento. Y, aun así, la inquietud le roía por dentro. El sol se hundió tan aprisa como su valor. ¿Y si a pesar de todo perdían a Nina? El amor que sentía por su hija Le golpeó violentamente al ver a Bianca marcharse de allí con su pequeña, y la expresión demoledora en el pálido rostro de Phoebe ante aquella perdida sólo sirvió para acentuar su fracaso.

Los faros del coche iluminaron la curva siguiente, más pronunciada de lo que él esperaba, y se obligó a ir más despacio. Destrozar el coche no iba a hacerle ningún bien ni a Nina ni a Phoebe, Le temblaban tanto las manos que decidió salir de la carretera desierta hasta recuperar el control de los temores que lo acechaban.

Kyle condujo el sedán a una apartada zona de aparcamiento situada entre dunas y cubierta de maleza. El viento arreciaba desde el mar, rociando levemente de agua el parabrisas.

Colocó las manos sobre las rodillas, apretando y apretando como si así pudiese contener de algún modo la frustración que sentía. Sus músculos se tensaron y entonces alzó el brazo y golpeó el salpicadero con el puño cerrado soltando una maldición.

Le alegró sentir el dolor que creció en su mano y pensó en asestar un segundo golpe al cuero...

pero entonces vio las lágrimas que caían por las mejillas de Phoebe.

Dios, aquellas lágrimas le dolían más que si se hubiese roto la mano.

—Lo siento Phoebe, lo siento mucho.

Lo sentía por mucho más de lo que podía expresar con palabras en

ese momento. La atrajo hacia sí y ella ni siquiera protestó, sino que se limitó a hundirse en su pecho. Un ahogado sollozo se aposentó en la garganta de Phoebe, Se aferró a su chaqueta hasta hundir los dedos en sus hombros, irradiando el mismo miedo y desesperación que él albergaba en su interior. Él le enjugó con la mano dos lágrimas que descendían por su rostro y apoyó la cabeza en su Frente, susurrando todas las palabras de consuelo que pudo rescatar de su escueto arsenal.

Phoebe se acurrucó aún más en él, girando el rostro hacia sus caricias, hacia él.

—Acaríciame —susurró ella con voz ronca y angustiada—, abrázame, saca de mí este vacío.

Kyle se quedó inmóvil. No podía estar sugiriendo que...

Pero entonces, ella le besó la palma de la mano y lo recorrió con los labios mientras hablaba:

—No puedo soportar pensar ni un segundo en todo lo que ha ocurrido, Necesito que me proporciones otra cosa, algo maravilloso en lo que pensar.

Toda la frustración de Kyle reunió fuerzas con el propósito de concederá Phoebe una distracción, una vía de escape, incluso un alivio momentáneo de su dolor. Le alzó el rostro hacia el suyo y sus bocas se rozaron. Quietas.

Los puños de Phoebe se desplegaron y sus manos pasaron de su chaqueta a cruzarse por su espalda para abrazarlo con más fuerza, La pasión explotó dentro de él, liberando todos los sentimientos frustrados que había ido almacenando en su interior desde la repentina llamada de Bianca, No. Desde que Phoebe había decidido rechazarle después de acostarse con él en el avión, Kyle deslizó las manos hacia arriba para agarrarle la cara y asegurar mejor sus labios a los de ella, para besarla con más fuerza, obtener más contacto, más intimidad. Los nervios acumulados durante todo el día se fueron canalizando hacia ese momento, buscando una válvula de escape.

Hizo descender sus dedos por la espalda de Phoebe hasta sostener sus caderas, guiando la hasta, su regazo tal y como había fantaseado cuando dieron el paseo en el Aston. Pero en aquella otra noche fue una cuestión de seducción, y en ese momento se trataba de una liberación.

Ella se deslizó sobre las piernas de Kyle con el vestido fruncido alrededor de las caderas. La tela se abría a un lado, dejando a la vista unas braguitas rosadas. Él le deslizó los dedos por las caderas, retorciendo la seda hasta que su ropa interior... se rompió. Arrojó a un lado los pedazos y ella se apretó contra él, húmeda y caliente.

Phoebe besaba con desesperación su boca, su mandíbula, mordisqueando y seduciendo con la lengua y los dientes, Los últimos

rayos de sol se desvanecieron y la noche los envolvió, acuciando otros sentidos: Kyle aspiró el aroma a vainilla de Phoebe mezclado con el almizcle del deseo.

Los crecientes jadeos de ella se sincronizaron con los de él. Phoebe tiró de su cinturón, le desabrochó rápidamente la cremallera de la bragueta y lo liberó de sus calzoncillos. Acarició su sexo, que se mostraba duro y palpitante en su mano. El roce de aquellos dedos fríos avivó el deseo de Kyle, que apretó los dientes luchando por mantener el control lo suficiente como para recuperar la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Ajustando sus ojos a la oscuridad, logró sacar un preservativo,

Ella agitó las caderas contra las de él, desnuda y acogedora, y Kyle apretó la mandíbula y tragó saliva mientras los párpados se le hacían pesados por un instante, haciéndole luchar por mantener los ojos abiertos.

Rasgó el envoltorio.

—Espera,

—Esta noche no seremos pacientes —dijo ella arrancándole el preservativo de la mano.

—Estoy de acuerdo.

—Y ahora shh... —lo desenrolló a lo largo de su sexo con urgencia y eficacia.

Phoebe se sentó a horcajadas sobre él con ambas rodillas a los lados de su cuerpo. El la agarró por detrás y la guió hasta que estuvieron sentados juntos, conectados. Sosteniéndola en las palmas de sus manos, la penetró, ella se estremeció y empezaron a moverse al unísono, conociendo mejor esta vez sus cuerpos y necesidades.

Ella estrechó los brazos con más fuerza alrededor de su cuerpo, repitiendo fuera aquella unión interior que lo urgía cada vez más al clímax, como lo urgían los gemidos y jadeos de Phoebe pidiéndole más, más fuerte, más rápido. Ya.

El viento se agitó desde el mar y entró por las ventanillas cargado de agua y sal. Se amaban de forma salvaje, acalorada e intensamente devoradora. Era algo que iba más allá del sexo. Con Phoebe todo era distinto, y eso asustó a Kyle enormemente, porque si ella se marchaba, nada sería igual, nada lo superaría.

Los gemidos de Phoebe se fueron haciendo más y más fuertes, hasta que el sonido de su placer inundó todo el coche, Se aferró con fuerza a sus hombros, anclándose profundamente en él mientras Kyle contemplaba las sombras que jugaban con su rostro conforme se deshacía. Los pechos de Phoebe se agitaron hacia delante una y otra vez mientras arqueaba la espalda exponiendo el cuello. Kyle pudo sentir la fuerza húmeda de su orgasmo. Entonces ella se contrajo a su alrededor, masajeándolo... hasta el final.

Dejó caer la cabeza sobre el reposacabezas del asiento y explotó en sucesivas oleadas de placer.

No supo siquiera distinguir si el rugido que escuchaba provenía de las olas o de su propio cuerpo.

Ella escondió la cabeza en su cuello y él introdujo los dedos en su pelo, No habían resuelto nada, pero al menos ella había dejado de llorar,

Kyle dejó caer la barbilla, apoyándola sobre la cabeza de Phoebe.

[Maldita sea, qué manera de entender la tremenda conexión que Phoebe tenía con su marido!

Porque en ese momento, Kyle supo que encontraría el modo de hacer que ella le amase, por mucho tiempo que le llevara conseguirlo.

Phoebe necesitaba hacer algo, cualquier cosa.

La impotencia con que esperaba ver a Nina de vuelta en casa sana y salva le estaba comiendo viva. Sentada en la cama con las piernas cruzadas, tecleó sobre el ordenador en busca de cualquier referencia a disputas por la custodia de los hijos. Necesitaba armarse de cuanta información fuese posible, Kyle también estaba sentado a su ordenador, pero se había instalado en el patio al que daba su habitación. En tan sólo unas horas, ambos recogerían a Nina.

Ninguno de ellos se había alejado demasiado de la habitación de la niña. ¿Se sentía él también más cerca de su hija de ese modo? Phoebe ni siquiera podía aventurar una respuesta. Desde el momento en que habían hecho el amor de forma frenética en el coche, Kyle se había cerrado por completo y había pasado la mayor parte de la noche trabajando en el ordenador, incluso después del regreso de su familia. El la había sorprendido metiéndose en so cama sobre las dos de la mañana, haciéndole el amor de forma más pausada, más cuidadosa, con su cuerpoˆ su boca y sus palabras, sin decir nada sobre sus propias necesidades o su dolor. Sin embargo, la compañía de Kyle no había logrado distraerla de su preocupación por Nina por mucho que aquello la conmoviese en lo más profundo de su corazón.

Había percibido el sufrimiento de Kyle por su hija, la forma desesperada en que le había hecho el amor, y aquella conexión entre ambos la había dejado indefensa, abierta y más vulnerable frente a él de lo que nunca pudo imaginar.

Despertó sola y, mirando a través de la puerta abierta de la terraza, lo encontró en el porche trabajando en su ordenador. Había vuelto a apartarse de ella y no sabía por qué. Entendía su frustración por la pérdida de la custodia completa de su hija, su temor por que la próxima audiencia con el juez acabara afectando aún más al entorno de Nina, pero su aislamiento parecía motivado por algo más. ya que *e había hecho más profundo después de lo ocurrido en el coche.

Sacó los pies de la cama y caminó sin hacer ruido por la habitación

para observarlo a través de la cristalera abierta. Una leve brisa levantó la cortina y le agitó el cabello.

¿Qué haría Kyle si se colocase detrás de él y le diese un masaje en los hombros para liberar su tensión? Podía merecer la pena correr ese riesgo. Salió a la terraza y enseguida se detuvo de golpe al ver el modo en que arrugaba la frente.

—¿Qué pasa?

—Mira esto —giró la pantalla del ordenador para que ella pudiese verla y le mostró una fotografía de B i anca en una Fiesta en la playa, bailando entre dos hombres con la sombrilla de un cóctel prendida en el pelo—. ¿Acaso te da la impresión de que Bianca estaba intentando buscar una vida mejor para su hija? Mira la fecha de la foto.

Era de hacía menos de una semana.

—Hay más, Muchas más. Y no sólo aparece bebiendo, sino que además hay drogas y una cinta de contenido sexual que... —se pellizcó el puente de la nariz, agitando la cabeza. Abrió el menú para grabar la última página de Internet, con la mandíbula apretada pero los ojos aún impasibles—

. Al parecer, no pasó mucho tiempo consumida porque echaba de menos a su hija.

Aquella fiesta multitudinaria y el entorno hacían pensar que había servicio telefónico, pero ella minea se molestó en llamar. Phoebe tiró de una silla y se hundió en ella junto a él.

—¿Por qué no las encontró el investigador priva—do?

—La mayoría son de la semana pasada. Conservo algunas... habilidades de mis tiempos en la inteligencia militar— Apretó los puños sobre la mesa y su anillo de bodas brilló al sol de mediodía—. Maldita sea, tenía que haber hecho esto solo desde el principio,

—Desde el momento en que conociste a Nina, has hecho todo lo que has podido por cuidarla

—ella deslizó la mano sobre su puño—. Estas fotos dan miedo. Gracias a Dios que las has encontrado.

El retiró la mano de debajo de la de ella y continuó pulsando las teclas del ordenador.

—Tengo que hacer más. Se nos acaba el tiempo

—¿Cuándo te marchas para empezar con tu nuevo trabajo? —sentimentalmente hablando, él parecía haberse ido ya. El frágil terreno en común que habían empezado a compartir se alejaba como las olas tras arrastrar la arena de la playa.

—He retrasado todas las reuniones hasta que arreglemos la situación con Bianca. Lo que quería decir es que a Nina se le acaba el tiempo.

—¿Y si la decisión sobre la custodia se alarga? —era una posibilidad a la que ambos debían enfrentarse,

—No —dijo él de modo cortante—, no permitiré que eso suceda.

Phoebe le acarició la muñeca, intentando de nuevo romper aquella fría apariencia que sólo se resquebrajaba cuando hacían el amor.

—Algunas cosas escapan al control de personas incluso tan poderosas como los Landis.

—Lo bueno de ser un Landis es que todos somos igual de resueltos. Cuento con enormes apoyos en lo que respecta a hacer algo por Nina.

—Tratándose de tu hija, nadie puede sustituirte.

Volvió de pronto hacia ella sus ojos angustiados,

—¿Crees que no lo sé? Ya le he dicho a la familia que no pienso aceptar el trabajo de dirección en Landis International. Cuento con otras alternativas y pienso aprovecharlas todo lo que pueda, A ella le sorprendió enormemente este cambio tan abrupto en sus planes de vida.

—Pero seguro que puedes posponerlo, No serás feliz estancado en un único sitio, tú mismo lo has dicho, Debe de haber una solución mejor, hablémoslo despacio.

—No hay nada que hablar.

Phoebe se inclinó hacia él, negándose a dejar que la alejara de su lado. Iba a luchar por Nina con tanta fuerza como por Kyle.

—Maldita sea, tú eres el que siempre me sermonea para que no me cierre en banda, para que vuelva a la vida.

Algo en su mirada le hizo pensar que había con—seguido conmoverlo, pero enseguida sus ojos azules volvieron a mostrarse fríos.

Apartó la silla de la mesa y ésta chirrió sobre el pavimento de piedra.

—No es momento de pensar en mí, Estamos en mitad de una batalla legal para obtener la custodia de mi hija, y a menos que trabajemos juntos y nos presentemos como un matrimonio unido y duradero, la perderemos para siempre —cerró el ordenador y se levantó—. Deberíamos irnos ya si no queremos llegar tarde a recoger a Nina.

La dejó en el porche, sola y confusa. Asombrada al ver cómo la alegría de Kyle y sus reconfortantes sonrisas sesgadas habían desaparecido, sus palabras sobre un matrimonio duradero se fueron deslizando dentro de ella.

Por fin se había comprometido a permanecer a su lado, aunque Phoebe nunca se había sentido alejada de él.

CAPÍTULO 11

Sentada en el salón sobre una mecedora antigua, Phoebe acunaba a Nina en sus brazos aunque ésta ya se había quedado dormida bacía quince minutos. No había sido capaz de perderla de vista desde el momento en que la recogieron el día anterior. La habitación estaba en silencio excepto por el leve ruido que hacía su suegra en la mesa de café al sacar de una caja la decoración para el Día de Acción de Gracias.

Phoebe no pudo evitar sentirse reconfortada por la sencillez de aquella poderosa mujer, Ginger Landis Renshaw llevaba un fino jersey naranja y unos vaqueros, y con ese aspecto parecía cualquier otra abuela preparándose para celebrar las fiestas en familia. ¿Cómo hubiera sido tener a alguien así a su lado tras la muerte de Roger o cuando había estado intentando decidir qué hacer cuando Bianca desapareció?

Kyle se había encerrado con su hermano, Quizá encontrase en él cierto consuelo dado que Sebastian entendía su dolor después de haber perdido a la hija que adoptó. Sabía Dios por qué Kyle no quería escucharla a ella. Su alejamiento le dolía más de lo que podía haber imaginado hacía unas pocas semanas. ¿Cómo había podido volver a exponerse a tanto dolor?

Phoebe descansó la mejilla en la cabeza de Nina e inhaló su dulce perfume a champú infantil mientras observaba cómo su suegra sacaba de la caja una cornucopia de metal.

—Es una pieza hermosísima.

Ginger volvió la vista bacía ella con una sonrisa y colocó el cuerno de la abundancia sobre el mantel,

—Perteneció a la abuela de mi primer marido. Ella adoraba las fiestas. Me regaló además un nacimiento precioso, una magnífica pieza de coleccionista. Ahora está en un museo, pero ordené que le hiciesen una réplica para que lo pudiesen disfrutar mis nietos.

—Es maravilloso que en tu familia se mantengan vivas esas tradiciones —bajó la vista hacia la sortija que Kyle le había colocado en el dedo, sobre el espacio en el que en otro tiempo había llevado el anillo de Roger, Perdona que te haga esta pregunta tan personal, pero ¿tu marido el general tiene algún problema cuando se le recuerda tu primer matrimonio?

Ginger se giró lentamente y se apoyó en la chimenea.

—Hank y yo llevábamos siendo amigos muchos años, desde que ambos estábamos casados con otras personas. Lo ayudé con sus hijos tras la muerte de su esposa y él me ayudó a mí tras perder a Benjamín, Nuestro amor surgió después y nos sorprendió a ambos, de modo muy agradable.

—¿No siente celos entonces?

—En absoluto. Aunque eso no significa que no tardásemos de recobrarnos de la pérdida de nuestros respectivos esposos. Cuando digo que nos llevó tiempo encontrarnos, hablo de muchísimo tiempo. Años, Y aquí estamos, mezclando belenes y familias —dio unos golpecitos en el pañal de Nina—. Estoy deseando montar el nacimiento con mi nieta.

—No dejes de hacer fotos, muchas —por si Phoebe por entonces ya no formaba parte de su vida diaria. A pesar de la conversación con Kyle acerca de trabajar juntos, no confiaba en que su relación se extendiese demasiado en el tiempo.

—Tengo en el álbum algunas fotos de mis hijos montando el belén con su abuela. De hecho...

—se inclinó sobre la caja, removiendo ornamentos— creo que la copia acabó aquí con las decoraciones del Día de Acción de Gracias.

Ginger se incorporó con una bolsa de terciopelo en la mano.

—Aquí está —se sentó en el filo del sofá y empezó a desempaquetar las piezas—. Matthew y Kyle solían discutir cada año sobre dónde poner a los Reyes Magos, Matthew es tan tradicional como su padre y siempre los quería en el portal. Kyle, sin embargo, alegaba que los Reyes Magos no llegaron a Belén hasta dos años después y que por tanto debían colocarlos alejados del portal, Phoebe acunaba a Nina mientras observaba el trío de figuras de porcelana y se imaginaba aun joven Kyle soñando con los viajes por el mundo de los tres Reyes Magos. La reproducción del nacimiento parecía de época, con sus ricas tonalidades y su estilo europeo, Ginger sostuvo un camello sobre la mano, —Cada año, el sabiondo de mi hijo agarraba estas tres antigüedades de porcelana y sacudía la cabeza diciendo: «Dos años, santo cielo. Perdona que te diga, pero eso los convierte en los tres reyes vagos».

—Ese es Kyle, no tengo la menor duda —al menos el Kyle que había conocido hacía una semana. ¿Heredaría Nina su sentido del humor además de su sonrisa? ¿Volverían a ver alguna vez esa alegría tan suya?

Ginger colocó el camello detrás de los reyes.

—Siempre bromeaba cuando sus sentimientos le incomodaban. La muerte de su padre le afectó profundamente, pero siempre hacía como si no tuviese importancia.

¿Estaría encerrándose en sí mismo como mecanismo de defensa ante sentimientos incómodos o más bien dolorosos? No paraba quieto, sin duda, y ella había aprendido hacía mucho tiempo que a veces los hombres se volcaban en la acción a expensas de palabras y sentimientos.

—Kyle ha rechazado el trabajo en Landis Internacional —dijo Ginger sin levantar la vista y limitándose a seguir colocando las

figuras sobre la mesita aun faltando semanas para la Navidad.

—Me decepcionó mucho saberlo. Creo que piensa que no puede ser un buen padre si viaja del modo en que desea. Incluso dejó caer que marcharse sería hacerlo mismo que hizo Bianca—

Phoebe recordó el día en que le contó sus temores sobre los desórdenes emocionales de los niños y Lo mucho que aquello podía haber avivado las preocupaciones de Kyle—. ¿Has hablado de este tema con él? Puede que a ti sí te escuche.

Su suegra rió suavemente mientras negaba con la cabeza.

—Si algo he aprendido en todos estos años como madre y política, es que no se le puede decir algo a alguien y hacer que lo dé por cierto. Las personas deben sacar solas sus propias conclusiones.

—Pero me dijiste...

—Casi habías llegado allí sola y ya tenías todas las piezas en su sitio.

Phoebe intentó entender adonde quería llegar Ginger con aquel viaje atrás en el tiempo, pero tal y como ella lo veía, todo le parecía deprimente.

—¿Me cuentas esto para que no insista más con Kyle?

Ginger se arrellanó en el sofá con ojos sabios y amables.

—Te estoy ayudando para que puedas mostrarle las piezas que tiene que encajar —empujó suavemente al camello para alinearlo con los magos—. Puede que lleve un tiempo, quizá mucho, pero no te rindas. Algunos ven las piezas de distinto modo, pero mientras habléis de cómo resolverlo, encontraréis las respuestas más adecuadas para los dos.

Phoebe miró las figuras de porcelana que había sobre la me sita. Casi podía ver a los cuatro hermanos Landis colocándolas por turnos, muy parecidos los unos a los otros, pero distintos en muchos aspectos como había podido comprobar al conocerlos mejor.

¿Y ella qué? ¿Cómo habría organizado la escena? Por muchas vueltas que le diera en la cabeza, no podía recolocar las piezas que había encajado antes. Su mente veía las cosas de forma distinta, desde la perspectiva de una madre, con los vagos y estrafalarios reyes de Kyle a un lado.

Poco a poco, su visión se fue aclarando y la imagen de cómo debía ser su vida volvió a recomponerse, de forma distinta a como era con Roger, pero no menos maravillosa. Quería un futuro junto a Kyle, la vida en común que ambos construyesen y no un intento de recrear el pasado. A Kyle le pasaba algo, pero en ningún momento ella había dejado de creer que le importaba.

Había Llegado la hora de tomar el mando de su vida y ser la esposa y compañera que Kyle se merecía.

Guando se sentaron alrededor de la mesa de mediación de los

juzgados para discutir con Bianca la primera ronda de detalles de la custodia, Kyle detectó en Phoebe una nueva determinación. Se había enterrado en trámites burocráticos con la esperanza de hacer las cosas bien y se había prometido hacer lo imposible porque fuese feliz y mirase hacia el futuro más que hacia el pasado, manteniendo a Nina como máxima prioridad para conseguir la felicidad de todos. Una vez superado ese obstáculo, haría todo lo que estuviese en su mano para convertirse en el mejor marido y padre posibles, aunque aquello implicara amarrarse a un despacho en Hilton Head.

Esperaba que las pruebas que había encontrado sobre el modo en que Bianca había pasado los últimos meses inclinara la balanza a su favor. Todo dependía del veredicto del juez y Sebastian le había dicho que podía ocurrir cualquier cosa, Sin embargo, Phoebe permanecía sentada junto a él con la barbilla alta y los hombros erguidos, en actitud tranquila y confiada.

Bianca se apartó el pelo de la frente, pasando las hojas de los documentos que se apilaban frente a ella.

—Todo esto es demasiado complicado y protocolario.

Phoebe se inclinó hacia Bianca.

—Tienes que comprender que sólo pensamos en la seguridad de Nina.

—Yo también pienso en ello —se apresuró a decir Bianca—. Sólo quiero jugar con ella.

Kyle empezó a buscar el archivo de fotografías, pero Phoebe lo detuvo poniéndole la mano sobre el brazo.

—Espera un momento —se apoyó sobre un codo—. Bianca, ¿realmente quieres obtener la custodia de Nina?

El tono de su voz era suave, no acusatorio, y pilló a Bianca por sorpresa. ¿Qué demonios estaba haciendo? Hasta Sebastian, siempre tan estoico, se puso tenso en su asiento de cuero.

Bianca se quitó un trozo de rímel del lagrimal, mirando nerviosamente a su alrededor.

—¿Qué clase de madre no quiere la custodia de sus hijos? Hasta tú la deseas sin ser su madre.

—Nadie te está juzgando, Bianca —prosiguió Phoebe con una tranquilidad admirable—, todos queremos lo mejor para Nina y lo mejor para todos nosotros, incluyéndote a ti, ¿Porqué no dejas de ser quien crees que deberías ser? Sé tú misma y empecemos a hablar desde ahí.

Kyle empezó a inquietarse, porque gran parte de lo que Phoebe le había dicho a Bianca se lo había dicho también a él cuando le contó que iba a renunciar al trabajo en Landis International.

A través de la mesa, Phoebe tomó la mano de Bianca con una Franqueza que Kyle jamás pensó poder expresar.

—Bianca —dijo apretándosela suavemente— ¿Qué es lo que realmente pasa?

Bianca apretó la mano de Phoebe con un temblor en los Labios,

—Vais a pensar que soy una persona horrible. Todos —miró alrededor de la mesa—, Nina es una niña muy dulce y quiero verla, pero también quiero ser actriz, es el sueño de mi vida —

espetó—. Necesito dinero.

Sebastian estrechó los ojos.

Kyle se sintió indignado al ver que lo que él temía y esperaba se hacía realidad.

—Quieres una compensación.

Phoebe le tocó la pierna suavemente bajo la mesa, dándole tranquilizadores golpecitos en la rodilla para acallar la tormenta que se estaba desatando en su interior.

—No, no —Bianca levantó las manos a la defensiva y sus uñas, largas y arregladas, reflejaron los halógenos del techo—. No os estoy chantajeando. No sería capaz de algo así. Puede que tenga defectos, pero nunca vendería a mi hija. Sólo quiero que me hagan una prueba decente, Tengo una audición en Bollywood y no me puedo permitir el vuelo. Lo único que quiero es un billete de avión.

¿Bollywood? ¿En la India?

Kyle la miró asombrado. ¿Estaba haciendo planes para marcharse y volver a dejar a su hija? Al menos, lo único que quería era un maldito billete de avión. Menos de mil dólares. Si Bianca hubiese estado interesada en sobornarles, podía haber pedido muchísimo más.

Bianca se retorcía la manos en una masa de uñas color fucsia y anillos plateados.

—Soy consciente de que estás molesta porque no te dije nada de Nina, pero sabía que, si acudía a ti, enseguida pensarías en formar una familia. Es que, Dios, no hablas más que de familia, familia, familia —levantó rápidamente la vista—.Y con esto no pretendo ofenderos a ninguno.

Sebastian sonrió sesgadamente,

—No te preocupes.

—De todos modos, no sabía qué hacer, y Phoebe es tan inteligente que sabía que se ocuparía de todo. Yo no soy como ella, no estoy hecha para ejercer de madre a todas horas, por mucho que quiera a la pequeña.

Kyle oyó levemente a su esposa murmurar lo que le alegraba poder cuidar de Nina, lo que le convenció aún más de que tenía calada a Bianca.

¿Habría arreglado Bianca todo aquello para que Phoebe acudiese a él? Kyle no podía aventurar una respuesta, pero se dio cuenta de que la había juzgado mal desde el minuto en que había puesto el pie en el

hogar de los Landis.

Sebastian empezó a hablar con Bianca con su mejor tono de abogado razonable, explicándole los pros y los contras de lo que implicaba firmar la renuncia a los derechos paren tales, Pero Kyle sólo se fijaba en Phoebe, que de algún modo había encontrado el modo de deshacer aquel nudo y restablecer el orden, desde la descabellada idea del matrimonio hasta llegar a ver a través de la apariencia de niña mala de Bianca para llegar a la persona compleja, aunque eso sí, egoísta, que había en su interior.

No había tenido que atacar a Bianca con lo que había encontrado sobre su pasado y provocar que las cosas se pusieran de tal modo que no volviese a haber buenas relaciones entre ellos durante el resto de la vida de Nina. ¿Qué más se había perdido de Phoebe por adoptar una actitud vehemente que le evitaba percatarse de los detalles importantes?

No lo sabía aún. Pero estaba deseando descubrirlos poco a poco, pasar días, semanas y años construyendo una vida y mejorando como persona mientras aprendía más cosas sobre ella.

Empezando desde ese momento, diciéndole a su esposa lo más importante, un detalle al que su cerebro no había dado importancia, ocupado como estaba en hacerse cargo de la situación, En cuanto se quedase a solas con Phoebe, se aseguraría de que lo escuchase, lo creyese y no lo olvidase.

La amaba.

Phoebe cerró la puerta de la habitación de Nina con Kyle a sus espaldas. Todavía no podía creer que hubiesen conseguido descubrir las verdaderas intenciones de Bianca y encararlas con tanta facilidad.

Aunque si lo pensaba bien, todo cobraba sentido. Si Bianca hubiese querido dinero, no habría dudado en ponerse en contacto con la familia Landis. Tenían que haberse percatado de este hecho desde el principio. La conversación con Ginger había ayudado a Phoebe a confiar en su instinto.

Bianca veía las piezas de forma totalmente distinta a como Phoebe hubiese adivinado jamás.

Phoebe se inclinó sobre el balcón, exponiendo su rostro a la brisa del mar y Kyle se colocó a su lado, rozando su pierna con la de ella.

¿Qué es lo que haría de ese momento en adelante? ¿Seguir practicando aquel sexo apasionado que le hacía perder la cabeza por completo... para acabar encontrándose sola? No, maldita sea, había aprendido la lección. No volvería a refugiarse en el mundo académico, lucharía por ella misma, por su matrimonio, con la misma fuerza con la que había luchado por Nina, Por mucho tiempo que llevase.

Se volvió hacia él, apoyando el codo en la barandilla.

—Bianca me ha sorprendido hoy. Ha madurado y me siento

aliviada por Nina.

La brisa calmaba la frustración que había sentido durante las últimas semanas, aliviando el sufrimiento que había albergado en su interior. Deseó poder compartir esa paz con Kyle.

—Conseguimos lo que nos habíamos propuesto —su voz la envolvió con la misma calidez de la primera noche en la fiesta de bienvenida.

¿Eran imaginaciones suyas, o había en aquel tono un rastro del antiguo Kyle? Mientras él contemplaba el mar, Phoebe escrutó su marcado perfil.

—Lo conseguimos recurriendo a una solución que no estaba prevista —como la que ella deseaba que él encontrase.

Igual que deseaba que se preocupase por el futuro de ambos.

—Luchaste por nosotros, por los dos, y por eso te quiero.

—Si seguimos pensando… —mientras rebobinaba sus pensamientos, la frase quedó atascada en su lengua y su corazón se aceleró—. ¿Qué es lo que has dicho?

Kyle giró su hermoso perfil hasta mirarla directamente a los ojos.

—He dicho que te quiero.

Ella se quedó boquiabierta. Había esperado tener que recorrer un camino largo y difícil, tener que construir una relación que les llevase al amor tal y como Ginger había hecho con su viejo amigo. Todavía quedaban muchas piezas por colocar.

—Kyle, ¿estás seguro? Espera, claro que lo estás, siempre te has enorgullecido de ser sincero —

su cabeza empezó a girar al ritmo veloz con el que latía su corazón —. Tenías razón cuando me dijiste que estaba anclada en el pasado. Quería volver a vivirlo, pero eso era imposible. Mi amor por Roger fue un amor exclusivo, al igual que el que siento por ti. A base de esperar que todo fuera como en el pasado, casi me pierdo lo absolutamente maravilloso que puede ser el presente.

Kyle frunció el ceno. Apoyó las manos sobre los hombros de Phoebe, sujetándola.

—Espera. Da marcha atrás un segundo. ¿Has dicho que tú también me quieres?

Pues claro que sí, ¿Y por qué no se le habría ocurrido decírselo directamente?

—Sí —le echó los brazos al cuello, reforzando la veracidad de aquel simple hecho—. Estoy total y absolutamente enamorada de ti. Sé que sólo han sido unas semanas, soy yo la que siempre dice que todo lleva su tiempo…

—Creo recordar que eso fue lo que gritaste en el Aston —de pronto regresó a su rostro aquella maravillosa sonrisa sesgada que hacía que a ella se le aflojasen Las rodillas.

—Lo hice, ¿verdad? —ah, pero sería porque necesitaba esa cabezonería para ponerse al mismo nivel de aquel Landis testarudo—. El caso es que te quiero. Esta vez es un sentimiento que me ha sobrevenido de forma distinta, pero sé reconocerlo porque es real.

—¿Phoebe? Calla, amor mío.

¿Su amor? Nunca se cansaría de escuchar aquello.

—¿Sí?

—Tenía que haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando entre nosotros. Dios sabe que desde la primera vez que te vi, que te besé o que te hice el amor, conseguiste conmoverme en miles de aspectos más que ninguna otra persona, Pero hubo algo en el modo en que manejaste las cosas con Bianca que acabó atravesando mi duro cráneo y me hizo ver lo perfecta que eres, lo perfectos que podemos ser si estamos juntos. Sería un idiota si te dejase marchar —su sonrisa le marcó un hoyuelo en la mejilla—. Puede que haya tardado en darme cuenta, pero no soy idiota.

Te quiero, Phoebe Landis, y quiero pasar el resto de mi vida contigo, con nuestra hija y con tantos hijos como decidamos añadir a nuestra familia,

—Y yo quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Kyle la atrajo hacia él y sus cuerpos quedaron encajados a la perfección.

—Empezaremos a buscar casa por aquí.

Un último problema la llenó de preocupación sobre la felicidad que compartirían a largo plazo.

—Pero tú adoras tu trabajo, el desafío que suponen los acuerdos internacionales.

El hundió los dedos en la melena de Phoebe.

—Os quiero más a ti, a Nina y a la vida que vamos a disfrutar estando juntos.

—Creo que nunca me cansaré de oírte decir eso.

Phoebe se puso de puntillas mientras él se inclinaba, y sus besos le resultaron maravillosamente familiares y cada vez mejores, conforme iba creciendo en ella el deseo que sintió la primera vez que escuchó su voz. ¿Cuánto más le cabría esperar de cara al futuro?

Kyle deslizó las manos por sus costados y lenta—mente rodeó su cintura para besarla en la mandíbula, pinchándola suavemente con la barba. El aroma de su aftershave se mezcló con la brisa del mar, girando en el interior de Phoebe al igual que la visión de su futuro junto a él. Y en ese mismo instante, se le ocurrió una idea que cabía dentro de todas aquellas posibilidades y planes.

Phoebe se acurrucó en el pecho de Kyle, contemplando el mar,

—¿Y si Nina y yo viajamos contigo?

Kyle tensó los brazos pero no contestó. Las olas iban y venían

mientras su corazón latía tranquilo junto al oído de Phoebe. Ella le acarició el pelo y la nuca,

—¿Kyle?

—Pensaba que querías tener tu hogar aquí, que deseabas que Nina tuviese una vida estable.

Y así era. Al principio. Pero cada vez aprendía más sobre el modo de buscar soluciones imprevistas en lo referente a su vida con Kyle.

—Nosotros somos su seguridad. Y como dijiste antes, tenemos otras opciones. Podemos contratar a un equipo de asistentes para no tener que preocuparnos por encontrar niñeras.

Podemos permitimos alquilar una casa allá donde vayamos. Piensa en opciones distintas para ambos, como haces en el trabajo.

—Ese plan tuyo merece que lo discutamos —con su inconfundible sonrisa, deslizó las manos íntimamente por debajo de su cintura—. Podríamos hablar del tema mientras recorremos la costa, dado que he decidido quedarme con el Aston.

Un mundo de posibilidades se abrió en su interior, no sólo para ese momento, sino para todos los que vendrían en el futuro.

—¿Hasta el final?

Ya podía imaginar el agua del mar salpicándole en la cara, a Kyle deteniendo el coche en una playa desierta...

—Pide lo que quieras, amor mío —prometió él—, y yo haré que se cumpla.

EPÍLOGO

Nueve meses más Tarde.

Con la brisa marina acariciando sus hombros desnudos, Phoebe rodeó con los brazos el cuello de Kyle y jugueteó con el pelo de su nuca, un poco más largo desde que había dejado de pertenecer a la aviación.

Llevaban una vida mucho más relajada, sobre todo los días que pasaban recorriendo el mundo debido al trabajo de Kyle como director de Landis International. ¿Su última escala? Lisboa, Portugal. Aquella misma tarde habían renovado los votos matrimoniales rodeados de toda la familia en la terraza de la casa que habían alquilado junto al mar.

El vaporoso vestido de novia color hueso de Phoebe se le enredaba entre las piernas mientras ofrecía su rostro a la brisa de aquel lado del Atlántico.

—Entonces, ahora estamos casados de verdad.

—Espero que sí—deslizó la mano entre ambos para acariciarle la barriga, donde no tardaría en notarse el embarazo del que disfrutaba desde hacía dos meses.

Ashley y Matthew tenían ya por entonces una hija, la pequeña Claire, que adoraba a su prima mayor Nina. La habitación para Los niños de Ginger y Hank Renshaw había sido ampliada y llenada de cunas y camitas. Hasta habían añadido a la casa una piscina infantil y una zona de columpios.

Ginger había admitido abiertamente que estaba encantada de engatusar a sus nietos para que pasaran en casa de su abuela el mayor tiempo posible. Phoebe no pudo evitar admirar los esfuerzos de su suegra por hacerlos sentirse siempre tan bien recibidos.

Descansó la mano en la de Kyle, sobre el bebé que crecía en su interior.

—Deberíamos rescatar a nuestra luja de sus abuelos antes de que la acaben mimando demasiado,

—Es su hora de dormir, ¿no es así? —le rodeó la cintura y la condujo por las escaleras que llevaban a la casa. A lo lejos, las ruinas de un castillo se elevaban escenográficamente sobre una montaña—. Le he traído en la maleta un cuento nuevo sobre osos panda.

—Le encantará —sus abuelos no eran los únicos que disfrutaban mimando a Nina— La próxima vez que vayamos a Washington tendremos que llevarla al zoo para que vea los pandas gigantes.

Phoebe descubrió que disfrutaba mucho viajando con Kyle y que no le suponía ningún sacrificio con tantas comodidades de alojamiento y contando con una niñera. Seguía impartiendo clases por Internet, la carrera perfecta para una esposa y madre que andaba recorriendo el mundo. Al fin pudo permitirse visitar los lugares históricos sobre los

que había estado hablando a sus alumnos.

Y no era la única contenta con su trabajo. Bianca había conseguido llegar a ser una gran actriz de Bollywood y gozaba de una gran familia en el mundo del cine de la India. La industria fílmica de Bollywood había aumentado las producciones en habla inglesa y los espectadores la adoraban. Y, por supuesto, a Bianca le encantaba que la adorasen.

Además, el dinero que le pagaban no estaba nada mal.

A todas luces, se sentía feliz siendo madre en la distancia. No había puesto ninguna objeción al acuerdo de custodia y ni siquiera había pedido ver a Nina la mitad de las veces que le habían asignado. Ellos nunca tuvieron que esgrimir las imágenes acusatorias que tenían de Bianca, pero se aseguraron de que ella supiese que las tenían en su poder. Las escasas veces en que Bianca acudía a los Estados Unidos para ver a su hija, la niñera estaba siempre presente para tranquilidad de Phoebe y de Kyle.

Nina parecía ver a Bianca como una tía indulgente que le enviaba espléndidos regalos pero rara vez aparecía. Al pronunciar para Phoebe su primera palabra, «mamá», Nina dejó bien claro a quién adjudicaba ese papel.

Phoebe se detuvo ante la puerta que daba paso a la casa y giró en su mano el anillo de diamantes y zafiros que llevaba junto al de diamantes incrustados.

—¿Sabes lo que espero hoy con más ilusión?

—¿Qué podrá ser? —Le apartó el pelo de la cara y su anillo de casado brilló a la luz del atardecer—. Haré todo lo que pueda porque suceda incluso mejor de lo que hayas planeado.

Ella se acurrucó sugerentemente en su cuerpo, imaginando exactamente cómo todas las piezas encajarían una vez estuviesen ambos en la intimidad.

—No puedo esperar a nuestra noche de bodas. Esta vez la vamos a celebrar el mismo día en que hemos pronunciado los votos.

—Pues… —sonrió él, inclinándose para besarla en la comisura de los labios— será para mí un placer cumplir tu deseo una, otra y otra vez.

FIN